

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

Deseo®

350 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $9.00

BODA EN LA FAMILIA

Joan Hohl

Boda en familia
Joan Hohl
4º Los hermanos Wolfe

Argumento:

Cameron Wolfe no era de los que se casan, siempre había sido un lobo solitario. Y ahora tenía que acudir a la boda de su hermano. Pero antes del acontecimiento familiar, pasaría unos días de vacaciones en un refugio en las montañas, con la increíblemente sexy Sandra Bradley. Y si todo iba bien la invitaría a la boda.

Sandra Bradley necesitaba unas vacaciones, por eso le pareció bien la propuesta de Cameron, pero lo que ninguno de los dos esperaba era la pasión que se desataría entre ambos, una pasión que podía llevar al altar al miembro más reacio de la familia Wolfe…

Capítulo Uno

¿Por qué no se habían ido nunca a la cama juntos?

Cameron Wolfe miró por encima de las gafas de lectura de montura dorada a la mujer que estaba elegantemente inmóvil en la puerta de su despacho. Sandra Bradley era una mujer a la que merecía la pena mirar. A los treinta y uno o quizá treinta y dos años de edad estaba en plena madurez. En los últimos tiempos las chicas eran altas, delgadas y guapas, pero ella era una obra de arte, un placer para los ojos y los sentidos y una valiosa contrincante por añadidura.

¿Qué más podía pedir un hombre americano de sangre caliente en una mujer? ¿Sumisión? se preguntó. Reprimió una sonrisa ante la respuesta inmediata de su cerebro a su propia pregunta. Podía fácilmente imaginar a Sandra en cualquier papel que se le antojara, cualquiera excepto, por supuesto, el de la sumisión.

Sandra era una feminista descarada y una abogada dura a años luz del modelo tradicional de mujer, lo cual contestaba a su primera pregunta de por qué nunca se habían acostado juntos. Además ambos tenían una relación profesional y Cameron nunca mezclaba los negocios con el placer. La combinación podía ser explosiva, devastadora, de eso estaba convencido. Y por último, sus preferencias en cuanto a mujeres eran tan descaradamente tradicionalistas como antitradicionalista era ella. Lástima, se dijo.

—Bueno, hola —pronunció él lenta y pesadamente—. ¿A qué debo el singular honor de tu visita?

—Hola —contestó Sandra. Su voz siempre le hacía estremecerse. Grave y ronca, podía competir con las voces más inquietantes—. Es una visita de cumplido —añadió entrando en el despacho con gracia y languidez.

Ataviada con un serio traje sastre estampado en amarillo, una falda de seda, pañuelo, zapatos y bolso en verde, parecía traer consigo la suave frescura de los primeros días de primavera de Denver. De cerca su aspecto era aún más encantador.

Sus rasgos estaban esculpidos en una estructura ósea clásica y nítida bajo una piel tersa y cremosa de color magnolia. Sólo los labios, voluptuosos y bien definidos, podían fundir y seguramente habrían fundido ya el cerebro de hordas de hombres, al tiempo que dejaban otra parte de su anatomía como el acero. Su silueta, larga y llena de curvas, tampoco estaba mal. La verdad era que resultaba una espléndida y musculosa percha.

Sintió de nuevo un estremecimiento inmediato al acercarse ella. Le producía un efecto excitante en todos los átomos de su ser, pero escondió su reacción física bajo el movimiento lánguido de quitarse

las gafas.

—Qué misterioso —comentó dejando que una leve sonrisa asomara a sus labios. Dejó las gafas sobre el montón de papeles que había estado leyendo y señaló hacia las dos sillas colocadas frente a su mesa —. Siéntate y explícamelo —añadió arqueando una rubia ceja.

—¿Que te explique qué? ¿Mi visita cortés? —preguntó ella imitando su expresión y elevando una ceja tan negra como rubias eran las de él.

Sandra se dejó caer en una silla y cruzó las piernas de modo que la larga raja lateral de la estrecha falda mostró buena parte de su seductor muslo.

—Eh… sí —contestó Cameron con la boca seca. Tenía la garganta seca y estaba algo sofocado ante el despliegue de aquella pierna con medias de nylon que terminaba en un tobillo delgado. Su imaginación hubiera podido fantasear miles de cosas con ella si le hubiera dado rienda suelta, y la mayor parte de esas cosas seguramente hubieran incluido esos largos y torneados miembros curvándose a su alrededor y abrazándolo.

De pronto se le ocurrió pensar en lo sorprendidos, atónitos e incrédulos que se sentirían su familiares, amigos y conocidos si pudieran ver secretamente los deseos de su imaginación, si pudieran ver cómo se dejaba llevar por sus fantasías eróticas.

Con la excepción de su madre probablemente, que le conocía bien y era capaz de rascar en la superficie, todo el mundo pensaba que Cameron era un misógino además de un soltero convencido. Pero no lo era, por supuesto. La cuestión era que en una ocasión, hacía mucho tiempo, había resultado gravemente herido de amor, y aquella experiencia no sólo le había puesto sobre aviso, sino que además le había hecho tremendamente selectivo en cuanto a las mujeres, con las que en los últimos tiempos, a decir verdad, apenas se relacionaba. Pero ni siquiera entonces, en tiempos mejores, había coqueteado nunca con ninguna mujer conectada ni remotamente con su vida profesional.

De nuevo Sandra, sin embargo, era otra cosa. Había habido momentos, incluso demasiados, en los que la tentación, el torbellino del deseo, se habían apoderado de él y su imaginación había luchado por verse libre del férreo control que se autoimponía. Sin embargo hasta ese momento su autocontrol había probado ser siempre el más fuerte. Y aquél día no iba a ser diferente.

Se impuso a sí mismo de nuevo aquella voluntad de hierro e intentó impedir que su imaginación vagara por territorios peligrosos. Sin embargo suspiró lamentándolo en silencio.

—¿A qué debo entonces tu visita de cortesía?

Sus deliciosos labios se curvaron en una sonrisa divertida. Sandra lo apreciaba, nunca había cometido el error de creer que él fuera un tonto.

—He venido a decirte que vas a poder tomarte un descanso, no tendrás que enfrentarte conmigo durante un tiempo… posiblemente mucho tiempo.

El frunció el ceño. En lugar de aclararlo todo, su explicación le confundía aún más. La expresión de su rostro era un reflejo de sus emociones. Cameron se dejó caer sobre la silla y se inclinó hacia delante fijando su vista en ella.

—¿Querrías explayarte un poco más en esa afirmación tan misteriosa?

La sonrisa de Sandra adquirió un tono burlón y sus delicados ojos marrones oscuros brillaron.

—¿Lo que quieres decir es que de qué diablos estoy hablando?

Cameron asintió prudentemente con la cabeza y luego, absorto, levantó una mano para apartarse el espeso mechón de pelo revuelto de la frente.

—Sí, eso lo aclararía todo.

—Me voy a tomar un permiso para ausentarme de mi trabajo y de este despacho —contestó ella con sencillez y franqueza—. Un año sabático, si te parece bien.

Su respuesta le hizo quedarse atónito por un momento, pero el sonido grave de su risa ronca lo sacó de su aturdimiento.

—¿Permiso para ausentarte? —repitió él dejando a un lado el tono lánguido y mostrándose decidida y claramente escéptico—. ¿Un año sabático?

—Me ha parecido notar que hay eco en esta oficina —contestó Sandra mirando a su alrededor con un gesto conscientemente elaborado.

—Inteligente, muy inteligente —respondió él mirándola cortante —. Si te parece bien dejar de tomarme el pelo —continuó reprendiéndola—, ¿serías tan amable de decirme de qué diablos estás hablando?

—Exactamente de lo que has oído —lo reprendió ella de inmediato a su vez—. Me voy a tomar un permiso para ausentarme.

—¿Por qué? —preguntó frunciendo el ceño—. Eres el mejor abogado de este despacho.

—Muchas gracias —dijo ella inclinando la cabeza en agradecimiento a un cumplido que, sabía, Cameron era remiso en prodigar.

—De nada. Y ahora dime por qué.

—Estoy cansada —contestó firme y sin vacilar—. Necesito un descanso.

Los ojos de Cameron se ensombrecieron meditativos mientras sus manos jugaban absortas con las patillas de las gafas y reflexionaba sobre esa respuesta. Sandra no tenía aspecto de estar cansada, pensó mientras observaba su semblante al detalle. De hecho estaba tan encantadora y resplandeciente como el sol que entraba por la amplia ventana de la oficina esparciendo una luz amarilla por la alfombra gris.

Por más que la estudiara en profundidad Cameron no podía detectar en ella el más mínimo rastro de estrés o tensión en sus rasgos delicados o en sus ojos claros y serenos fijos en él.

—No pareces cansada —afirmó con voz firme—. En realidad tienes un aspecto estupendo.

Sandra rió. Su risa era otro de esos sonidos que inevitablemente lo estremecían. Grave, algo ronca y excitante, tenía el inexorable poder de alumbrar las profundidades más secretas y oscuras de su ser.

—Dos cumplidos en un solo día —dijo ella con los ojos brillantes de emoción—. Proviniendo de ti es todo un récord.

—Cualquiera que te oiga pensará que soy un ogro —la reprobó Cameron con amabilidad—. ¿De verdad soy tan frío?

—No —contestó ella sacudiendo la cabeza y dejando que su pelo negro, liso y cortado a los chico se revolviera—. Distante sí pero frío no —sonrió burlona—. Pero desde que te conozco nunca he visto que pusieras mucho entusiasmo en hacer cumplidos.

—Nunca he sentido la necesidad de hacerlo —contestó él con honestidad.

—Sí, lo sé. Dices las cosas tal y como las piensas.

—Exacto —contestó él sacudiendo la cabeza de modo que un mechón de pelo volvió a caer sobre su frente—. Y ahora que ya estamos de acuerdo sobre mi franqueza —continuó retirándoselo sin darse cuenta— me gustaría saber la verdadera razón por la que vas a pedir un permiso para ausentarte.

—Eres insistente, Wolfe —dijo Sandra sacudiendo la cabeza desesperada y volviendo a reír con esa risa estremecedora—. Eres como un periodista en persecución de un escándalo que acaba de estallar. No te rindes nunca, ¿verdad?

—Rendirse nunca lleva a ningún sitio.

—¡*Touché*! —contestó ella reconociendo la verdad de su comentario—. Pero ya ves, la verdadera razón es que estoy cansada. Más que cansada, estoy quemada. Necesito descansar —añadió

arqueando unas cejas perfectas.

Cameron se quedó mirándola pensativo mientras reconocía la profundidad del cansancio en su voz. Su tono expresaba mucho más de lo que ella misma decía. Apartó la mirada de ella, que seguía observándolo en cambio sin alterarse.

—¿Te ha afectado mucho el último caso? —preguntó apartando las gafas a un lado para pasarse los dedos por el cabello.

—Sí —contestó ella lisa y llanamente—. Me ha afectado.

Cameron conocía ese sentimiento, y muy bien. Lo extraño del tema era que otro caso le había afectado a él también del mismo modo. Era increíble que los dos sintieran la misma tensión en el mismo momento. Increíble y misterioso. Hizo un leve movimiento de cabeza como intentando sacudirse de encima esa sensación. Era una coincidencia, se dijo a sí mismo, simplemente una coincidencia.

¿Lo sería realmente? se preguntó. Su cabeza, como una computadora, se puso de inmediato a calcular una respuesta razonando y resaltando hechos y aspectos irrefutables e inapelables.

A él le habían trasladado a Denver el año en el que Sandra se había unido al despacho de aboga dos de Carlson and Carlson, una sociedad de madre e hija que se dedicaba principalmente a lo que él pensó en un principio que eran «casos de mujeres». A lo largo de los años había observado la dedicación y el trabajo de Sandra con objetividad, según él mismo creía. Habían estado en desacuerdo y habían reñido en muchas ocasiones, eso era cierto, casi cada vez que uno de sus casos se relacionaba con uno de los de ella.

Sin embargo Sandra había mantenido siempre el más alto nivel de profesionalidad y la ética más estricta en su conducta, tal y como lo había hecho también él mismo. En su opinión, Sandra no sólo era uno de los mejores abogados que había conocido, sino también una de las mejores personas. La admiraba y le gustaba de verdad, lo cual constituía precisamente la razón por la que levantaba una barrera profesional entre los dos. Pero al mismo tiempo no la perdía de vista, seguía su carrera y sus casos.

Y su último caso había sido todo un número. Sandra había representado como abogado a una madre en la batalla por la custodia de su hija. Los cónyuges divorciados pretendían ambos firmemente obtener la custodia total de la inocente hija, una niña encantadora de cinco años.

El padre, un tal Raymond Whitfield, una persona a la que Cameron consideraba un bastardo arrogante e insoportable, estaba seguro de ganar la batalla debido a su posición social desahogada y de prestigio en la ciudad. La madre, una pobre mujer que había acabado por

mostrarse tímida y miedosa a base de años de matrimonio subyugante por parte de un marido abusivo, había sin embargo reunido el suficiente coraje como para acudir a Carlson and Carlson. Había leído un artículo en una revista nacional sobre el récord de éxitos del gabinete y sobre la soltura y habilidad de Sandra Bradley ante el Tribunal, y había solicitado su ayuda.

Sandra no sólo había aceptado a la mujer como cliente, sino que había puesto en marcha toda su formidable inteligencia y talento para servirla. Y, finalmente ella, la madre y lo que era más importante, la niña de cinco años, habían ganado. El bastardo había perdido. Y además había perdido sin dignidad alguna, ofendido y montando un escándalo público con rabieta incluida.

Pero la batalla obviamente había tenido un coste importante para Sandra, aunque eso no se notara en absoluto en su aspecto o en su conducta.

—Ese hombre no supo perder con gracia, ¿no es cierto? —preguntó refiriéndose a la explosión de malhumor pública del perdedor.

—No, desde luego —contestó Sandra encogiéndose de hombros impotente—. Seguramente porque estaba convencido de que iba a ganar.

—Supongo que es comprensible teniendo en cuenta que proviene de una familia antigua bien establecida y con amigos influyentes.

—Más que comprensible predecible —murmuró ella seria—. No es una buena persona.

—¿Te hizo algún tipo de amenaza, abierta o velada? —exigió saber Cameron al advertir cierto tono extraño en sus palabras y en su expresión.

—Sólo dio rienda suelta a su mal humor —contestó Sandra haciendo un gesto con la mano como para restarle importancia.

—¿Qué dijo exactamente?

—Nada importante, sólo palabr…

—¿Qué dijo exactamente? —la interrumpió repitiendo la pregunta en un tono de voz fuerte.

—Cameron…

—Sandra, dímelo —volvió a interrumpirla.

—Murmuró algo sobre que me atraparía, que al final me vencería —contestó suspirando y poniendo una cara al mismo tiempo de aburrimiento y de ironía—. Estoy segura de que se refería a que nos encontraríamos otra vez en los tribunales, quizá en la Corte Suprema.

—Quizá —estuvo de acuerdo él pensando en no perder de vista a ese hombre para procurar estar siempre del lado bueno.

—De cualquier manera ahora todo ha terminado, al menos por el

momento —añadió sonriendo débilmente—. Estoy cansada. Me he ganado unas vacaciones y me las voy a tomar.

—Bueno, aún a riesgo de repetirme a mí mismo te vuelvo a decir que no se te nota. No tienes aspecto de cansada.

Ella respondió con una de aquellas risas estremecedoras suyas, y, mientras intentaba asimilar el efecto que le producía, Cameron no pudo evitar preguntarse si su propia fatiga e impotencia se reflejaban en su expresión o en su forma de actuar.

Después de más de diez años como agente especial en la Oficina Federal de Investigación estaba más que desilusionado, estaba hastiado y se había convertido en un cínico. Y eso no le gustaba.

Cameron provenía de una familia con una larga historia en la tradición de hacer cumplir la ley. Había nacido en el estado de Pennsylvania, donde su padre había ejercido de policía en la ciudad de Philadelphia. Le había asesinado un traficante de drogas en el ejercicio de su profesión durante una operación muchos años atrás. Cameron todavía se sentía dolorido al recordarlo.

Era el mayor de cuatro hermanos de los que estaba orgulloso, y todos ellos trabajaban en el cumplimiento de la ley. El segundo era Royce, sargento de policía en el estado de Pennsylvania. El siguiente, Eric, estaba en la policía de Philadelphia trabajando de incógnito para la sección de narcóticos a la que se había trasladado después de la muerte de su padre. El más pequeño, Jake, había sido un motivo de preocupación para Cameron durante años debido a su actitud rebelde y a su estilo de vida despreocupado y libertino, pero finalmente se había corregido.

Para alivio y satisfacción de toda la familia Jake Wolfe había ingresado en el departamento de policía de su ciudad natal, Sprucewood, a unas quince millas de Philadelphia. Y además de integrarse en el cumplimiento de la ley Jake los había sorprendido a todos hacía poco tiempo al ser el primero de los cuatro hermanos que se había enamorado. Y estaba muy enamorado, seriamente enamorado.

El hermano pequeño se casaba. Cameron se sentía emocionado al ver que Jake había encontrado al fin un hogar en su vida, y según su madre, de cuyo juicio nadie dudaba, había encontrado además a la mujer perfecta con la que compartirlo. Pero al mismo tiempo sentía un desasosiego en su interior que iba en aumento, una insatisfacción dentro de sí que comenzaba a preocuparlo.

A lo largo de los años había tenido que enfrentarse a casos extraños e incluso misteriosos en el ejercicio de su profesión como agente del FBI en el departamento de investigación. El último en

particular, que se había resuelto un par de días antes, había sido de lo peor. Resultaba intranquilizador porque parecía mostrar, al menos según su punto de vista, la fragilidad del mundo en general y de la mente de algunos individuos en particular.

Durante semanas mientras Sandra asistía a los juzgados para luchar por su caso él le seguía la pista a un verdadero chiflado, un hombre joven, un loco demente que se creía a sí mismo la reencarnación de un legendario bandido del Oeste fuera de la ley. Se llamaba a sí mismo Swinft–Draw Slim, y en lugar de ir a caballo conducía un Bronco. Slim había cosechado su fama asaltando bancos en pequeñas ciudades desde el medio oeste hasta el sudoeste, razón por la cual lo perseguía el FBI.

Cameron se había visto envuelto en el caso al raptar Slim a una chica de catorce años llevándola de estado en estado desde Nuevo México hasta Colorado. Aunque Slim había arrastrado a las autoridades locales, estatales y federales a una loca y divertida persecución por toda América, cuando por fin Cameron lo atrapó con los pantalones literalmente bajados no se rió. De hecho casi lo había vuelto loco, estaba asqueado y había estado a punto de arrojar la toalla, de abandonar.

Miró en los ojos castaños y pesimistas de Sandra Bradley y de pronto decidió que él también necesitaba un descanso. Un año sabático. Y además había acumulado bastante tiempo de vacaciones, le debían seis semanas para ser exactos.

Había estado planeando pedir parte de ese tiempo, unas dos semanas más o menos, para volar al este y asistir a la boda de su hermano. Jake le había hecho el singular honor de rogarle que fuera su padrino de boda, prevista para comienzos de junio. Faltaban aún cuatro semanas y media. Pero si se tomaba las vacaciones desde el final de la semana en la que estaban, que era la última de abril, podría disponer de cuatro semanas antes de la boda y dos más después para recobrarse de las celebraciones.

Cameron fijó una mirada meditativa en la deliciosa mujer que estaba sentada frente de él. Se le ocurrió entonces considerar la posibilidad de pasar esas vacaciones con Sandra Bradley. La idea resultaba muy atractiva, pero tenía un inconveniente: que ella estuviera de acuerdo. Estaba decidido, se sentía preparado, pero aparentar frialdad y calma ante ella iba a requerir de todo su autocontrol.

—No puedo evitar preguntarme en qué estás pensando —dijo Sandra con cierto tono de sospecha divertido en su voz—. Tienes aspecto de estar tramando algo.

«Decídete», se dijo Cameron a sí mismo.

—Estaba simplemente pensando que… —contestó siguiendo de modo inmediato su instinto—. ¿Qué planes tienes? ¿Has pensado en alguna cosa en concreto?

—Sí —sonrió Sandra. Él tragó—. Voy a huir, desapareceré por un tiempo.

—¿Vas a algún lugar en concreto?

—Me han dejado las llaves de un refugio en las montañas para que me retire mientras dure esto —contestó sacudiendo la cabeza y dejando que su pelo y sus entrañas se revolvieran.

—¿Mientras dure el qué exactamente? —preguntó Cameron frunciendo el ceño.

—Según las palabras de mi jefa —rió— mientras necesite volver a asentar la cabeza sobre los hombros. Está convencida de que sólo necesito respirar un poco de aire fresco.

—¿Y es que es algo más que eso? —preguntó Cameron sintiendo de pronto una intuición.

—Sinceramente, Cameron, no lo sé —contestó ella suspirando hondo y vacilando—. Estaba dispuesta a abandonarlo todo, incluso escribí una carta de dimisión —añadió sonriendo burlona—. Pero Bárbara se ha negado a aceptarla. De hecho la rompió nada más terminar de leerla. Y fue entonces cuando me dio las llaves de su refugio en las montañas.

Cameron se quedó meditando. Un retiro en las montañas. Primavera en las Rockies, las flores estallando de color, los pájaros cantando, las mariposas naciendo y la despampanante Sandra quizá, pensó, con un compañero masculino. Por ejemplo él. La naturaleza siguiendo su curso. Muy interesante, excitante. ¿Pero estaría ella de acuerdo? se preguntó. Tenía que descubrirlo.

—Y… ¿Cuándo piensas marcharte? —preguntó intentando aparentar naturalidad.

—¿Del trabajo o de la ciudad? —preguntó ella a su vez con una mirada pícara.

—Bueno, de los dos.

—Del trabajo ya me he marchado —contestó frunciendo la boca burlona—. Pero me voy con la vuelta garantizada. Sin embargo quiero limpiar mi mesa de papeles por si acaso al final decido seguir mi idea original de no volver. Janice casi se niega a aceptar mi dimisión y Bárbara no quería ni oír hablar de ello.

—Uh–huh —murmuró Cameron guardándose prudentemente para sí mismo su opinión sobre el equipo madre–hija.

Después de todo, pensó, ser brutalmente sincero en sus

comentarios no iba a beneficiarle en sus intereses justo en ese momento. Según parecía Sandra las respetaba, y aunque él estaba dispuesto a conceder que eran excelentes abogadas, las consideraba a ambas, tanto a Bárbara, la madre, como a Janice, la hija, unas feministas exageradas. Estaba de acuerdo con la igualdad de los sexos pero su radicalidad resultaba un tanto pesada.

—Muy bien, ¿y cuándo piensas irte a las montañas?

—Pasado mañana —contestó Sandra sin pensar mientras fijaba su vista en él—. ¿Por qué?

Era el momento de lanzarse. Cameron tomó aire y lo soltó.

—¿Quieres compañía?

Su pregunta, hecha en un tono suave y amable tropezó con el silencio y la quietud más absolutos. La habitación quedó en silencio, el aire no se movía, y Sandra se movió menos aún. Estuvo así unos diez segundos. Luego parpadeó, frunció las cejas y soltó una risa atónita.

—¿Tú? —se quedó mirándolo con verdadera incredulidad—. ¿El legendario Lobo Solitario? ¿Y tu reputación de Lone Wolfe? ¿Vas a dejar de ser un solitario?

—Sí, yo —admitió él—. Los lobos solitarios también pueden querer compañía.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con un tono de voz desigual.

—Muy en serio —aseguró reprimiendo sus deseos de explicarse más.

—Pero… —añadió ella sacudiendo la cabeza como intentando aclarar su mente y soltando otra carcajada—. ¿Por qué?

—Bueno —arqueó las cejas—, podemos divertirnos un poco. Placer sin adulterar.

—En otras palabras —murmuró ella con voz entrecortada—. ¿Sexo, sexo y más sexo?

—Un año sabático sensual —contestó él reconociendo el tono tentador de sus propias palabras—, si te parece bien.

Capítulo Dos

Lo haría.

Sandra estaba de pie al lado de la cama. Una sonrisa confusa curvaba sus labios mientras sostenía un camisón transparente rojo pasión entre sus dedos nerviosos.

¿Era cierto que había aceptado la escandalosa proposición de Cameron de acompañarla al refugio de Bárbara? se preguntó quizá por décima vez desde que había abandonado la oficina unas horas antes.

Lo era, y lo había hecho sin dudarlo.

Quizá podrían acusarla de ser reservada pero desde luego nunca ninguna persona astuta la había acusado jamás de ser tonta, y no iba a comenzar a serlo entonces. Su sonrisa se fue transformando en una leve risa sofocada.

Era primavera. ¿Y cómo decía el antiguo dicho? se preguntó. La primavera la sangre altera. Bueno, eso se podía decir de ella.

Una excitación recorrió todo su cuerpo. El camisón transparente se ondulaba entre sus dedos mostrando la sensualidad de la prenda. De nuevo la risa se apoderó de ella. Consideró la ansiada posibilidad de ponerse esa escasa pieza para él y luego consideró las consecuencias. Dobló el camisón y lo metió en la maleta abierta sobre la cama.

«Imagínate», se dijo a sí misma, «el legendario Lone Wolfe confesando su deseo de pasar una temporada recluido en un refugio de montaña conmigo, por un tiempo indeterminado… La locura».

¿Cuánto tiempo había pasado deseando secretamente al frío y reservado Cameron Wolfe? Volvió a reírse una vez más, en voz alta y provocativa. Sabía muy bien cuánto tiempo había estado esperando una ocasión como aquella. Había deseado a Cameron desde el mismo momento en que lo conoció, hacía ya seis largos años. Y ese deseo había arruinado todas sus oportunidades de relacionarse en serio con otros hombres.

Desde el comienzo había decidido que tenía que ser Cameron, y nadie más que él. Y el paso del tiempo no había hecho languidecer ese deseo. Al contrario, cuanto más lo conocía, cuanto más sabía de su carácter, de su honestidad, de su estricto código moral, de su dedicación al trabajo, más atraída se había sentido hacia él.

Lo deseaba, era así de simple. Quizá era estúpido, pero era así.

Y había llegado el momento…

La esperanza se extendió como una emoción efervescente por su interior corriendo por sus venas, intoxicando su mente y sus sentidos. Reaccionando ante ese estímulo, se dio la vuelta y dio dos pasos cruzando la habitación hacia el vestidor y abriendo el cajón en el que guardaba la ropa interior más sexy.

Bailó sola por la habitación canturreando una vieja balada de amor muy sugestiva. Iba del vestidor al baño y del baño a la cama, recogiendo cosas y llenando la maleta y una bolsa de mano con lo que se quería llevar al refugio.

En un principio había pensado hacer pequeñas excursiones por las montañas de los alrededores de la cabaña y había previsto llevarse solamente cosas útiles a tales efectos: vaqueros, camisas, jerséis, una parca, botas y ese tipo de ropa. Pero de pronto, mientras sacaba del armario una vieja camisa de algodón suave de tanto lavar vio un conjunto nuevo muy tentador y decidió llevarlo.

Nunca se había puesto ese conjunto de dos piezas. Era de París, un regalo por su treinta y dos cumpleaños que le habían hecho sus padres un mes antes. Habían ido a Francia a trabajar y a divertirse mientras su padre abría allí una oficina internacional para sus negocios.

La razón por la que Sandra nunca se había puesto ese conjunto era simplemente que no había tenido una oportunidad adecuada para hacerlo. Era un conjunto demasiado seductor para una simple reunión de amigos. Consistía en una camisa de voluminosas mangas al estilo de los poetas y una falda larga de vuelo con cinturón. La tela era una seda lavada a la piedra con tonos brillantes en fucsia, naranja y verde menta. Visto en una percha colgado en un armario el conjunto parecía inocente, pero una vez puesto Sandra se había quedado atónita ante el aspecto que le confería.

El primer botón de la camisa estaba bastante bajo y el amplio escote mostraba la división de los pechos redondos y llenos. La falda, aunque con mucha tela al ser de vuelo, revelaba cada detalle de su anatomía desde la cintura hasta los tobillos cuando giraba con ella y la seda se pegaba a su cuerpo.

Cuando se vio con ese conjunto por primera vez se quedó atónita ante su propia imagen en el espejo. Había decidido no ponérselo, era demasiado atrevido y sexy para una reunión cualquiera. Lo tenía reservado para una ocasión especial.

Pero en aquel momento un rayo de luz brilló en sus ojos al cruzar una idea por su mente. Lone Wolfe era alguien especial. Y estar con él iba a ser desde luego algo muy especial. Dobló ambas piezas con cuidado y las metió en la maleta.

¿Faltaría mucho para llegar? se preguntó.

Sandra frunció el ceño mientras giraba de nuevo con el coche por otra curva cerrada de la estrecha carretera embarrada y llena de baches. Su coche sólo tenía un año y era de tracción delantera, y además aunque ya había llegado la primavera aún quedaban retazos de nieve en las faldas de las montañas y bajo los árboles al oeste de

Denver.

Una rápida mirada al tablero del coche le indicó que había pasado media hora desde que había girado en la autopista saliendo de ella en la dirección que Bárbara le había indicado. Según calculaba debía de estar casi a punto de ver la señal que indicaba la carretera privada por la que debía dirigirse para llegar al refugio. Aunque sabía exactamente qué pondría en la señal no pudo evitar reír en voz alta al verlo en letras grandes impresas: «Escotilla de Escape».

El camino privado por el que se llegaba a la cabaña estaba en peores condiciones aún que la estrecha carretera que acababa de abandonar. Tenía baches camuflados por el barro que hicieron que el coche se tambaleara sin previo aviso de un lado a otro. Cuando por fin al doblar una curva tuvo ante su vista el refugio dejó que un suspiro de alivio se escapara de sus pulmones.

Según parecía estaba construido al pie de una montaña y se adecuaba de tal modo al paisaje que parecía una parte integrante del lugar, un nido entre pinos. En la parte frontal tenía un amplio porche y a él daba un enorme ventanal que dominaba el valle.

Ansiosa por ver su interior Sandra salió del coche y se encaminó hacia los tres escalones que accedían al porche sorteando los trozos de nieve que quedaban aún sobre el terreno. El sol brillaba y le calentaba la espalda, lo cual significaba que esa nieve pronto se fundiría.

Alrededor de la cabaña había juncos amarillos y blancos que se levantaban brillantes hacia el sol mientras que en el suelo la hierba verde recién nacida iba brotando entre los restos de nieve.

Sonriendo ante el comienzo evidente de la primavera Sandra se encaminó a grandes pasos por el porche con la llave del refugio en la mano. Giró la llave, presionó el picaporte y abrió la puerta quedándose atónita ante el salón que se presentaba a su vista.

El refugio era todo lo que ella se hubiera atrevido a esperar, mucho más en realidad. Bárbara le había advertido que era una cabaña rústica, de campo, y efectivamente lo era. Y sin embargo la decoración hacía del lugar un sitio encantador. Estaba adornado con telas estampadas de flores, había un sofá lleno de cojines y dos sillones de la misma tapicería, una enorme alfombra de colores a juego y cortinas amarillas. Todo resultaba alegre y armónico, y sobre todo muy acogedor, a pesar de que el aire que se respiraba dentro estaba aún más frío que el del exterior.

Deseaba investigar más pero lo primero era lo primero, es decir, debía encender la calefacción. Bárbara le había asegurado que tenía la caldera de combustible llena. Giró los mandos y escuchó cómo comenzaba a funcionar. Luego volvió sobre sus pasos hacia el coche y

recogió el equipaje y las bolsas del supermercado al que había entrado antes de abandonar la ciudad.

Tuvo que hacer cuatro viajes del coche a la cabaña para cargarlo todo. Cuando llegó con las dos últimas bolsas del supermercado hasta la pequeña cocina necesitaba descansar. Se estaba haciendo vieja, pensó. O quizá fuera simplemente que no estaba en forma.

Se paró para tomar aire y se quedó mirando atenta a su alrededor. Lo que tenía ante su vista la animaba tanto que le hacía olvidar toda idea sobre vejez o falta de forma física. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

La cocina, aunque pequeña, estaba bien amueblada y era compacta. Cada milímetro estaba aprovechado al máximo con armarios a la medida tanto colgando de la pared como en el suelo. Tenía un fregadero, una cocina eléctrica y una nevera, y sobre la encimera había un horno microondas grande y la cafetera automática más moderna del mercado.

Sobre el fregadero había una ventana sin cortinas que daba a un porche semejante al de la fachada frontal pero más pequeño. El terreno, levemente inclinado al estar en la falda de la montaña, estaba lleno de pinos. Sobre el porche, cuyo suelo era de madera, había una barbacoa que funcionaba con una bombona de gas. La nieve la cubría en parte.

Por un momento imaginó que asaba a la barbacoa los filetes y la carne que había comprado en el supermercado. La boca se le hizo agua. Los dejaría a medio tostar en el grill. Pensar en la carne le hizo recordar dónde estaba y qué hora era. Era el momento de deshacer las maletas y familiarizarse con lo que iba a ser su hogar durante unas cuantas semanas. Pero antes de nada tomaría una taza de café.

Tarareando, sacó la jarra de cristal de la cafetera y la fregó. Luego buscó en las bolsas del supermercado y encontró la lata de café francés que había comprado. Mientras el líquido negro y aromático iba cayendo en la jarra sacó el resto de la comida de las bolsas y la guardó. Metió los alimentos perecederos en la nevera: leche, huevos, carne, queso y frutas y verduras frescas, además de dos botellas de vino, uno blanco y otro tinto. Las latas y los artículos secos o en conserva los fue guardando en los armarios superiores.

Una vez que todo en la cocina estuvo en orden se sirvió el café en una taza de cerámica de colores y se la llevó hacia el único dormitorio que había en la cabaña, donde ya antes había dejado el equipaje junto con una bolsa de plástico en la que llevaba sábanas y toallas.

El dormitorio mediría aproximadamente unos doce por catorce pies, no era muy espacioso. Sin embargo la forma en que estaba

amueblado con una cama de matrimonio, una pequeña mesilla y una cómoda de cajones producían la sensación de amplitud.

El suelo, de pino, estaba cubierto en su mayor parte por una alfombra de vivos colores y, al igual que en el salón, sus tonos armonizaban con la colcha y las cortinas. Había dos ventanas, una orientada al norte de la cabaña y la otra hacia las montañas.

Después de todo, se dijo Sandra a sí misma, el dormitorio no estaba mal. Puso la maleta sobre la cama y se sentó en el colchón para comprobar la resistencia de los muelles. Serviría, pensó mientras un estremecimiento la recorría en respuesta a la excitación que le causaba pensar en lo que suponía que iba a suceder en ese colchón, aparte de dormir. La imagen de Cameron Wolfe invadió su mente. Sintió por un momento la tentación de quedarse tumbada en esa cama y olvidar todos sus problemas y quehaceres para dedicarse únicamente a fantasear.

Pero era una persona responsable y disciplinada, así que supo resistirse a la tentación. Suspiro sin ser consciente de lo que hacía y se levantó de la cama.

Era jueves y casi la hora de comer. Tenía mucho que hacer antes del día previsto para la llegada de Cameron. Le había dicho que llegaría el sábado más o menos a mediodía.

Sandra abrió los cierres de la maleta y levantó la tapa. Tenía que guardar todos sus bártulos. Tenía que sacarlo todo de la maleta, guardar la ropa en el armario y hacer la cama con las sábanas que se había llevado. Y luego comenzar a limpiar todo el refugio.

Bárbara le había advertido de que, como no había ido a pasar ningún fin de semana al refugio desde principios de diciembre, la casa estaría bastante sucia y necesitaría un buen repaso. Y desde luego no había exagerado. Incluso ya en un primer vistazo rápido había podido darse cuenta de que una fina capa de polvo cubría todas las superficies planas y todos los muebles y lámparas. Eso por no mencionar los baldosines y las instalaciones del baño.

Resultaba evidente que ni Bárbara ni su hija sentían gran inclinación por la limpieza, aunque no fuera más que por limpiar lo que ellas mismas habían ensuciado. Por suerte aquello no se reflejaba ni en su trabajo ni en el aseo del gabinete de abogados.

Cuando su jefa le ofreció el refugio Sandra se había mostrado encantada por la idea de ir a pasar una temporada en ese aislamiento, y ante su advertencia sobre la limpieza sólo se había encogido de hombros sintiéndose dispuesta a hacer el trabajo que considerara necesario.

Pero una cosa era sentirse dispuesta de palabra y otra muy distinta

hacer el trabajo, sobre todo cuando ella misma tampoco se sentía muy inclinada a hacerlo, ni por su propia naturaleza ni por la costumbre.

Sandra volvió a suspirar mientras sacaba la ropa de la maleta. Por lo general no era ella quien hacía los trabajos domésticos en su propia casa. Con el ritmo de vida que llevaba y tantos clientes a los que defender, al menos hasta ese momento, no tenía tiempo para ocuparse de la casa aunque se hubiera sentido inclinada a ello. Pagaba un montón de dinero a un servicio profesional para que hiciera el trabajo por ella.

Pero el servicio de limpieza estaba en Denver y ella estaba aislada en un refugio. Así que, se dijo a sí misma mientras guardaba la ropa en los cajones y en el armario, por muy profesional de la abogacía que fuera había llegado el momento de limpiar ella misma la casa en la que iba a vivir.

Casi había terminado de guardar todas sus cosas cuando abrió el cajón de la pequeña mesilla. Aunque era diminuto dentro había una pistola cuyo aspecto desde luego parecía mortal, y sin duda lo era.

Bárbara le había avisado de que iba a encontrársela, sabía que estaba allí, y sin embargo…

Odiaba las armas. Sabía cómo debía agarrarlas y sabía usarlas correctamente. Había asistido a un curso de defensa personal en el bachiller en el que se incluía su manejo, pero a pesar de todo las seguía odiando.

Se estremeció. Guardó las novelas de bolsillo que había llevado consigo para pasar esas vacaciones en el cajón ocultando el arma y la caja de cartuchos e intentó olvidar lo que había visto. De ese modo quedaría fuera de su vista, no tenía por qué volver a pensar en ello. Se dio la vuelta y comenzó a hacer la cama.

¿Acaso deseaba que Cameron pensara que era una persona detestable a la que le gustaban las armas? se preguntó.

—Tu hombre se ha marchado de Denver, ha tomado un avión privado a las 6:35 de la mañana.

—¿Para dirigirse a dónde? —preguntó Cameron tenso por el auricular del teléfono mientras echaba un vistazo rápido al reloj.

Eran las 6:51. El detective con el que estaba hablando estaba justo en plena tarea, tal y como él esperaba que estuviera.

—Chicago.

Cameron suspiró aliviado. Si Whitfield se había marchado a Chicago en viaje de negocios o lo que fuera lo que era seguro era que no estaba siguiendo a Sandra.

—Gracias, Steve. ¿Quién se va a ocupar allí de su vigilancia?

—Jibs.

—Está bien. Voy a estar fuera de la ciudad un par de semanas pero estaré en contacto contigo.

—Yo estaré aquí —Steve vaciló, pero por fin preguntó—: ¿Vas a hacer algún trabajo o vas de vacaciones?

—De vacaciones.

—Me gustaría tener tanta suerte. ¡Qué disfrutes! —le deseó soltando un ligero gruñido.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Cameron mientras la imagen de Sandra invadía su mente.

—Desde luego, pienso hacerlo —contestó sintiendo que la ilusión lo embargaba—. Cada minuto.

Después de colgar el auricular volvió a mirar el reloj. Eran las 6:59. Tenía que hacer otra llamada telefónica al este, pero aún era demasiado pronto debido al horario.

Se dio la vuelta dándole la espalda al teléfono de pared de la cocina y se sirvió una taza de café. Luego se dirigió con ella al dormitorio. Todavía tenía que meter en la maleta unas cuantas cosas, las cosas de última hora que había pensado que aún iba a necesitar. Bebió unos cuantos sorbos de café y dejó la taza sobre la mesilla.

Lo primero terminar la maleta, pensó, después haría la llamada.

La tarea de empacar le llevó trece minutos y medio. Cameron era desde luego una persona eficiente y con las ideas claras. Además de ser un agente de la ley competente y en el que se podía confiar, todo el mundo reconocía que era uno de los mejores policías del departamento. Y además era un buen cocinero y se lavaba su propia ropa.

Él estaba convencido de que su talento como policía era una cuestión de genes, aunque desde luego reconocía que su primer entrenamiento como tal había tenido lugar en su propio hogar junto a su padre. Pero sus talentos domésticos se los debía por entero a su indomable madre y a sus insistentes esfuerzos en ese sentido. Desde el primer día y desde el primer hijo, Maddy Wolfe se había mantenido firme en su idea de que hasta un idiota podía aprender a cuidar de sí mismo, y eso incluía a cada uno de sus hijos.

Había vivido como un solterón desde que abandonó la casa materna para asistir al colegio y hacer el bachiller, a la edad de dieciocho años. Y desde entonces había dado las gracias por su aprendizaje fervientemente, aunque en silencio, a su testaruda madre. Más de una mañana de sus vacaciones la había pasado de rodillas fregando el suelo del baño o de la cocina del apartamento en el que viviera en ese momento. Y aunque ésa fuera una de aquellas mañanas de vacaciones, sin embargo tanto la cocina como el baño estaban

limpios. Todo estaba limpio, aunque en esa ocasión se lo debiera al servicio profesional al que pagaba para que hiciera la tarea.

Volvió a mirar de nuevo el reloj. Sólo habían pasado cinco minutos desde la vez anterior en que lo había mirado. ¿Qué hacer? se preguntó. Había hecho la cama hacía más o menos una hora y exceptuando fregar los pocos cacharros que había ensuciado en el desayuno no quedaba nada más por hacer.

Fregaría los cacharros, decidió.

Bebió el resto del café que le quedaba en la taza y abandonó el dormitorio para dirigirse a la cocina. Quince minutos más tarde, con los platos limpios y guardados, se encontró de nuevo a sí mismo volviendo a pasar la bayeta por la encimera de la cocina por tercera vez. Así que, cansado, la arrojó sobre el fregadero.

La impaciencia le estaba matando. Deseaba ardientemente irse, abandonar el apartamento, la ciudad, alejarse hacia las montañas, derecho hacia Sandra.

Aunque se sabía la dirección del refugio de memoria sacó el papel en el que la tenía apuntada del bolsillo del pantalón y la leyó. No necesitaba aquel trozo de papel, decidió dejándolo sobre la encimera de la cocina recién limpia.

¿Qué más podía hacer? se preguntó. Cameron suspiró y miró de reojo el reloj y luego al teléfono. Al diablo con la hora, se dijo, aunque fuera pronto haría esa llamada.

Maddy contestó enseguida en cuanto el teléfono sonó dos veces.

—¿Dígame?

—Buenos días, preciosa —dijo Cameron suavemente suspirando de alivio en silencio al notar por la voz que su madre estaba despierta—. ¿Qué tal te encuentras en esta brillante mañana de primavera?

—Aquí no es una brillante mañana de primavera, hay tormenta, pero de todos modos estoy bien. ¿Y tú qué tal estás?

—Como siempre —contestó Cameron—, como siempre. No te habré despertado, ¿verdad?

—¿Despertarme? —rió Maddy. Su risa tenía un sonido rico, profundo, un sonido que a Cameron siempre le había encantado—. Llevo horas despierta. Me has pillado mientras batía la masa para una tarta.

—¿Masa para una tarta? —se lamió los labios inconscientemente. Maddy hacía unas tartas deliciosas. Sobre todo su tarta preferida, la de suflé—. ¿Para un suflé?

—No —rió Maddy de nuevo—, hoy no. Estoy haciendo tarta de merengue, de limón —dijo riéndose aún, pero esa vez su risa era de satisfacción.

Cameron frunció el ceño. ¿Qué estaría rumiando su madre? se preguntó. Sabía perfectamente que la tarta de merengue de limón era la preferida de su hermano Eric. ¿Pero por qué se estaría riendo tanto?

—¿Es que Eric va a ir a cenar a tu casa?

—No, hoy no, mañana —dijo con un tono de voz que parecía querer avisarlo de algo.

—Está bien, mamá, me rindo —contestó él lleno de curiosidad. Sabía que su madre era la causante, con sus risas y su tono de voz, de esa curiosidad—. ¿Qué ocurre con Eric?

—Que viene a cenar mañana.

A Maddy desde luego le gustaba hacer rabiar a sus hijos, y no dejaba de hacerlo siempre que podía, una y otra vez. A pesar de su impaciencia Cameron tuvo que reírse.

—¿Y? —volvió a preguntar cuando ella dejó de hablar.

—Que va a traer a cenar a Tina.

«Tina», por supuesto. Debería de haberlo imaginado. Cameron se reprendió a sí mismo por no haber seguido la pista que su madre le había ofrecido. Merengue de limón. No sólo era la tarta que más le gustaba a Eric sino que además, según le había contado Maddy, era el objeto de una saludable rivalidad entre ella y la chica de la que, según parecía, Eric estaba enamorado.

Maddy había invitado a Eric y a esa chica a la cena de Acción de Gracias para conocerla, y Tina había llevado una tarta de merengue de limón como contribución personal a la fiesta.

Después de las vacaciones, cuando su madre se lo contó, había tenido que admitir que la tarta de Tina era de primera categoría… casi tan buena como la suya.

Pero Maddy no podía engañar a Cameron. Sabía de sobra que el tema de las tartas no tenía ninguna importancia para ella. Lo que le preocupaba era si su hijo Eric tenía una relación seria con esa chica que, según sus propias palabras, era una mujer joven y encantadora.

Cameron era plenamente consciente de que su madre vivía con la esperanza de ver a sus hijos establecidos y felizmente casados, con una relación tan fuerte y maravillosa como había sido la suya con su marido. Y en segundo lugar deseaba ardientemente tener nietos a los que malcriar, al menos ocho, había dicho.

Y mientras tanto Eric llevaba a Tina a casa de su madre por segunda vez. Aquello era sospechoso, se dijo Cameron recordando que, según tenía entendido, Eric jamás había llevado a ninguna chica dos veces a casa de su madre.

Primero había sido Jake, y luego Eric.

—¿Crees que eso significará algo realmente? —preguntó Cameron

a su madre después de un rato en silencio que, a todas luces, ella le había concedido para asimilar la noticia.

—Sinceramente espero que sí —contestó—. Mantente en contacto y yo te mantendré informado.

—Sí, está bien, aunque la verdad —contestó Cameron interesado en la vida amorosa de su hermano pero mucho más en la suya propia— es que salgo ahora mismo de la ciudad y no sé cuándo te podré volver a llamar.

—Comprendo —contestó ella. Su voz no delató en absoluto su preocupación. Después de treinta años casada con un oficial de policía había aprendido a esconder sus temores hacía mucho tiempo—. Bien, entonces ya hablaré contigo cuando puedas. Ten cuidado, hijo —añadió después de una pausa.

—Lo tendré —contestó Cameron sonriendo mientras colgaba el auricular.

En su opinión, aunque admitía que estaba muy bien predispuesto hacia su madre, ella reunía todas las cosas buenas que una mujer podía tener.

Entonces se quedó meditando, hilvanando pensamientos. Mujer, sexo, Sandra.

Se alejó a toda prisa del teléfono y de la cocina, recogió las bolsas y miró a su alrededor. Deliberadamente apartó la vista del busca, que estaba encima de la mesilla. No iba a necesitarlo en el lugar al que se dirigía. Con la maleta en la mano echó un último vistazo y luego abandonó el apartamento.

—¡Maldita sea! —exclamó Cameron en voz alta sin siquiera ser consciente de ello.

Estaba demasiado ocupado girando con el coche por una esquina como para mirar atrás. Sólo había conducido unas cuantas millas, estaba aún cerca de su apartamento. Pero de pronto se dio cuenta de que simplemente no podía hacerlo. Era incapaz de abandonar la ciudad durante dos semanas sin llevarse el busca, sin mantenerse en contacto con la oficina. Y tampoco podía irse sin su arma, que había llegado a ser casi parte de sí mismo.

Gruñó y murmuró para sí mismo. Aquellos dos aparatos habían llegado a convertirse en los chupetes de los adultos. Dio la vuelta con el coche y volvió de nuevo al apartamento. Entró a grandes zancadas y se dirigió directamente al dormitorio y a la mesilla.

Recogió el busca y el revólver oficial que en su día le entregó el FBI, un arma con una cartuchera que se colgaba al hombro. Se metió el busca en el bolsillo y giró sobre sus pasos volviendo a salir del apartamento.

Sin embargo, a medio camino hacia la puerta, algo lo detuvo. Era una sensación extraña. ¿Pero qué era? se preguntó mientras echaba un vistazo por el salón. ¿Cuál era el problema? Nadie había entrado en el apartamento durante los escasos minutos en que había estado fuera. Se dirigió a la cocina y echó un vistazo allí. Estaba tal y como lo había dejado media hora antes.

Y sin embargo…

Sandra, se recordó a sí mismo.

Simplemente necesitaba unas vacaciones, quiso convencerse, eso era todo. Apartó de sí esa extraña sensación, se metió las manos en los bolsillos y salió del apartamento. Al llegar al coche metió el arma en la guantera y se marchó.

Entonces fue cuando de verdad se sintió de vacaciones.

Quizá de camino al refugio parara en algún lugar para comprar una botella o dos de buen vino, se dijo, y un par de paquetes de latas de cerveza también. La excitación por lo que estaba a punto de suceder lo enervaba, lo estremecía y le hacía sentir una tremenda emoción mientras por su mente vagaban multitud de fantasías.

Una vez que hubo salido de la ciudad, con la cerveza y las botellas de vino en el asiento de atrás de su Jeep Cherokee casi nuevo, comenzó a pensar en sus hermanos. En especial en uno de ellos.

Había estado meditando sobre sus hermanos mientras hablaba con su madre por teléfono. Primero Jake, el más pequeño de los Wolfe, y después Eric, el tercero del grupo. Pero, pensándolo bien, se dijo, recordaba una conversación telefónica que había tenido hacía unas cuantas semanas con Royce.

Durante aquella conversación había habido algo que le había llamado la atención. Era más bien algo que Royce había evitado contar, algo en su forma distraída de hablar más que algo que hubiera dicho realmente.

Entonces, mientras reflexionaba en el coche, se preguntó si acaso Royce estaría enamorado de alguna mujer, si sería posible que estuviese realmente enamorado. Por supuesto siempre cabía la posibilidad de que se hubiera equivocado al leer entre líneas, pero dudaba mucho de que fuera así. Conocía muy bien a sus hermanos.

Y ahí estaba él. Conduciendo, manteniendo a duras penas el límite de velocidad, lleno de impaciencia, ansioso como un colegial ante su primera cita, excitado ante la perspectiva de pasar un par de semanas a solas con Sandra en las montañas. Meditó…

¿Acaso aquello significaría realmente algo para él también?

La pregunta que le había hecho a su madre refiriéndose a su hermano Eric se la hacía en ese momento pero refiriéndose a él.

No, era algo puramente físico, se contestó a sí mismo. La atracción que sentía hacia Sandra era sólo una atracción física, se dijo intentando convencerse mientras ignoraba el estremecimiento que lo recorría de la cabeza a los pies.

No volvió a preguntarse.

Capítulo Tres

Sandra exhaló un profundo suspiro y se pasó el dorso de la mano por la frente empapada de sudor. Las tareas de limpieza de la casa eran realmente duras, pensó, pero por lo menos ya había terminado. El interior de la cabaña relucía después de sus insistentes esfuerzos a lo largo de la tarde del día anterior y ese mismo día.

Entró en la cocina, brillante por fin, y la cruzó dirigiéndose hacia la nevera. Tomaría una coca cola sin azúcar. Estaba sudando, tenía sed, hambre y desde luego estaba muy cansada.

¿Se merecía Cameron Wolfe sus esfuerzos en aquella tarea? se preguntó mientras se dejaba caer lánguidamente en una silla de color amarillo limón.

Desde luego que sí, se contestó. Rió, terminó la coca cola y se levantó pesadamente de la silla. Pronto sería el día.

Cameron llegaría, o al menos estaba previsto que así lo hiciera, según había dicho, en menos de veinticuatro horas. Un escalofrío la recorrió ante aquel pensamiento.

Era extraño, se dijo frunciendo el ceño enfadada consigo misma por dejarse invadir por esa respuesta física y psíquica ante el mero pensamiento de su inmediata llegada. La verdad era que tenía que reprenderse a sí misma. Si alguien hubiera podido conocer sus sensaciones, sus sentimientos y sus pensamientos la hubiera mirado con recelo, y no le hubiera faltado razón. Era una persona adulta, una mujer madura, inteligente. O al menos solía hacer uso en general de su inteligencia. Y sin embargo ahí estaba, temblorosa, en medio de la cocina, sintiendo un deseo vehemente por poner las manos y otras partes de su cuerpo, figurativa y literalmente hablando, sobre Cameron Wolfe.

Era una lástima, pensó y sonrió.

Bueno, sería una lástima pero, ¿y qué? se preguntó.

Deseaba a Lone Wolf como fuera, de todas las maneras posibles.

En realidad, recapacitó, aquello se parecía peligrosamente al amor.

Entonces comenzó a reflexionar con seriedad. Con seriedad pero asustada. ¿Quién sabía realmente qué era el amor? ¿Quién sabía incluso, se preguntó, si existía de verdad el amor, el amor romántico, fuera de la fantasía de algunos individuos que simplemente creían estar enamorados?

Sandra nunca había sentido esa sensación indescriptible, esa sensación evasiva e imposible.

Lo que por lo general se llamaba amor no podía ser diagnosticado clínicamente y sin reservas. Ni podía ser cortado a pedacitos para analizarlo en un microscopio. Y si se ahondaba en ello, se dijo, en

realidad nunca nadie había conseguido definir esa enfebrecida quimera en términos claros. Siendo ése el caso, se preguntó, ¿cómo podía ninguna mujer saber cuándo y cómo había surgido en ella esa emoción que sustituía al sentido común por los anhelos más descarados?

Anhelos, se repitió a sí misma. Su estómago se retorció.

Había anhelos y apetitos, apetitos y apetitos.

Rió en voz alta de nuevo. Ahí estaba, se dijo, igual que una quinceañera soñando con un hombre, cuando era obvio que lo que estaba era muerta de hambre.

Por supuesto Sandra se daba perfecta cuenta de que comer, ducharse, lavarse el pelo y luego dormir profundamente toda la noche no eran sino maniobras de distracción para no perderse en la contemplación y la fantasía de sus sueños.

No quería pensar en el amor, en ninguna clase de amor, fuera del tipo que fuera.

En el sexo, en cambio, sí. ¿Pero en el amor? se preguntó. No, ése era un tema que realmente la asustaba.

Sandra durmió muy bien, sorprendentemente bien considerando su estado mental y de nerviosismo durante las horas anteriores al momento de irse a la cama. Las preguntas que se había hecho la noche anterior, en especial las preguntas por las motivaciones de lo que estaba haciendo, se desvanecieron cuando la invadieron los sueños eróticos y excitantes en el transcurso de su descanso.

Se despertó como nueva, deseosa de comenzar el nuevo y brillante día y de abrazar al hombre que, esperaba, iría a verla aproximadamente a mediodía.

Después de un buen desayuno con zumo, tostadas y café encendió la radio y se dispuso a pasar las escasas horas hasta el almuerzo yendo de una habitación a otra y mirando por la amplia ventana hacia la carretera que llegaba hasta el refugio.

Llegaba tarde, se dijo.

Había pasado ya el mediodía.

¿Es que había cambiado de opinión? se preguntó.

Sandra se mordió la lengua y miró de nuevo por la ventana.

Eran exactamente las 12:46 cuando, a través de la ventana, vio por fin un jeep que se acercaba por la carretera. Supo la hora exacta porque echó un vistazo rápido al reloj antes de correr hacia la puerta para darle la bienvenida.

Se quedó de pie en el porche mientras Cameron salía del jeep. Le daba el sol en la cara, era un sol caliente. Pero el verlo a él le calentaba todo el cuerpo con mucha más intensidad.

Aquél era Lone Wolfe, el lobo solitario. Y su aspecto era delicioso, pensó.

Tan delicioso como para comérselo.

Sandra se prometió a sí misma que no lo dejaría escapar sin antes probarlo.

Iba vestido de sport: vaqueros estrechos, chaqueta de algodón y botas de montaña. La saludó con la mano y dio un paso hacia ella. Su mirada era intensa, fija y peligrosa.

Sandra se estremeció al sol.

—Hola.

La voz de Cameron sonó baja, íntima, más peligrosa aún que su mirada. Sandra sintió que se le aceleraba el pulso, que su corazón comenzaba a galopar. Se le escapaba la respiración por entre los labios abiertos produciendo el sonido como de un susurro.

—Hola —contestó. Él subió las escaleras que daban al porche en sólo un par de zancadas. Nerviosa hasta un límite indescriptible, se echó a un lado de la puerta para dejarle paso—. Entra —añadió. Cameron estaba a su lado. En la radio sonaba una vieja balada de amor. Fue a acercarse hacia el aparato para bajar el volumen cuando, habiendo dado sólo un paso, exclamó—: ¡Oh!

Un fuerte brazo se curvó tomándola por la cintura, haciendo que se diera la vuelta y atrayéndola con fuerza contra un cuerpo tenso y musculoso.

—Baila conmigo, quiero rodearte con mis brazos… —dijo él mientras cantaba en una voz baja muy seductora acompañando la música instrumental que sonaba por la radio.

Sandra se dejó llevar por aquel momento, por el balanceo del baile, por la emoción de moverse a su lado al mismo ritmo.

Bailaron juntos un rato y fue como si llevaran haciéndolo años. Aturdida, seducida, Sandra tembló ante la idea de la unión armónica de ambos en el baile más íntimo del amor.

—Tengo hambre —gruñó Lone Wolfe en su oído.

—Te… te haré la comida —contestó ella temblando.

—No creo que haga falta —dijo él medio riendo de excitación—. Creo que te voy a comer a ti.

—¿A… a mí? —repitió ella apartando la cabeza para mirarlo.

La pasión cruda que se reflejaba en su mirada encendió el fuego en su interior quemando sus inhibiciones y terminando con su vergüenza.

—Tú, yo —dijo él dejando resbalar una mano por el centro de su espalda y haciendo que su cuerpo se pegara al de él—. Démonos una fiesta –añadió mientras su aliento caliente comenzaba a acariciar sus labios al bajar la cabeza para besarla.

Sandra, apenas capaz de respirar, abrió los labios unos instantes antes de que él los tocara con su boca. Sus labios eran firmes. Aún estaban fríos de haber estado afuera, pero eran dulces y sabían a primavera.

Sandra gimió y levantó los brazos para capturar su cabeza con las manos.

Él la besaba profundizando cada vez más con la lengua. La peinaba con los dedos mientras la presionaba para acercarla, para estrecharla. Con la otra mano acarició la curva y el volumen de uno de sus pechos.

Sandra arqueó la espalda invitándolo a continuar. Sus labios la besaban con fuerza, la poseían mientras su mano se curvaba rodeando el montículo de su pecho.

Se estremeció ante las sensaciones que le causaban sus dedos. Clavó las uñas en su cabeza desde la coronilla hasta el cuello.

—Sí.

Ésa fue la respuesta de Cameron. Pudo sentir su respuesta, escuchar el susurro en su oído, notar el estremecimiento contra su cuerpo.

—Sí —contestó ella murmurando en su boca, arqueando todo su cuerpo contra el de él, excitado. En el torbellino del deseo el tiempo perdió importancia. Las ropas flotaron hasta caer al suelo sin que apenas ellos se dieran cuenta, sin que a nadie le importara.

—¿Dónde está la cama? —preguntó Cameron mientras besaba uno de sus pezones.

—Por aquí —contestó Sandra dando un paso atrás, tomándole de la mano y volviéndose hacia el dormitorio.

Cameron recogió los vaqueros del suelo y la siguió. Ninguno de los dos se dio cuenta de que la puerta de entrada se quedaba abierta de par en par. Al llegar junto a la cama ella le soltó la mano y dio un paso atrás para mirarlo. Lone Wolfe estaba de pie, alto y orgulloso, magnífico en su masculinidad, y en absoluto violento por su desnudez.

Era hermoso. Sandra sintió de pronto que sus labios y su garganta se secaban y se calentaban. Se lamió los labios con la lengua para humedecerlos.

—Eres preciosa —dijo él con una voz ronca y excitante de pura intensidad.

—Y tú también —contestó ella en un tono apenas perceptible.

Cameron sonrió. Sandra levantó una mano para acariciar su pecho. Sus dedos temblaron por el contacto con el vello rizado y dorado. Envalentonada ante el estremecimiento que vio recorrer todo su cuerpo por ese simple contacto dejó que sus dedos resbalaran por todo el torso despacio hasta apoyar toda la palma de la mano contra su

vientre plano.

—No te pares ahí —dijo Cameron conteniendo el aliento en un leve susurro—. Por favor, no te pares ahí. Encuéntrame, abrázame.

Sandra observó cómo el fuego del deseo ardía en su mirada. Bajó la mano para acariciar su masculinidad y los rizos de vello dorado que la rodeaban. Él jadeó y se estremeció cuando lo abrazó.

—Bien. Me siento tan increíblemente bien. No me sueltes —añadió acercándose a ella y acariciando sus pechos.

Luego inclino la cabeza para succionar primero uno de sus pezones y luego el otro. En respuesta a las sensaciones que la embargaban en su interior, al calor que se intensificaba en el centro de su feminidad, Sandra se arqueó para besarlo en la boca mientras seguía acariciando su carne trémula y sedosa.

Su mente, su cuerpo, cada átomo, cada molécula de su ser estaba preparada para recibirlo. Pero entonces él la rodeó por la cintura y la hizo sentarse al borde de la cama. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo él se había arrodillado entre sus piernas, abiertas y temblorosas.

—¡Cameron! —protestó cuando él la agarró de los hombros y la echó hacia atrás con cuidado para que se tumbara en el colchón—. ¿Qué estás haciendo? —añadió con voz ronca cuando él presionó los labios contra su vientre y metió la lengua en su ombligo.

—Quiero saborearte —murmuró contra su piel humedeciéndola y deslizando la lengua hacia abajo—. Quiero saborear cada dulce y hechizarte centímetro de tu cuerpo.

—¡Cameron! —repitió ella con una voz que delataba la inseguridad de sus sentimientos mientras sus manos le revolvían el cabello acercando más su cabeza hacia ella.

—Te gustará —prometió él mientras curvaba su lengua por el espeso vello que cubría su montículo—. Te voy a elevar hasta el cielo.

Sandra escuchó su propio jadeo y supo que se debía sólo a la fantasía de imaginar lo que él iba a hacer. Nunca había permitido a nadie tener esa intimidad con ella, nunca había otorgado ese derecho a ningún hombre antes.

Pero él era Cameron, Lone Wolfe. Un hombre de la ley, la ley misma.

Él probó con la lengua su humedad caliente. Sandra se rindió ante la ley.

Y entonces Cameron llevó a cabo su promesa. Olas de placer absolutamente inimaginables la recorrieron por todo el cuerpo una detrás de otra, en cascada. Sandra se vio encumbrada hasta el éxtasis en el que no importa el tiempo ni el espacio.

El vuelo fue espectacular, pero pronto se dio cuenta de que en el viaje hacia la sensualidad faltaba aún mucho camino por recorrer.

Y Cameron tenía su propio itinerario de recorrido.

Vagamente, en los límites de la conciencia, Sandra escuchó el leve crujir de ropa, el sonido claro de que todo estaba maduro y en su punto. Entonces él se acomodó sobre ella moviendo primero su cuerpo exhausto para ponerlo a lo largo en la cama y metiendo sus formas musculosas entre los muslos de ella.

—Ha sido precioso verte así —murmuró él haciendo que parara el temblor de sus piernas—. Es maravilloso observarte —añadió deslizando las manos bajo su cuerpo para levantar sus caderas y penetrarla con su masculinidad—. Y ahora quiero que tú también te observes, que nos veas a los dos.

Sandra sabía que era posible. Al menos había oído decir que era posible, aunque lo cierto era que nunca había sentido la repetición inmediata del éxtasis y su posterior alivio. La verdad era que ese éxtasis sólo lo había sentido una vez, en una sola y extraña ocasión. Pero estaba deseando intentarlo. Gracias al exquisito placer que él le había procurado estaba deseando ser el recipiente, la depositaria de su último éxtasis.

La penetró despacio, con delicadeza, dejando que su cuerpo en tensión se ajustara a la masculinidad excitada, haciéndola sentirse como un tesoro, excitada como el mejor lugar en el que él podía desahogar su pasión.

Y para su sorpresa su propio deseo volvió a renacer cuando él comenzó a moverse. Se movía ajustando el ritmo a sus respuestas, reteniendo sus propios deseos mientras avivaba las llamas de pasión en ella.

Verlo a él mientras tanto intensificó la tensión que la embargaba. Entre los temblores de la pasión controlada ver a Cameron constituía otro placer.

Un mechón de cabello dorado le caía por la frente, pero él no le prestaba atención. Sólo le prestaba atención a ella. Sus ojos estaban medio cerrados, atentos a las reacciones y a las emociones que se revelaban en la expresión del propio semblante. Su rostro estaba tenso, apretaba los dientes con fuerza. La tensión se reflejaba en sus venas y en sus tendones resaltados en el cuello arqueado, en los músculos de su pecho. Cameron estaba trabajando, y mucho. Se negaba a sí mismo la experiencia del vuelo en un esfuerzo por hacerla a ella acompañarlo en su viaje. Las gotas de sudor le iban mojando la frente y el pelo que se oscurecía. La piel bronceada brillaba. El vientre plano, húmedo y sedoso, se estrechaba contra el de ella.

Todo en él, su aspecto, la intensidad del placer que revelaba, la tensión incalculable, la excitación, la revitalizaban a ella, la conducían a ella hasta el punto en el que se aunaba con él en su ardor.

Apenas podía respirar y sin embargo se sentía vigorizada. Los músculos de su cuerpo, que antes había sentido flojos, estaban de nuevo en tensión, llenos de energía.

Sandra apretó el abrazo de sus piernas y levantó las caderas arqueándose muy alto, aunando el ritmo medido del cuerpo tembloroso de Cameron.

Sin perder ni por un instante el ritmo él de pronto inclinó la cabeza hasta sus pechos para capturar un pezón duro entre sus dientes.

La sensación que le produjeron esos dientes y esos labios la rasgó en su interior sacando de lo más profundo de ella un gemido. Su corazón galopaba, el pulso se le aceleraba. Estrechó todo el cuerpo contra el de él. Entonces un sonido, como un gruñido profundo, salió de la garganta de Cameron.

—Si haces eso otra vez no respondo de mi control —la avisó en un susurro lleno de tensión. Sandra se vio embargada por un sentimiento de poder. Para probar su control, para probarlo a él, hundió las uñas en la carne de sus caderas y se estrechó contra él en esa ocasión deliberadamente. —Sandra, ten compasión —suplicó él mientras apretaba los dientes y las venas de su frente sobresalían con prominencia.

Se estrechó una vez más contra él, estrujándolo en su interior. En respuesta Cameron empujó más fuerte mientras deslizaba una mano entre sus cuerpos para acariciar el excitado centro de su feminidad.

—¡Wolfe! —gritó Sandra su nombre en una exclamación ahogada.

Se vio lanzada de nuevo hacia el cielo como en un cohete, navegando por el espacio, convulsionándose salvajemente alrededor de él. En pocos segundos escuchó su propio nombre junto a un grito de júbilo y sintió que el calor de su poderosa masculinidad cedía ante el alivio.

Sandra se sentía exhausta. Cada músculo y cada nervio de su cuerpo temblaban. Apenas podía respirar. Se sentía consumida, caliente y mojada. El peso de Cameron la aplastaba, la presionaba contra la sábana húmeda de debajo.

Era maravilloso.

—Esto es… lo que yo llamo… una bienvenida —dijo él entre suspiros para tomar aliento. Lamió con la lengua su pezón volviendo a mandarla olas de placer en cascada—. Y una forma espectacular de comenzar las vacaciones.

Atónita por la respuesta instantánea de su propio cuerpo ante esos

labios; Sandra meneó las caderas. La respuesta de Cameron fue igual de instantánea. Sintió cómo la vida renacía en las profundidades de su interior.

—¿Otra vez? —preguntó Sandra temerosa mientras abría los ojos llena de sorpresa y se encontraba con una mirada brillante y fija en ella.

—Es increíble, ¿verdad? —dijo él con una voz temblorosa en la que se entremezclaba la risa y el orgullo masculino—. ¿Estás preparada para galopar otra vez?

—Eso depende de qué me ofrezcas para inducirme a galopar —rió ella a su vez.

—Supongamos que te lo pido por favor –contestó él.

Sin darle tiempo para responder Cameron se levantó poniéndose encima de ella y aprisionándola entre su cuerpo y el colchón.

—Estaría bien que lo pidieras por favor —contestó ella haciéndole gemir al colocarse a horcajadas sobre sus velludos muslos e introducirlo dentro de ella con firmeza.

—Por favor, Sandra —contestó él mientras se levantaba muy alto del colchón y penetraba en ella profundamente para tomarse la revancha—. Galopa conmigo por las llamas hasta el éxtasis.

Pero pronto fue ella la que comenzó a rogarle, a gritarle «por favor», «más», «más deprisa» y por último «¡Oh, Cameron, Cameron!».

Capítulo Cuatro

Sandra se despertó de un ligero sueño sintiendo el hormigueo de unos largos dedos peinándola el cabello. Se acurrucó aproximándose al hombre que yacía a su lado y presionó los labios contra el pecho de él.

Aquellos dedos seguían peinándola. El pecho se hinchó bajo sus labios abiertos.

—Lo siento si te he despertado —dijo Cameron rozando con el aliento caliente su pelo y acelerando su pulso.

—Está bien —murmuró con la voz aún confusa del sueño.

Bostezó y sintió cómo el cuerpo de Cameron se estremecía a causa del movimiento de su boca contra la piel.

—Hace frío aquí —añadió mientras un escalofrío la recorría—. ¿De dónde proviene ese aire tan frío?

—Me temo que nos hemos dejado la puerta de entrada abierta de par en par —contestó él mientras se apartaba para agarrar la colcha, taparla y luego salir de la cama—. Será mejor que vaya a cerrarla antes de que se nos cuelen unos cuantos animales dentro.

—¿Animales? —repitió Sandra en absoluto encantada con la idea. Apartó la colcha y se puso en pie—. ¿Qué clase de animales? —añadió mirando a su alrededor buscando la bata.

—Pues ardillas, mofetas… quizá una serpiente o dos.

De espaldas a él, no pudo ver el brillo burlón de sus ojos, pero sin embargo sí reconoció la risa ahogada en su voz. A pesar de todo respondió a la broma sin darse por enterada.

—¡Serpientes! —exclamó dándose la vuelta llena de horror—. ¿De verdad crees que…?

—No, por supuesto que no —la interrumpió Cameron enseguida para calmarla—. Sólo estaba bromeando.

—¿Bromeando? Eres un… un…

De pronto se echó a reír mientras intentaba parecer enfadada. Al ver su propio fracaso le arrojó la bata a la cara. Cameron se apartó de su línea de fuego riendo y luego salió del dormitorio.

Sandra se quedó mirándolo mientras corría desnudo por el salón. Supuso que su aspecto debería de haberle resultado ridículo, trotando hacia la puerta tan desnudo como un recién nacido, pero no fue así. Al contrario, su aspecto era de perfecta naturalidad, como si estuviera en su elemento, magnífico y excitante hasta quitarle el aliento.

Lone Wolfe.

Sandra se estremeció. Pero su reacción no tenía nada que ver con el aire frío que corría por la casa.

—¿Puedo entrar sin ningún miedo? —preguntó Cameron desde el

salón—. ¿O te estás vistiendo y armando y resultarás peligrosa?

—Estoy desarmada, oficial —contestó ella reprimiendo sus deseos de reír sofocadamente como una adolescente. Se sentía bien, se sentía de maravilla. Nunca se había sentido tan gloriosamente bien, tan vibrantemente viva—. Y me estoy escapando hacia la ducha —dijo de pronto ante una inspiración—. No me pillarás, Copper.

Cameron entró de súbito en la habitación como si fuera un miembro del equipo de las fuerzas especiales de la policía. Se puso de inmediato en la posición de asalto con las piernas separadas, las rodillas ligeramente dobladas, los brazos extendidos delante de él y las manos cerradas como si llevara en ellas un revólver.

La expresión de sorpresa de Sandra con los ojos muy abiertos no fue fingida. El aspecto de Cameron, completamente desnudo y en una posición tan familiar para ellos era algo más que sorprendente, era para morirse de la risa. Sandra se puso la mano sobre la boca para contener la risa.

—No se mueva, señorita —ordenó él en un tono de voz bajo y amenazador—. La tengo rodeada.

—Todavía no —respondió ella riéndose con la mano sobre la boca —. Pero aún tengo esperanzas de que al final acabe siendo así.

—Me temo que voy a tener que custodiarla y protegerla —añadió Cameron con los ojos azules brillando de picardía. Hizo un movimiento de cabeza rápido para indicar la puerta del baño y añadió —: Entre ahí, señorita.

—Lo que usted diga, oficial —contestó ella dejando a un lado la camisa que usaba de camisón y que había sacado de un cajón junto con la bata. Había mantenido ambas prendas delante de su cuerpo desnudo abrazándolas mientras jugaban a policías y reían. Se encaminó hacia el baño dando un paseo descarado y al llegar al umbral miró por encima de su hombro y lo invitó a entrar con ella con una mirada provocativa diciendo—: Sígueme.

—Está bien, si insiste usted —contestó él vacilando—. Pero creo que mi aspecto va a resultar un poco ridículo.

Cameron bajó los brazos, se puso derecho y cruzó la habitación hacia ella imitando su caminar descarado y su meneo de caderas.

Sandra dejó de menear las caderas. Y Cameron dejó de hacerlo también.

Estallando de risa, la agarró en brazos y la metió en el baño. Una vez dentro ella dejó que él hiciera lo que, después, pensó que había sido la ducha más larga de la historia, posiblemente un récord.

Y disfrutó de cada instante.

—Estaba exquisito —comentó Sandra mientras se limpiaba los

labios con una servilleta de papel y la tiraba en el plato vacío.

Habían pasado unas cuantas horas desde el maratón de sexo en la ducha. La habitación estaba invadida por la luz del atardecer. Después de comer algo para reponer fuerzas se habían vestido, habían recogido la ropa del salón, habían deshecho la maleta de él y guardado sus cosas y se habían dirigido de nuevo a la cocina para tomar algo más consistente. Cameron había insistido en preparar él la cena.

—Gracias, madame. Sólo intentaba agradar —dijo mirándola por encima de la taza de café.

—No, lo digo en serio. Esa tortilla cocinada al estilo del oeste era perfecta: dorada y tostada por fuera y cremosa por dentro. De verdad que eres muy buen cocinero.

—Gracias otra vez —contestó él con calma dejando la taza sobre la mesa—. Todo se lo debo a mi maestra.

—¿Fuiste a una escuela para aprender a cocinar? —preguntó Sandra con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—No —contestó Cameron sacudiendo la cabeza y haciendo que un mechón de pelo tan dorado y tostado como la tortilla se le pusiera delante de la frente—. Mi maestra fue mi madre. Ella creía firmemente que el hecho de que hubiera nacido hombre no me excusaba de ciertas lecciones básicas sobre las tareas domésticas —sus palabras, medio en broma, fueron pronunciadas con cariño—. Insistió en que sus hijos supieran hacer las cosas de la casa.

—¿Hijos? —preguntó Sandra dándose cuenta de pronto de lo poco que sabía de él, de Lone Wolfe, que en ese momento ya era su amante —. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Cuatro —contestó retirando su silla y levantándose para ir hacia la encimera de la cocina. Agarró la jarra del café sacándola de la máquina y volvió a llenar las dos tazas—. Yo soy el mayor.

—Cuatro hijos —murmuró ella levantando ausente la taza para dar un sorbo del café caliente—. Sólo de pensar en criar a cuatro niños me da miedo.

Cameron rió y luego comenzó a recoger los platos de la cena.

—Créeme, hubieran sido necesarios muchos más de cuatro para aterrorizar a mi madre.

Aquello sonaba formidable, pensó Sandra, un ejemplo vivo de la esposa y madre tradicional a la antigua, algo ya fuera de lugar pero que uno recordaba con amor, a juzgar por la expresión de Cameron, justo lo opuesto a su propia madre, meditó mientras se levantaba para ayudarle a quitar la mesa. Su madre había sido una profesional de la cabeza a los pies. Se había visto forzada a retirarse del trabajo hacía sólo unos pocos años debido a su mal estado de salud, a su corazón

que, gracias a Dios, no amenazaba con nada serio. Lo más probable hubiese sido que su corazón hubiera empeorado si se hubiera visto obligada a hacer de esposa y madre de cuatro hijos.

—De momento espera con ardor poder educar a sus nietos —comentó Cameron lacónico interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Y cuántos nietos tiene? —preguntó Sandra apartando la vista del chorro de agua del fregadero lleno de pompas de jabón.

—Ninguno —contestó encogiéndose de hombros y agarrando un trapo de cocina de una percha para secar los platos—. Es por eso por lo que tiene tantas ganas. Pero está convencida de que por fin tiene razones para suponer que los va a tener —añadió mientras tomaba el plato mojado que ella le daba para secarlo.

Estaban trabajando en equipo como si siempre lo hubieran hecho así, pensó Sandra.

—¿Y por qué? Quiero decir, ¿por qué está tan convencida de que por fin los va a tener? —volvió a preguntar Sandra frunciendo el ceño y dándole otro plato para secar.

—Porque mi hermano pequeño, Jake, se va a casar en junio —rió—. Es gracioso. Es el más pequeño y sin embargo se va a casar el primero.

—¿Es que estáis los cuatro aún solteros? —lo interrogó Sandra acercándose a la mesa para limpiarla.

—Sí, al menos por el momento —contestó Cameron colgando el trapo en la percha de nuevo—. Y puede que me equivoque, pero tengo la sensación de que se está cociendo algo entre mis otros dos hermanos, Eric y Royce, y sus respectivas novias —dijo sonriendo. Sandra sintió el efecto de su sonrisa en forma de un cosquilleo en la planta de los pies desnudos—. Creo que mi madre también sospecha algo —explicó—. Al menos eso parecía cuando la llamé esta mañana por teléfono.

—¿Hablas mucho por teléfono con tu madre? —preguntó de nuevo Sandra recordando las escasas e insustanciales charlas que mantenía ella con la suya un par de veces al mes.

—Suelo hablar con ella por lo menos una vez a la semana —contestó haciendo una pausa—. Siempre que puedo, claro.

Sandra no volvió a pedir ninguna explicación más; comprendía que con su profesión no siempre era fácil mantenerse en contacto con su madre.

—Eso está muy bien —murmuró con sinceridad. Luego sonrió—. Veo que eres un hijo bueno y considerado.

—Soy bueno en muchas otras cosas —contestó él con una sonrisa de lobezno acercándose a ella con pereza—. Por ejemplo en cosas

excitantes.

—¿En serio? —respondió fingiendo inocencia con los ojos muy abiertos y escondiendo un estremecimiento en su interior mientras esperaba a que él se acercara más.

—Hmmm… —exclamó Cameron parando justo al rozar sus pechos con el torso. Sus ojos estaban oscurecidos y mantenían una expresión seductora—. ¿Necesitas más pruebas?

—Unas cuantas pruebas más y probablemente moriré en pleno éxtasis —contestó apenas sin aliento.

—Sí pero tal y como dice el dicho —susurró rozando el pecho contra sus pezones duros—, ¡vaya forma de morir!

Sandra apenas podía respirar, apenas podía ni siquiera pensar excepto en las imágenes e ideas eróticas que invadían su mente seduciéndola.

—¿Vienes a morir conmigo? —preguntó él en un tono de voz tan bajo que resultaba casi inaudible. Sandra apenas lo oyó, pero sin embargo lo entendió. Lo entendió y respondió casi con violencia a su seductora entonación de voz.

—¿A… a la cama? —dijo pensando que era una pregunta estúpida.

—A la cama, al sofá, al suelo. A la mesa de la cocina —añadió haciendo un gesto.

—Nunca he hecho el amor en una mesa de cocina —parpadeó—. He oído hablar de ello por supuesto… ¡Oh! —exclamó al ver que él la sentaba encima de la mesa.

—Me encantará ampliar tu experiencia —susurró él desabrochándole los vaqueros y bajándoselos más abajo de las caderas.

En pocos segundos los pantalones y las braguitas estaban en el suelo mientras la ropa de él le colgaba por las piernas. Sandra suspiró fuerte mientras Cameron se movía y ponía en posición entre sus piernas. En comparación con la tensión de su cuerpo la mesa no resultaba tan dura como en un principio le había parecido.

Inclinándose sobre ella, Cameron la atormentó con su cuerpo y su boca preparándola para penetrarla. Sandra jadeó profundamente cuando le mordió los pezones. Su masculinidad la presionaba con fuerza intentando abrirse paso.

Caliente, húmeda, estaba ansiosa por sentir de nuevo la excitante experiencia de tenerlo dentro, de que la llenara. Entonces levantó las caderas invitándolo a la posesión.

Hubo una pausa que duró sólo un instante. Escuchó el ruido de ropas cayendo al suelo mientras él se liberaba del pantalón y luego un intenso murmullo.

Sandra se levantó de la mesa y lo agarró de las caderas, del trasero musculoso y de los muslos. Cameron se estremeció en respuesta y luego la penetró profundamente, derecho hasta el centro de sus deseos.

Las sombras púrpura del atardecer entraban en el interior de la casa cuando Cameron la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

La luz rosa perla del amanecer fue revelando un barullo de ropas y cuerpos esparcidos por la cama. La suave luz bañaba el rostro de Cameron hasta que por fin lo despertó. Comenzó a besar a Sandra con pequeños besos cosquilleantes y dulces en la cara, el cuello y el pecho. Ella se despertó, se estiró y abrió los brazos perezosa para abrazarlo por el cuello.

—Se te ha olvidado la boca —lo regañó.

—Tienes razón —contestó él comenzando a besarla en la boca—. La he estado echando de menos toda la noche.

Su beso de buenos días fue dulce y suave. Sandra sintió que una humedad caliente invadía sus ojos.

—Esto ha sido maravilloso —murmuró suspirando cuando él levantó la cabeza para mirar en sus ojos nebulosos.

—Y tú también eres maravillosa —contestó él rozando con los labios sus pestañas húmedas—. Podría estar besándote todo el día… —añadió levantando la cabeza y sonriendo—. Pero te cansarías pronto de los ruidos que hace mi estómago.

—¿Es ésa tu forma de decirme que tienes hambre? —sonrió Sandra.

—Estoy desfallecido —contestó él quitándose la colcha de encima rápidamente y saliendo de la cama para sorpresa de Sandra—. Yo cocinaré —se ofreció mientras se dirigía al baño—. ¿Por qué no duermes un poco más mientras preparo el desayuno?

—¡Espera! —gritó ella saliendo de la cama y haciéndolo parar delante de la puerta con el picaporte en la mano—. Ya he dormido bastante. Además prefiero ducharme contigo —añadió mirándolo y guiñándole un ojo.

—No estoy seguro de que pueda fiarme de ti —dijo él con los párpados entornados por la sospecha—. ¿Prometes que vas a ser buena?

—Prometo ser terrible —contestó ella imitando la sonrisa de él de la noche anterior en la cocina. Ambos rieron, se besaron, se bañaron y se enjabonaron el uno al otro.

Cameron asó unos filetes en la barbacoa del porche trasero para desayunar. Rechazó firmemente tomar nada que contuviera grasa o

excesivas calorías, así que Sandra cocinó unos huevos revueltos con patatas fritas en la cocina. El desayuno fue exquisito, tanto como lo había sido la ducha aunque en otro sentido.

Una vez que terminaron y lavaron y recogieron los platos se pusieron botas de montaña y chaquetas y salieron del refugio para explorar el terreno de los alrededores de la cabaña, en la falda de la montaña.

Rieron al sol de la mañana de primavera, agarrados de la mano mientras esquivaban los restos de nieve y hielo que aún quedaban por el camino que subía por la montaña. La excursión fue divertida y agotadora. Sandra ya se estaba quejando de tanto ejercicio cuando volvieron al refugio.

—Es la hora de la comida —dijo Cameron volviendo del dormitorio a donde había ido a colgar las chaquetas.

—En realidad ya se ha pasado la hora —comentó Sandra señalando el reloj en el que leyó que era la 1:45.

—¿Entonces tomamos simplemente un aperitivo?

—¡Eres insaciable! —rió ella mientras iba a la cocina a abrir un armario y sacar una lata de sopa.

—Estoy hambriento —contestó él abriendo la nevera—. ¿Quieres un sándwich con la sopa?

Más o menos así fue como fueron pasando los días, en una atmósfera tranquila de serenidad doméstica llena de bendiciones sensuales.

La noche del sábado, felices y contentos el uno con el otro, decidieron celebrar que llevaban una semana juntos.

Sandra se puso el conjunto de dos piezas de París regalo de sus padres por su cumpleaños. Cameron se vistió elegante pero con ropa de sport, con pantalones de algodón y una camisa de seda blanca. Las consecuencias del esfuerzo por mejorar su aspecto fueron evidentes de manera inmediata.

Sentados uno frente al otro en la mesa de la cocina se devoraban mutuamente con los ojos mientras comían salmón a la parrilla y ensalada regados con el vino blanco que Cameron había llevado. Más tarde aquella noche, una vez que hubieron cenado y se hubieron acostado, Sandra se tumbó acurrucada contra Cameron aprovechando su calor. Estaba despierta, él dormía. Meditaba sobre la dulce satisfacción que constituía el que dos individuos parecieran vivir en perfecta armonía.

Quizá, se dijo a sí misma en su duermevela, flotando en esa región entre el sueño y el despertar, sólo quizá, se repitió, fuera posible que dos individuos, ambos independientes y dedicados a su profesión,

pudieran formar un matrimonio satisfactorio entre iguales, feliz y equilibrado. Luego se dejó llevar por el sueño en la contemplación de su feliz idea y, como todos los sueños, el de Sandra se desvaneció.

La luz del sol entró por la ventana en la mañana del domingo, pero con ella también el ruido del busca de Cameron. El timbre penetró en su subconsciente mientras seguía durmiendo. Cameron la despertó con su voz y el sonido de la colcha al apartarla para alcanzar el teléfono y llamar.

—Aquí Wolfe. ¿Qué ocurre?

Sandra se sentó sobre la cama plenamente consciente ya.

—¿Cuándo?

¿Cuándo qué? se preguntó Sandra mientras se ponía una mano delante de la boca para tapar su bostezo. ¿Qué podía ser tan importante como para llamar un domingo a esas horas de la mañana?

—¡Maldita sea!

Ella parpadeó. Fuera lo que fuera lo que ocurría, parecía serio a juzgar por el tono de voz de Cameron.

—Está bien, gracias Steve —contestó suspirando—. Sí, tendré cuidado.

¿Cuidado? ¿Cuidado de qué? ¿De quién? volvió a preguntarse Sandra. Sentía curiosidad. Lo observó colgar el auricular y quedarse sentado un momento mirando absorto el espacio. Su inmovilidad le causó un escalofrío de miedo en todo el cuerpo.

—Cameron, ¿ocurre algo malo? —él suspiró de nuevo antes de volverse hacia ella con una mirada que intensificó su miedo—. ¿Qué ocurre? —preguntó poniendo instintivamente una mano sobre su hombro.

—Es por culpa de un hombre —contestó él tomándole la mano—. Significa que se han terminado nuestras vacaciones aquí juntos.

—¿Tienes que irte? —preguntó Sandra sintiendo que su ánimo se aceleraba cuesta abajo.

—Sí —afirmó él con una voz que delataba que él sentía lo mismo.

—¿Está relacionado con el trabajo? —preguntó Sandra sabiendo que era mejor no preguntar por los detalles.

—Sí.

Ella asintió con la cabeza sin esperar ninguna explicación más. Sin embargo la sorprendió que él le contara lo sucedido por su propia voluntad.

—Mientras tú ibas ajuicio en tu batalla por la custodia de esa niña pequeña yo perseguía a un ladrón de bancos que al final resultó ser además un secuestrador —dijo mientras la sombra de una sonrisa amarga cruzaba por sus labios—. Al final lo pillé. Esa llamada era de

un agente —añadió señalando el teléfono— que quería informarme de que el tipo se ha escapado de la cárcel, donde estaba retenido a la espera de juicio.

—¿Y la oficina de investigación quiere que suspendas tus vacaciones para que le sigas la pista de nuevo?

—No —contestó Cameron sacudiendo la cabeza—. Esa llamada no era oficial. Era sólo que ese agente pensó que yo debía de estar informado de la situación. El tipo amenazó con seguirme los pasos a mí en cuanto consiguiera su libertad.

—Pero… no entiendo —dijo Sandra frunciendo el ceño—. Quiero decir, estamos aquí aislados. Ese hombre, ese tipo, no puede saber dónde estamos, es imposible. ¿Por qué vas a marcharte ahora y a ponerte en peligro?

—Tengo una responsabilidad, un deber que cumplir…

—Tu responsabilidad en este momento es para contigo mismo —lo interrumpió Sandra—. ¿Qué estás pensando hacer? ¿Usarte a ti mismo de cebo viviente para conseguir atrapar a un criminal?

—Algo parecido —admitió con una leve sonrisa en los labios.

—¡Eso es una estupidez!

—Quizá, pero…

—¡Cameron! ¿Quieres por favor escucharte a ti mismo? Estoy convencida de que sabes que tú no eres el único agente capaz de capturar a ese… ese criminal.

—No, por supuesto que no —contestó él de inmediato—. No estaba pensando en hacer de héroe y salir ahí yo solo a perseguirlo. Es sólo que creo que debo formar parte del equipo.

—¿Por qué? —exigió saber ella llena de miedo por su seguridad y encolerizada por su inflexibilidad—. Aceptaría tu postura si la llamada hubiera sido de un superior exigiéndote o incluso pidiéndote tu colaboración, pero en estas circunstancias tu decisión de actuar de cebo no tiene sentido —Cameron no sonrió en esa ocasión, pero la miró e hizo una mueca—. ¿Qué es lo que te resulta tan divertido?

—Tú —contestó él presionándole la mano—. Te portas como si fueras una abogada apretándole las clavijas a un testigo con pocas ganas de hablar.

—Me entrenaron para que utilizara la lógica, la razón y el sentido común, ¿sabes?

—Y las utilizas muy bien.

—¿Entonces te quedarás? —preguntó Sandra animándose esperanzada y dejando que esa esperanza contenida se expresara en su tono de voz.

—Sí —afirmó él asintiendo pero advirtiendo de inmediato—: al

menos un día o dos, hasta que tenga noticias de cómo va la cacería. Pero si al final resulta que me necesitan…

—Comprendo —contestó ella apretando su mano por última vez y deslizándose fuera de la cama y de su abrazo.

—¿A dónde vas? Todavía es pronto, ¿por qué no dormimos un poco más?

—Estoy muy despierta —contestó ella dirigiéndose al baño—. Y tengo hambre.

—Bueno, está bien, yo también —sonrió como sugiriendo algo—. Era por eso por lo que te decía que volvieras a la cama.

—Pues me imagino que tendrás que conformarte con el desayuno.

Cameron salió riendo de la cama y la siguió hasta el baño.

Capítulo Cinco

A primera hora de la tarde del domingo comenzó a llover. Era una lluvia ligera de primavera, o al menos eso fue lo que pensaron Sandra y Cameron.

Sin embargo, poco después de acostarse y quedarse dormidos la temperatura bajó de súbito y la lluvia se transformó primero en nieve y luego en granizo.

Al levantarse la mañana del lunes todo afuera estaba inmóvil. Una luz fría y gris se colaba por la ventana dentro del refugio.

—¿Hay nieve? —preguntó Cameron saliendo descalzo y desnudo de la cama para mirar por la ventana.

—Es posible —murmuró Sandra medio dormida metiéndose al abrigo de las mantas y conociendo bien las heladas primaverales de Colorado.

—No, esta vez no —contestó él mirando somnoliento por la ventana—. Esta vez es hielo, todo está helado.

—¿Hielo? —repitió Sandra retirando las mantas. Salió de la cama y se acercó a mirar ella también por encima de su hombro—. ¡Es precioso! —exclamó observando el hielo pesado sobre las ramas de los árboles y el suelo cubierto de esa placa helada brillante—. El paisaje invernal es precioso.

—Sí —dijo Cameron no muy convencido—. El problema es que todo está helado y nosotros estamos aquí aislados en las montañas.

—¡Bah! Es primavera, ya sabes —dijo intentando desechar su evidente preocupación—. No durará mucho.

Hacia el mediodía aquel comentario de Sandra se mostró profético. Aunque el cielo estaba cubierto de nubes grises el sonido del hielo derritiéndose y cayendo en forma de agua por el canalón del tejado era inconfundible. Había charcos de agua en todos los haches de la carretera.

Salieron a dar un corto paseo envalentonados por el deshielo y desafiando las placas de hielo mientras reían y cantaban por turnos trozos de la canción «Slip Slidin Away».

Después de la cena, contentos de estar juntos y solos, no se preocuparon siquiera de poner la radio o la televisión para oír el parte meteorológico. Pensaron que era mucho más divertido e interesante sentarse en el suelo frente a la chimenea encendida para jugar unas manos de póquer.

Cameron estaba aún completamente vestido, exceptuando los calcetines y los zapatos, pero Sandra había perdido ya tantas veces que estaba por completo desnuda. Sólo le quedaba la ropa interior. Y entonces el busca volvió a sonar como un intruso que invadiera su

intimidad. Sandra frunció el ceño dejando claro con ese gesto lo molesto que le resultaba el dichoso aparato.

—El deber me llama —dijo Cameron intentando aparentar naturalidad mientras se levantaba para dirigirse a la cocina y llamar por teléfono.

Sandra sintió frío de pronto. Se tapó con una manta de patchwork que había sobre el sofá envolviéndose en ella. Cameron estaba de pie vuelto hacia ella, mirándola. No podía escuchar lo que estaba diciendo pero podía ver su expresión y desde luego no resultaba muy alentadora.

Pudo leer sus labios cuando juró con palabras altisonantes, luego él se dio la vuelta dándole la espalda e intensificando el escalofrío que la recorría.

Se acurrucó tapándose bien con la manta y esperó en silencio temiéndose lo peor a que él terminara de hablar para colgar y reunirse con ella. Estaba segura de que las noticias no iban a ser buenas.

Y tenía razón. A pesar de todo, él la sorprendió al decir:

—Mañana a primera hora de la mañana tendrás que irte de aquí.

—¿Irme? —parpadeó—. ¿Mañana a primera hora? ¿Por qué?

—Porque mientras estés conmigo no estarás a salvo —contestó Cameron de pie junto a ella de mal humor y pasándose la mano por el cabello—. Esa llamada era del mismo agente con el que hablé el otro día. Me ha dicho que esta tarde han entrado en mi apartamento y lo han destrozado todo.

—¿Es que creen que ha sido el mismo tipo del que me hablaste hace unos días?

—Sí, y además creen que me está siguiendo la pista a mí.

—Pero, entonces —dijo Sandra agarrando la manta y poniéndose en pie— ¿por qué voy a tener que marcharme? Creo que ya te he dicho antes que si estamos aquí aislados… —hizo una pausa al ver que él quería interrumpirla con un gesto de la mano.

—Me temo que él sabe perfectamente dónde estoy —la interrumpió al fin con voz severa.

—Eso es ridículo —argumentó ella—. El ha estado en prisión. ¿Cómo puede conocer el refugio de Bárbara, o qué puede saber de mí, en todo caso?

—En efecto no sabe nada de a quién pertenezca este refugio, ni de ti, eso es imposible —contestó Cameron deprisa—. Pero sabe que yo estoy aquí. Lo sabe porque yo se lo he dicho sin darme cuenta.

—¿Que tú se lo has dicho? —gritó Sandra comprendiendo de pronto que el disgusto de Cameron era más consigo mismo que con ninguna otra persona—. ¿Pero cómo? Es imposible que hayas hablado

con él de…

Cameron sacudía la cabeza en señal de negativa incluso antes de que ella terminara de hacer la pregunta. Luego añadió:

—No, no he hablado con él pero he cometido una estupidez —dijo suspirando—. Me dejé la dirección de este refugio en un papel encima de la cocina a la vista de cualquiera.

—Y él entró en tu apartamento, lo destrozó y lo vio —terminó ella lisa y llanamente.

—Exacto.

—Entonces no necesita ser un sabueso para encontrarte, ¿no es eso?

—Y es por esa razón por lo que quiero que te vayas de aquí —contestó él asintiendo deprisa a su pregunta.

—Pero…

—Y quiero que te vayas ya —volvió a interrumpirla dándose la vuelta y dirigiéndose al dormitorio—. Creo que lo mejor será que te pongas a hacer la maleta.

—No —se negó Sandra en un tono firme que le hizo parar.

—¿Que no? —preguntó él volviéndose para mirarla con una expresión de incredulidad en su rostro.

—No —repitió ella enfrentándose a su mirada con seguridad.

Estaba decidida a no dejarse llevar por el pánico por el hecho de que un criminal fuera a aparecer en escena. Y tampoco estaba dispuesta a tolerar que nadie le ordenara nada, ni siquiera el Agente Especial Cameron Wolfe.

—¿Qué quieres decir con ese «no»? —preguntó él con calma manteniendo el control.

—Quiero decir exactamente eso, que no me voy —contestó ella, también con calma—. No tengo miedo —mintió.

Sí sentía temor ante la situación, pero la rabia que sentía por el hecho de que él le ordenara que hiciera la maleta era aún mayor. Su calma acabó con la paciencia de él.

—¡Maldita sea, mujer! ¿Quieres pensar? —dijo acercándose a ella y quedándose a un paso—. Eres demasiado inteligente como para montar ahora una rabieta, no eres una niña.

—Gracias… creo —contestó Sandra manteniendo la serenidad y conteniendo el impulso de pegarle por el insulto que su comentario implicaba—. A pesar de todo no voy a cambiar mi decisión —añadió arqueando las cejas—. ¿Le has dado la dirección del refugio al agente con el que has estado hablando?

—Desde luego, pero…

—Entonces, ¿lo ves? —contestó ella fría interrumpiéndolo—. ¿Y no

crees que incluso ahora mismo, mientras estamos hablando, habrá unos cuantos agentes de la ley estatales, federales y locales vigilando este lugar?

—Es probable pero…

—Mi decisión es firme —volvió a interrumpirlo—, así que no te molestes en intentar convencerme. Puedes irte tú si quieres, por supuesto. Puedes unirte a tus compañeros en la persecución, yo no me voy —dijo con firmeza enfatizando cada palabra—. Y no me llames «mujer».

Cameron, aparentemente rendido y sin habla, la miró con los ojos azules brillantes. Tuvo la impresión de que en cualquier momento podía salir humo de ellos. Guareciéndose a sí misma de un posible estallido de furia, Sandra tensó los músculos y tiró de la manta enrollándosela en el cuerpo tembloroso.

Pero Cameron no estalló de furia ni se puso a vociferar. Suspiró y la miró sonriendo cínicamente.

—Comprendo. No se trata de la rabieta de un bebé, ¿no es eso? —observó frío y con expresión de cansado—. Se trata de un frente a frente, de una lucha ultra feminista, ¿verdad?

La rabia se apoderó de Sandra. Era una rabia nacida de su evidente estupidez. ¿Cómo podía ocurrírsele pensar algo así? se preguntó mientras se agitaba interiormente por la intensidad de la furia que la embargaba. Después de haber compartido con ella días y noches no comprendía cómo Cameron podía atreverse a acusarla de intentar mantener sus derechos como una igual. ¿Es que no se daba cuenta, se preguntó, de que lo único que le importaba era él y su seguridad? ¿Cómo podía ser que no se diera cuenta? ¿Por qué no, al menos, preguntaba primero?

Aquello acababa con la armonía y simbiosis doméstica. Se sentía herida y dolorida, su herida era increíblemente profunda. Interiormente estaba helada, y sin embargo no podía exteriorizar sino una ardiente ira.

—Eres un idiota, Wolfe –dijo, escondiendo su dolor bajo una expresión de desdén—. Y yo soy incapaz de vivir con un idiota.

Todas las esperanzas de una vida en común se frustraron ante la actitud cínica de él. Lo miró y pasó por delante sin decir nada más.

—¿Sandra? —preguntó él en un tono de voz nuevo y desconocido para ella, en un tono sorprendente de inseguridad—. ¿A dónde vas?

—A la cama —contestó ella escueta dirigiéndose al dormitorio—. Así que si te vas a ir será mejor que te lleves ahora mismo tus cosas y salgas de aquí.

—Sin ti no me voy —dijo siguiéndola y abandonando su

inseguridad para dar paso al enfado.

—Eso lo dejo a tu elección —añadió ella entrando en el dormitorio y quitándose la manta para ponerse una bata.

Luego abrió el armario, sacó de él un edredón y una almohada y, volviendo al salón, lo arrojó sobre el sofá.

—Estás de broma —dijo Cameron echando chispas de fuego por los ojos azules.

—Ríete si quieres —contestó ella con una sonrisa fría y dándose la vuelta hacia el dormitorio.

—¡Sandra! —gritó él siguiéndola.

Sin embargo llegó un paso por detrás de ella. Tarde. Sandra cerró la puerta con llave sólo un instante antes de que él intentara abrir el picaporte.

—Ahora te estás comportando como una niña —gritó intentando que ella le escuchara a pesar de la barrera. Ella no se dignó contestar —. No te lo suplicaré —la amenazó.

—Nunca he pensado que fueras a hacerlo.

—¿Es que no vas a abrir la puerta?

—No —contestó Sandra mordiéndose el labio inferior pero manteniéndose firme en su decisión.

—Buenas noches, Sandra.

¿Había dicho buenas noches o adiós? se preguntó. Las lágrimas asomaron a sus ojos. No confiaba en su propia voz, no podía contestar. Lo escuchó suspirar y apartarse de la puerta. Por fin las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Se quedó de pie mirando la cama pero apartó la vista deprisa. La cama de matrimonio era demasiado grande, demasiado solitaria, demasiado vacía. Después de las excitantes noches que había pasado en ella con Cameron no sabía si sería capaz de meterse dentro sola para dormir.

Todo lo que tenía que hacer era abrir la puerta y llamarlo, le susurró una voz en su interior. Pero no, se dijo a sí misma sacudiendo la cabeza. Después de la intimidad, de la vida en común que habían compartido él había malinterpretado sus motivos por completo. La había acusado de una militancia feminista exagerada, de ser una niña y una egoísta, cuando en realidad lo único que le importaba era él.

De pronto se puso tensa y nerviosa, nerviosa con Cameron y consigo misma. Se enjugó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano. Si él era tan duro de mollera que no comprendía que no podía dejarlo enfrentarse solo al peligro entonces ése era su problema, no de ella.

Se quitó la bata, la ropa interior y se puso un camisón deslizándose

dentro de la cama. Había dormido sola muchas veces antes… durante muchos años y, le gustara o no, tendría que volver a dormir sola otra vez.

Pero no le gustaba. De todas formas no durmió mucho. Despierta y desesperada, estuvo tumbada en la cama tensa y rígida, escuchando el golpear de la nieve sobre el marco de la ventana.

Pero, aunque Sandra no podía saberlo, no era la única incapaz conciliar el sueño.

Cameron ni siquiera se molestó en acostarse en el sofá. Se sentía demasiado cansado, demasiado nervioso, demasiado alterado como para tumbarse y yacer en silencio y en calma. Las emociones lo invadían interiormente y no podía contenerlas, necesitaba hacer algo, moverse.

Y lo primero que hizo fue ponerse a reflexionar. Reflexionar constituía parte de su naturaleza después de tantos años en el departamento de investigación. Se puso los zapatos sin los calcetines y abandonó la casa dirigiéndose hacia su vehículo. Recogió deprisa su revólver y se paró un momento a echar un vistazo a los alrededores con los ojos entreabiertos. Luego volvió a la casa, mojado y temblando de frío por la lluvia.

Primavera. Bien, se dijo.

Se sacudió las gotas de agua fría del pelo con un movimiento brusco de cabeza, se quitó los zapatos y se dirigió al sofá para guardar el arma bajo un cojín. Aún temblaba de frío. Luego se acercó a la chimenea y echó otro leño al fuego.

Las llamas revivieron con vida nueva esparciendo luz y calor. Pero ese calor no penetró más allá de su piel, no llegó ni a rozar el frío profundo de su vacío interior. Sólo meterse en la cama con Sandra podría haberle hecho sentir calor en su ser.

Entonces se dio cuenta de lo importante que era ella para él, para su bienestar tanto físico como emocional. Y eso lo asustó y lo sorprendió, le hizo sentirse peor, más alterado.

Juró para sus adentros dando vueltas de un lado a otro de la habitación intentando calmarse. ¿Qué le ocurría a esa mujer? se preguntó. Bueno, era cierto, se dijo, le había dicho que nunca más volviera a llamarla «mujer», recordó mientras continuaba dando vueltas.

Pero bueno, ¿es que no era una mujer? Sí, desde luego que lo era, se contestó a sí mismo. Lo sabía a ciencia cierta, por experiencia personal e íntima. Sandra era toda una mujer.

Aunque fuera una mujer feminista, recordó gruñendo enfadado.

Lo último que necesitaba era enamorarse de una mujer dispuesta a

sacar su «Declaración de Independencia» de bolsillo en cualquier momento, en cuanto sospechara que él hacía uso de su superioridad masculina.

¿Qué clase de estúpido masoquista era él? se preguntó, quejándose amargamente. Estaba avivando deliberadamente el fuego de su propia furia para evitar sentir el dolor que ella le había causado. ¿Cuántas veces más necesitaría sentirse destrozado emocionalmente por una mujer antes de darse cuenta de que era un error enamorarse? ¿Y qué estaba haciendo allí? se preguntó, ¿qué esperaba de ella de todas maneras?

Cameron escrutó la habitación casi a oscuras con los ojos entrecerrados intentando distraerse de sus pensamientos.

Café. Eso era lo que necesitaba.

Se dirigió a la cocina y se quedó allí de pie mirando absorto a la cafetera automática. ¿Qué creía que estaba haciendo? se volvió a preguntar. El café sólo iba a conseguir alterarlo más, ya estaba suficientemente alterado.

Dio vueltas por la cocina y se dirigió hacia la nevera. Lo que necesitaba en realidad era una cerveza, quizá unas cuantas.

Sin embargo abrió una lata y ni siquiera la terminó. Estaba demasiado ocupado señalando un camino en la alfombra a base de pisadas repetidas para dar ni un trago de cerveza.

¿Estaría Sandra dormida? se preguntó.

Gruñó en voz alta. Juró. ¿Por qué habría tenido que pensar en ella en la cama? Pensar en ella, en la cama, dormida o despierta, le causaba un tremendo y doloroso vacío en su interior, un anhelo fuerte y profundo de estar con ella, cubierto por las mantas a su lado, dentro de ella.

«Sandra» la llamó en silencio.

Cameron se quedó helado, atónito ante el profundo anhelo que mostraba su susurro. Estaba atrapado, fuera aquello lo que fuera.

¿Sería amor? se preguntó.

Se quedó perfectamente quieto analizando la palabra que acababa de surgir en su mente. «Amor». Dio vueltas a la palabra en su mente. Ya había estado enamorado antes, hacía mucho tiempo. Y sin embargo en aquella ocasión no había sentido ni con mucho lo que había experimentado en los días pasados con Sandra. Nunca antes había sentido el revoltijo de emociones y sensaciones que había sentido simplemente estando con ella. Durante aquella semana sus sentimientos habían estado exacerbados, habían saltado como locos de la euforia más alta, de la posesión, la felicidad y el instinto de protección a la rabia más inmensa, a la ansiedad, la frustración y la

angustia que lo embargaban en ese momento.

¿Pero se debían todos aquellos sentimientos confusos y variados al amor… o eran sólo la respuesta natural del sexo? se preguntó.

Juró de nuevo en silencio. Se le estaba poniendo dolor de cabeza. Todo aquel barullo emocional era una prueba psicológica.

Y a pesar de todo su monólogo interior no iba a solucionar en modo alguno el dilema que se le presentaba: cómo sacar de allí a Sandra y ponerla a salvo de todo peligro.

Suspiró y se pasó una mano por el cabello. Ella estaba absolutamente decidida a quedarse. Más aún, sus palabras habían sonado definitivas. No se le ocurría ni una sola idea para sacarla de allí, aparte de agarrarla por la cintura y cargársela al hombro como un fardo.

Sí, eso era, se dijo sonriendo con una mueca mientras se imaginaba que jugaba a Tarzán y Jane. Aunque la idea no dejaba de tener atractivo sabía que no iba a servir. Sacudió la cabeza desesperado. No sabía qué hacer. Volvió sobre sus pasos hacia la cocina y tiró el resto de la cerveza por el fregadero. Sólo entonces, junto al fregadero y al lado de la ventana de la cocina, se dio cuenta de que el viento soplaba cada vez más fuerte y seguían cayendo pequeñas gotas de agua que barrían el porche. ¿Pero para qué tendría cerebro? se preguntó irritado. Por el sonido del viento y de las gotas estaba claro que iba a helar y que se iban a quedar aislados. No podrían salir a ninguna parte de todas maneras. Ya todo daba igual, sería mejor que intentara dormir. Cameron lo intentó. Sólo que no lo consiguió del todo. El sofá no era lo suficientemente largo para su cuerpo y los cojines de pronto le parecieron incómodos. Además Sandra no estaba acurrucada a su lado.

Pero aparte de la incomodidad física la idea del amor, del amor romántico con su implicación temporal de «para siempre», le retumbaba con insistencia en el cerebro, le atormentaba desesperadamente. ¿Cómo era posible que un hombre como él, decepcionado de las mujeres, se hubiera enamorado de una feminista descarada como Sandra? se preguntó.

¿Y cómo podía ningún hombre dormir en esas condiciones?

¿Acaso había reaccionado de un modo inmaduro? se preguntó Sandra.

Aquella pregunta se repitió una y otra vez en su mente durante las largas horas oscuras en vela. Cuando se la hizo a sí misma por primera vez la rechazó de inmediato moviéndose intranquila de un lado a otro por la enorme cama. Pero la pregunta parecía resistirse, no se rendía, volvía una y otra vez y reclamaba su atención.

Hacia las dos y media o las tres Sandra sí se rindió y dejó de evadirse. Se recostó sobre la espalda y miró en la distancia como si esperara que la solución apareciera por una suerte de magia escrita en letras grandes contra la oscuridad por un dedo luminoso.

Y después de algún tiempo en efecto se hizo la magia. El amanecer llegó a su conciencia antes de aparecer por el horizonte.

Suspiró profundamente y se enfrentó a la verdad: por supuesto que su reacción había sido inmadura, era evidente. Simplemente porque había reaccionado de un modo emocional, no intelectual. Las mujeres enamoradas hacían ese tipo de cosas, eso lo sabía todo el mundo. O al menos eso era lo que ella siempre había oído decir.

Pero esa idea la sorprendió. Nunca se había considerado a sí misma como una de esas típicas mujeres enamoradas e indefensas que se dejan llevar por sus emociones.

El amor provocaba comportamientos realmente extraños en la gente enamorada. También eso lo había oído decir en más de una ocasión.

Y ahí estaba, tumbada boca arriba en la cama mirando al vacío en la oscuridad previa al amanecer meditando y reflexionando.

Era extraño.

Y lo peor de todo era que se daba cuenta de que no tenía razón.

Siempre se había juzgado una persona racional e inteligente, capaz de apartar a un lado las emociones para examinar los hechos con objetividad, con frialdad, tanto en su vida profesional como personal. Y sin embargo en ese momento el desato era seguir viviendo según su propia razón.

Entonces, se preguntó, ¿había reaccionado de un modo inmaduro a la orden de Cameron de marcharse?

Por supuesto que sí, se contestó.

Y una vez admitido lo obvio resultaba fácil identificar el problema sentimental. De hecho, reconoció Sandra para sí misma, amaba a Cameron más que a sí misma y le importaba más de lo que le preocupaba su propia seguridad.

Pero, naturalmente, no podía decírselo. Se dio cuenta de ello de inmediato, y esa seguridad le causó una tremenda depresión. Tenía miedo de que Cameron huyera al instante si sospechaba en lo más mínimo cuáles eran sus sentimientos. Sus amigos no le habían apodado Lone Wolfe por pura casualidad. Él prefería vivir encerrado en su caparazón, en soledad, a pesar de que en ocasiones se mostrara indulgente con sus propios sentidos y se concediera ciertas libertades en el terreno sexual.

Cuando la débil luz del amanecer entró e iluminó la habitación

Sandra ya había solucionado su conflicto interior. En resumidas cuentas mantendría su posición ante él, aunque ello significara que él siguiera pensando que era una inmadura y una feminista radical.

Resignada a hacer ese papel, retiró las mantas y se levantó a duras penas de la cama sintiéndose muy cansada. No tenía otra opción más que mantener su posición, razonó. No estaba dispuesta de ningún modo a que él la llevara a algún lugar seguro y volviera luego para enfrentarse solo al peligro, por muy entrenado que estuviera y aunque ése fuera su trabajo. Además lo más probable era que alrededor del refugio hubiera ya todo un regimiento de policías y agentes de la ley.

Una mujer tenía que hacer aquello que se veía obligada a hacer, se dijo mientras una mueca asomaba a sus labios. Se lo repitió a sí misma una y otra vez.

Su sonrisa desapareció. Se puso la bata y se ató el cinturón con fuerza a la cintura preparándose para enfrentarse a Lone Wolfe en el salón.

Pero él no estaba en el salón. Lo encontró en la cocina, sentado a la mesa e inclinado sobre una taza de café humeante que agarraba con fuerza con las manos.

—Buenos días —dijo Sandra haciendo una mueca ante el tono excesivamente duro con que había intentado a propósito esconder su emoción.

—Ah, así que otra vez me hablas —murmuró él mirándola pero sin levantar la cabeza—. Supongo que ahora que el tiempo ha tomado la decisión por nosotros te puedes permitir el lujo de volver a dirigirme la palabra.

¿El tiempo? se preguntó Sandra frunciendo las cejas y acercándose a la ventana para mirar.

—¡Oh! —exclamó sorprendida.

La escena más allá del cristal era de nuevo la de un maravilloso día invernal. Todas las superficies estaban cubiertas de hielo y brillaban a la débil luz de la mañana.

—Sí, ya ves —dijo él disgustado—. Aunque hubieras estado de acuerdo en marcharte no te habría podido llevar a ningún sitio. El Jeep es fantástico en la nieve, pero no sirve para nada en el hielo.

—Pero entonces… —dijo Sandra dándose la vuelta para mirarlo—. Tampoco nadie podrá acercarse hasta aquí, ¿no crees? —Cameron frunció el ceño y gruñó. Ella continuó—: Quiero decir que si nosotros no podemos salir porque estamos aislados, tampoco ese hombre, ese criminal puede llegar hasta aquí, ¿no es cierto? —preguntó luchando por que no se notara cierto tono de triunfo en su voz, aunque no lo consiguió del todo.

—Desde luego —comentó él de inmediato. Pero a continuación expuso un último argumento que la desinfló—: A menos, claro está, que haya llegado ya.

Sandra hizo una mueca. No había pensado en ello.

Capítulo Seis

El día transcurrió peor aún que la noche anterior, lleno de tensión. Cameron parecía de mal humor y permaneció casi todo el día en silencio. A duras penas contestaba a sus comentarios con monosílabos cargados de ira y descontento. A cada rato, con regularidad, miraba por la ventana como si quisiera que el fuego que ardía dentro de sí fundiera el hielo del exterior.

Pero el hielo no sólo no se fundió, sino que a última hora de la tarde las temperaturas bajaron de modo que resultó evidente que las condiciones atmosféricas continuarían muy similares durante la noche y la mañana del día siguiente.

Aquel día, cada vez que el viento azotaba una ventana o el peso del hielo hacía crujir el tejado, él se quedaba inmóvil y alerta, con los ojos entrecerrados y los músculos tensos como preparado para la acción. Y en aquellos momentos no sólo la ponía a Sandra nerviosa sino que además la asustaba.

Mientras preparaba la cena incluso llegó a sentir el deseo de que cambiara el tiempo para poder salir de ese encierro y aislamiento en el refugio, aunque eso significara que tuviera que volver a Denver. Estar encerrada con Wolfe en aquel estado de ansiedad y tensión no era su ideal de vacaciones.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó Cameron en un tono casi humano y tan cerca de ella que la sorprendió. Intentó controlar su sorpresa y se dio la vuelta para mirarlo—. ¿Serpientes y colas de perro? —volvió a preguntar él en un tono conciliador y de broma.

—Me temo que no —contestó ella seca—. Tendrás que conformarte con un bocadillo de carne.

—Me encantan los bocadillos de carne —dijo sonriendo e intentando relajar la tensión.

—A casi todos los hombres les gustan —contestó ella sin devolverle la sonrisa dándose la vuelta para pelar patatas—. A mí también —añadió para que no creyera ni por un momento que había preparado esa cena para agradarle.

—Estás molesta de verdad, ¿no es así?

—¿Yo? ¿Molesta? —se dio la vuelta de nuevo con el cuchillo en la mano—. ¿Y por qué se te ha ocurrido pensar que estoy molesta?

—Cuidado con esa cosa —murmuró él advirtiéndola sin dejar de mirarla y dando un paso atrás.

—¿Esto? —preguntó ella levantando el cuchillo y examinándolo para luego mirarlo a él—. ¿Es que tienes miedo de que te pele a ti también junto con las patatas?

—Te gustaría que desapareciera de tu vista, ¿no es eso?

—Me gustaría decirte que te fueras…

Entonces el busca sonó impidiendo que ella pudiera por fin descargar su ira y su resentimiento. Se sentía frustrada, odiaba el busca y casi lo odiaba a él también en ese momento. Lo observó dirigirse a grandes zancadas hacia el salón en donde había dejado el aparato encima de la mesa.

Sandra se dio la vuelta y tomando una patata de la encimera la cortó y puso los trozos en una fuente junto a otros trozos de patata, zanahoria, cebolla y apio. Lo colocó bien y lo metió todo en el horno. Cuando se volvió hacia el salón Cameron estaba de pie apoyado contra la pared de la cocina dándole la espalda y hablando en un tono de voz suave por teléfono.

Suspiró preguntándose si acaso habría más problemas aún de los que ya tenían, pero no quiso mostrarse interesada así que se dirigió al dormitorio a ducharse y cambiarse de ropa para cenar. Estuvo bajo la ducha un montón de tiempo. En parte llegó a creer que Cameron quizá se uniría a ella.

Pero él no lo hizo. Ni tampoco entró en la habitación cuando se estaba vistiendo. Se le ocurrió pensar llena de optimismo que quizá esa llamada era para darle una buena noticia, que quizá le dijeran que habían atrapado al criminal. De ese modo ellos podrían resolver sus diferencias, si es que aquello era posible, y continuar con sus felices vacaciones si todo se arreglaba para bien. Abandonó el dormitorio con aquel pensamiento y con los dedos cruzados intentando atraer la suerte sobre ellos.

Pero después del primer vistazo a la expresión de Cameron al entrar en la cocina dejó de cruzar los dedos. Era evidente que las noticias no habían sido buenas.

—¿Y bien? —preguntó impaciente al ver que él no le contaba nada.

—No puedes volver a Denver.

Sandra se quedó atónita de oírle afirmar con tanta seguridad algo que por otro lado era obvio. Se quedó mirándolo un buen rato antes de contestar:

—Lo sé, está todo cubierto de hielo.

—Aunque no hubiera hielo no podrías volver.

—¿Y por qué no? —preguntó en un tono correcto que esperaba que escondiera la impaciencia que la abrumaba.

—Whitfield ha vuelto a Denver —respondió taciturno sin explicarse más.

—¿Vuelto de dónde? —preguntó de nuevo con la ceja levantada y llena de confusión.

—De Chicago.

Aquella nueva respuesta tampoco la sacaba de dudas. Ni siquiera sabía que Whitfield hubiera abandonado Denver, y aunque lo hubiera sabido no era para ella un motivo de preocupación.

—Uh–huh —exclamó cada vez más irritada y perdiendo la paciencia—. Creo que en este punto no nos comprendemos. ¿Qué tiene que ver Raymond Whitfield con el hecho de que yo vuelva a Denver? ¿Qué importa si él está en Chicago o no?

—Creo que Whitfield ha querido levantar una cortina de humo para despistarnos yéndose a Chicago —contestó pasándose una mano por el pelo y delatando así su propia impaciencia.

—Bien, eso lo explica todo —dijo Sandra elevando las manos llena de impaciencia. Luego hizo un esfuerzo por controlarse, respiró hondo y volvió a intentarlo—. Cameron, no tengo ni la menor idea de qué estás hablando.

—De Whitfield —contestó él—. Le he puesto bajo vigilancia. Voló a Chicago el sábado pasado por la mañana, pero ha vuelto a Denver.

—¿Y qué? —preguntó confusa aún—. ¿Y por qué demonios le has puesto bajo vigilancia?

—Por las amenazas que te hizo, esa es la razón —dijo lentamente intentando explicarse como si ella fuera una estudiante incapaz de aprender.

—Pero eso es ridículo —contestó Sandra irritada por su tono y a punto de estallar—. Te dije que Whitfield no era más que un bocazas.

—¿A si? —dijo con un brillo en los ojos azules bajo las cejas doradas—. Bien, pues te equivocaste. La llamada era del agente al que le encargué seguirlo —explicó haciendo un gesto hacia el teléfono—. Me dijo que siguió a Whitfield desde el aeropuerto directamente hasta tu apartamento.

Sandra tembló ante aquella nueva noticia, pero intentó por todos los medios disimularlo.

—A pesar de todo —comentó sin saber si era a ella misma o a él a quien trataba de convencer— eso no significa que tenga en mente hacer nada malo.

—No significaría nada si simplemente hubiera pasado de largo. Pero no fue eso lo que hizo —sacudió la cabeza—. Se quedó sentado en su coche delante de tu casa hasta que se hizo de noche. Entonces salió y dio una vuelta por el edificio, por delante y por detrás. Luego volvió al coche y aún sigue allí observando el lugar. Fue entonces cuando el agente aprovechó para localizarme a mí con el busca.

—Sin embargo eso no significa que vaya a hacerme daño —contestó Sandra temblando del susto y esperando tener razón pero

temiéndose que no era así.

—No, aún no, pero… —sonrió de un modo que a ella se le pusieron los pelos de punta— no voy a correr ningún riesgo, ni con Whitfield ni con Slim.

—¿Slim? —repitió olvidando por un momento que era el asesino que se había escapado y seguía a Cameron según los agentes—. ¿Te refieres al criminal?

—El mismo —contestó Cameron dando un paso hacia la ventana para mirar afuera en la oscuridad, gruñir y encender las luces del porche desde la cocina—. En cuanto este hielo se funda te voy a llevar a algún lugar seguro.

Sandra se había acercado hasta el horno para abrir la puerta y ver si estaba lista la cena. Su afirmación en un tono de voz firme la hizo darse la vuelta para mirarlo incrédula.

—¿Que me vas a sacar de aquí? ¡Pero si acabas de decirme hace un momento que no puedo volver a Denver!

—Quería decir que no puedes volver a tu apartamento —contestó sacudiendo la cabeza.

—No es que pretenda asustarte pero mi apartamento está en Denver —se burló.

—Muy divertido —hizo una mueca—. Sabes perfectamente lo que quiero decir. No voy a permitir que te quedes aquí sola. ¿Tienes algún amigo con el que puedas quedarte durante una temporada? ¿Bárbara quizá?

—No —contestó Sandra sacudiendo la cabeza deprisa. Aquello ya era demasiado. ¿Quién se creía que era él, se preguntó, su ángel de la guarda?—. Escúchame bien, Cameron. Yo no voy a ninguna parte. Voy a quedarme aquí hasta que me encuentre bien y me sienta lista para marcharme. ¿Lo has comprendido?

—¡Maldita sea, mujer!

—Ya está bien, Wolfe —respondió ella dándose la vuelta para mirar en el horno de nuevo—. Te he dicho que no me llames mujer.

Él se quedó en silencio mientras ella sacaba la fuente fuera del horno y removía su contenido con una cuchara. Cameron estaba demasiado silencioso, pensó Sandra. Ni siquiera notaba que él fuera a perder el control. Olió el aroma de la carne y la verdura guisándose y volvió a meter la fuente dentro cerrando la puerta. Entonces él suspiró con fuerza, con un suspiro que significaba una rendición, pensó Sandra. Al menos momentánea.

—¿Cuánto falta para que esté lista la cena? —preguntó cambiando de tema y olfateando el delicioso aroma—. ¿Me da tiempo a ducharme?

—Sí —contestó ella luchando por mantener un tono neutral contenta de que por fin hubieran cesado las hostilidades, por escasa que fuera la tregua—. Me imagino que aún faltarán unos quince minutos, quizá veinte. Además si quieres lo mantendré caliente en el horno. Ve a ducharte.

—Bien —contestó Cameron dando dos pasos para marcharse. Luego hizo un alto y dándose la vuelta la miró y sonrió—: ¿Qué te parecería si abriéramos la última botella de cabernet? Creo que a los dos nos vendría bien un trago para cenar.

—Muy bien —contestó ella sin vacilar intentando devolverle la sonrisa.

El se quedó inmóvil por un momento, de pie, mirándola sin hacer nada. Luego asintió y salió a grandes zancadas de la cocina dejándola por completo confusa en cuanto a lo que estaría pensado.

Y de inmediato Sandra comenzó a preguntárselo. Se le ocurrieron todo tipo de ideas desagradables. Era de noche, pronto sería la hora de irse a la cama. Quizá Cameron estuviera calculando sus posibilidades de compartir la cama con ella. Quizá intentaba, suavizando su tono de voz y su actitud, y sobre todo ofreciéndola vino para cenar, que ella suavizara también su actitud, que abandonara su decisión de permanecer en el refugio y que abandonara sus principios.

Lo amaba. Aunque en ese momento y teniendo en cuenta el estado de sus relaciones era incapaz de confesárselo a él, Sandra lo sabía y lo aceptaba, era plenamente consciente de sus sentimientos. Pero el hecho de que lo amara no la cegaba en cuanto a la realidad. Tenía la suerte de ser una persona inteligente, de haber sido educada para analizar los hechos desapasionadamente en cualquier situación. Y por eso mismo, por su propia naturaleza, no podía ni ignorar ni restarle importancia a lo que percibía como la situación real.

El mismo hecho de que se estuviera preguntando en ese preciso momento cuáles eran sus intenciones era revelador en sí mismo. Le revelaban que se sentía incapaz de confiar plenamente en él, de depositar en él su amor. Y esas dudas no se podían conjugar bien con una buena relación entre ellos dos.

Aceptar eso fue difícil para Sandra, quizá lo más difícil que hubiera tenido que hacer nunca. Pero no había forma de ignorarlo, por mucho que, desde un punto de vista sentimental, quisiera hacerlo.

No, era imposible, pensó. Sacudió la cabeza como si intentara liberarse de las dudas que la asaltaban, de las preguntas que aún seguía haciéndose y que bloqueaban su mente y su corazón con razones innegables.

Se dedicó a poner la mesa intentando entretenerse y pensar en otra

cosa, pero por mucho que lo intentara era imposible. Sus dudas persistían, se negaban a salir de su mente y embargaban su corazón.

Sandra se había interesado por Cameron de un modo personal desde el mismo momento en que lo conoció. En realidad, para ser sincera consigo misma, era algo más que un mero interés. Y siempre había sido sincera consigo misma.

Entre ellos había habido un encuentro brillante pero fugaz, un conocimiento sensual, una reacción química, lo que fuera. Ella desde luego había sido plenamente consciente de ese encuentro y creía, entonces y en ese momento, que él también lo había sido.

Pero ese algo había estado ahí desde el principio. Era una reacción entre hombre y mujer, algo que brillaba entre ellos, y el hecho de que no se hubiera atrevido a explorar ese algo hasta mucho después no era razón para negarlo o pensar que no había existido.

A pesar de que nunca antes hubieran tenido una relación íntima ella siempre había estado atenta y receptiva a cualquier palabra, a cualquier murmullo o comentario que alguien pudiera hacer sobre el objeto de su interés. Y lo que siempre había oído decir sobre él a lo largo de todo ese tiempo no resultaba muy alentador.

Ya desde un principio supo por rumores que Cameron había estado enamorado de otra mujer. Incluso se había hablado de un inminente compromiso matrimonial. Pero de pronto, bruscamente, los rumores al respecto cesaron. Luego se dijo que la aventura había terminado y que Cameron se sentía desolado. Aquella mujer lo había abandonado por otro, presumiblemente en razón de su dinero.

Era evidente que Cameron se había sentido dolido por aquella experiencia. Y según parecía había llegado su turno de sufrir. Suspiró mientras abría la botella para la cena. El vino debía dejarse respirar. De pronto recordó un comentario que había oído a una mujer en cierta ocasión, no recordaba a quién.

Decía que en realidad al guapo y excitante agente especial no le gustaban las mujeres, que sólo las toleraba cuando su apetito sexual así se lo dictaba.

En aquel tiempo Sandra desechó ese comentario pensando que sólo se debía a la frustración de aquella mujer. Sin embargo en ese momento dudó, y el mero hecho de que vacilara decía mucho sobre su propio estado de ánimo.

Había pasado una semana en compañía de Cameron. Habían estado solos y aislados, pero durante ninguno de aquellos días había mostrado él el menor signo de que aquel comentario fuera cierto.

Al contrario. Había demostrado ser una excelente compañía, una persona entretenida, divertida, con la que reírse, con la que hacer el

amor… especialmente una persona encantadora con la que hacer el amor.

Pero, por supuesto, eso era precisamente lo que él había ido buscando, lo que había prometido, se recordó a sí misma. Sexo, un sensual año sabático. Y lo había cumplido hasta el momento en que había sonado por primera vez el busca. Lo había cumplido muy por encima de sus expectativas. Pero sólo hasta el momento en que el deber había llamado a su puerta, transformando el ambiente de sensualidad en la fría y cruda realidad.

Todo había terminado, de eso no cabía duda. Sin embargo aún quedaba una noche y Cameron parecía preparado, más aún, deseoso de olvidar la realidad para volver una vez más al calor de la sensualidad.

Sandra se quedó mirando el vino rojo, de cuya botella emanaba un olor embriagador. ¿Deseaba acaso seguir aquel juego, cerrar los ojos a la evidente falta de esperanza en sus relaciones, perderse en la sensualidad de su boca, de su contacto, de su posesión? se preguntó.

Sí. Deseaba pasar aquella noche con él más de lo que nunca había deseado ninguna otra cosa. ¿Pero se permitiría a sí misma la licencia de no pensar, de olvidarlo todo para estar una noche más con él? Dudó ante la nueva pregunta que su mente le hacía… y luego cerró los ojos para no enfrentarse al dolor que le causaba la respuesta que salía de lo más profundo de su alma.

No.

No podía traicionarse a sí misma, ni tampoco podía traicionarlo a él.

Lo amaba. Pero el amor no correspondido nunca sería suficiente.

Una cosa era el sexo, y otra muy distinta el amor. Y Sandra sabía que para ella tener al uno ignorando al otro no podía constituir nunca sino un motivo de autodestrucción.

Una vez que hubo llegado a esa conclusión reunió toda la fuerza que pudo y se preparó para enfrentarse a aquella dura noche.

Sin embargo los sueños son difíciles de olvidar, tanto los viejos como los nuevos, y los suyos revivieron en cuanto Cameron entró en la cocina.

El simple hecho de verlo duchado, afeitado y con el pelo mojado y oscurecido como el oro viejo la quitó el aliento y estuvo a punto de hacerla sucumbir en su decisión.

Llevaba unos vaqueros ajustados que abrazaban sus estrechas caderas y cintura delineando claramente sus musculosas y largas piernas y un jersey blanco holgado de punto que mostraba la amplitud de su pecho.

Ahogó un suspiro lastimero y reprimió sus deseos de hacer muchas cosas, tanto físicas como sentimentales. Luego sonrió con una expresión remota y fría.

—La cena está lista —dijo en un tono decidido luchando por ocultar su emoción.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó él con sencillez frunciendo el ceño.

—Sirve el vino —contestó dirigiéndose hacia el horno—. Yo traeré la comida.

Maldijo el calor que salía del horno aumentando el picor de sus ojos y agarró un trapo para no quemarse levantando de nuevo sus defensas frente a él.

La había perdido.

Cameron lo supo en el mismo instante en que entró en la cocina y la vio, unas horas antes.

Era demasiado tarde. Estaba cansado y se sentía literalmente enfermo del estómago. Aquel malestar no tenía nada que ver con la deliciosa cena que había preparado Sandra ni con el vino.

Sandra ni siquiera había terminado la primera copa que él le había servido.

Lo había apartado de su vida.

Durante los veinte minutos que había tardado en ducharse, afeitarse y vestirse Sandra había erigido una barrera entre ellos, una barrera tan invisible como impenetrable, una barrera que él había sido incapaz de desmoronar.

Aunque había intentado romper aquella barrera con todas las fibras de su cuerpo había fracasado. Durante la cena y después, hasta el momento en que ella le había dado las buenas noches en un tono capaz de congelarlo, él lo había intentado todo: la conversación, el humor, el encanto… todo lo que poseía y que se le había ocurrido. Todo para conseguir que ella abandonara esa coraza de frialdad e indiferencia, todo menos la súplica.

Estaba convencido de que Sandra había adoptado esa actitud de indiferencia de un modo deliberado, que obedecía a una decisión. Tenía que creerlo así, era imposible que fuera de otro modo. Pero ¿por qué? se preguntó.

¿Qué era lo que había hecho mal? ¿Qué terrible pecado había cometido?

¿Por qué había ella levantado una barrera entre los dos?

Aquellas atormentadoras preguntas eran la causa directa de su malestar físico.

Dos veces. Lo habían rechazado ya dos veces, y justo las dos

cuando comenzaba a enamorarse. No, se dijo sacudiendo la cabeza.

Aquella primera ocasión no tuvo ni punto de comparación con la presente, no había sido ni con mucho tan dolorosa. Aquella vez apenas había sido nada comparada con la sensación enfermiza de pérdida que tenía en ese momento.

Y además, por más que lo intentara, era incapaz de creer que la actitud de Sandra se debiera únicamente a que él la hubiera acusado de responder como una niña o como una feminista radical.

No, había algo más aparte de eso, algo más profundo.

Pero ¿qué? se preguntó.

Debía de ser algo que había en él.

Sólo pensarlo le resultaba insoportable. No quería analizarlo y menos aún aceptarlo.

Pero ahí estaba, la idea no le abandonaba, le atormentaba.

¿Algo en él? se preguntó. ¿Algo en su forma de ser, algo esencial en él, algo que resultaba una objeción para el sexo opuesto?

Juró en silencio y se pasó los dedos tensos por el cabello. Había tenido aventuras con otras mujeres aparte de las dos de las que, por desgracia, se había enamorado. Y ninguna de ellas había mostrado el menor síntoma de desagrado por algo de su carácter o de su forma de ser.

De hecho había sido más bien al contrario. Más de una de aquellas mujeres había dado evidentes muestras de desear una relación más profunda con él.

O al menos eso era lo que él se había imaginado. Cameron se encogió de hombros en aquel pequeño sofá que le servía de cama. El consejo que pretendía darse a sí mismo, que reflexionara, era estupendo. La lástima era que fuese incapaz de seguirlo. ¿Cómo diablos, se preguntó, podía ningún hombre explicarse lo que sucedía en el cerebro de ninguna mujer?

¿Quizá hablando con su madre? se le ocurrió pensar.

De pronto se vio impelido por aquel impulso de pedirle ayuda a su madre, pero inmediatamente lo rechazó. Tenía que volver a la realidad.

Tenía casi cuarenta años. Era una edad más que suficiente para arreglárselas solito, demasiada edad para pedir consejo a una madre en temas de amor. Además, aunque estaba seguro de que su madre le daría el consejo, sabía también que primero se reiría de él. La idea no servía.

¿Y a sus hermanos? se preguntó. Bueno, quizá eso no estuviera del todo mal, pensó. Si era cierto lo que sospechaba de ellos estarían teniendo las mismas dificultades que él con el sexo opuesto.

Pero las apariencias engañan, meditó. Por supuesto había una forma rápida de saber si se equivocaba o no: sólo tenía que llamarlos. Quizá pudiera llamarlos, quizá pudiera pedirles consejo, a los tres.

Pero quizá no, meditó echándose atrás de nuevo. Cameron hizo una mueca. Si lo hacía no sólo echaría a perder su imagen de hermano mayor, inteligente y reservado, tutor de los tres más pequeños. Conociéndolos, lo más probable era que se echaran a reír incluso más fuerte que su madre.

No le quedaba ya ninguna idea. Estaba cansado, medio dormido, y se sentía tremendamente vulnerable. Cameron gruñó al ver que una imagen se colaba en su mente para atormentarlo.

Sandra. La del cabello negro y los oscuros ojos sonrientes. La de las respuestas agudas e inteligentes. La de los modales fríos y los labios calientes. La de la silueta larga y esbelta y las piernas excitantes y libidinosas.

«Para», se dijo a sí mismo. Su susurro suplicante se heló en el aire frío de la noche repitiéndose como un eco en su cerebro. «Para, por favor», se suplicó a sí mismo en silencio con plena conciencia.

Se sentía agotado por la falta de sueño y descanso. Necesitaba que el sueño despejara su cerebro, que le hiciera olvidar las ideas que lo atormentaban.

Bostezó y dejó que se le cerraran los párpados. ¿Cómo irían las relaciones de sus hermanos con sus respectivas amantes? se preguntó.

Capítulo Siete

Una violenta tormenta de primavera se acercaba por el oeste a través de las montañas del nordeste de Pennsylvania. El sargento Royce Wolfe apenas oía el sonido del rápido balancearse de los limpiaparabrisas. Con las manos firmes sobre el volante observaba atento y con ojos expertos la carretera. Hacía ya rato que no estaba de servicio, pero era un agente de la ley, estuviera de servicio o no.

Un fogonazo de luz invadió de pronto el cielo de media noche bañando las montañas y el terreno circundante por unos segundos. Luego escuchó el trueno que pareció hacer temblar la tierra bajo las ruedas del coche.

Los recuerdos invadieron la mente de Royce. Hacía un mes más o menos, en una noche semejante a aquella, vio a Megan por primera vez.

Pero había diferencias, diferencias importantes. Royce dio rienda suelta a su memoria mientras mantenía una atenta observación sobre la carretera.

Aquella noche también hubo tormenta. Fue una tormenta de principios de primavera, fría y con nieve, el último adiós del invierno que se marchaba.

Vio a Megan Delaney por primera vez cuando se desplomó sobre el volante de su coche deportivo chocando contra la valla que delimitaba la autopista. No estaba de servicio pero quería ayudar al policía que llegó a escena minutos más tarde. Se había ofrecido para seguir a la ambulancia hasta la ciudad y asegurarse así de que se hacía una declaración sobre el accidente después de que la víctima recuperara la conciencia. Megan. Su hermosísima Megan, la de los cabellos y el temperamento salvajes.

Había chocado contra esa vaya no porque fuera a demasiada velocidad considerando la inclemencia del tiempo, sino porque se encontraba en un terrible estado de histeria y nerviosismo, según pudo saber después. Era cierto que iba rápido, pero era para huir de un intento de violación que había sufrido en el aparcamiento de un restaurante situado al pie de las montañas, en una carretera local desolada y sin apenas tráfico.

Como era natural Megan se encontraba en un estado de shock, estaba aterrorizada y tenía miedo de los hombres. Y aquello había supuesto también cierta tensión para Royce, que se había sentido inmediatamente atraído hacia ella.

Royce recordó la batalla interior que tuvo que sufrir luchando contra su propio deseo por la mujer que había resultado herida en el

accidente y rió sofocadamente.

Pero al final todo había terminado bien. Megan había desechado sus miedos y se lanzaba en su ayuda, literalmente hablando, conduciendo un coche nuevo en persecución del hombre que la había atacado.

Y allí estaba de nuevo, en medio de otra tormenta de primavera, conduciendo después de haber terminado el último turno de trabajo. Se iba ya a casa, sólo que no se dirigía a su apartamento. Iba a casa de Megan, al hogar de su corazón y de su alma.

Al entrar en al avenida, Royce vio que todas las luces de la casa estaban encendidas. Una sonrisa tierna curvó sus labios. Megan necesitaba encender todas las luces cuando estaba sola en casa y era de noche, era una consecuencia de su desagradable experiencia.

Cerró el coche y se dirigió a grandes zancadas al apartamento. Mientras llamaba a la puerta su estómago rugió pensando en la cena que sabía que Megan le tendría preparada. Ella abrió la puerta con una enorme sonrisa y un camisón de seda semitransparente bastante escaso.

—¿Cómo sabías que era yo? —la regañó levemente dando un paso para entrar y acorralándola entre sus brazos.

—Miré por la ventana, oficial —confesó Megan rodeándolo también con los brazos—. Y ahora dime, ¿vienes a pelearte conmigo o a besarme?

—¡Qué pregunta más tonta! —contestó Royce sonriendo y bajando la cabeza para capturar sus labios y su boca.

La cena que ella tenía preparada tuvo que esperar aún otro poco más. Royce la tomó en sus fuertes brazos y la llevó, como siempre, al dormitorio, sin despegar ni por un segundo sus labios de los de ella.

Megan estaba más que preparada para él, lo esperaba con anhelo. Con un movimiento de tobillos dejó caer las babuchas por el suelo y con otro movimiento de brazos se deshizo del camisón que voló por los aires. Luego se dedicó a desvestirlo a él.

Royce tembló en respuesta a sus dedos hábiles. Su sangre corría deprisa y caliente. Una vez que le hubo quitado la ropa esos mismos dedos se emplearon en otras tareas excitantes.

Comenzaron a amarse lenta y dulcemente, haciéndose cosquillas, murmurando seductoramente y acariciándose y besándose por todas partes. Pero cuando la excitación apenas podía ya contenerse y ninguno de los dos podía soportar la exquisita tortura su amor se hizo rápido, caliente y tremendamente satisfactorio.

Más tarde, tranquilo, Royce se sentó solo en la mesa de la cocina mientras comía el sándwich que ella le había preparado y apaciguaba

apetitos más mundanos.

—Royce… —lo llamó Megan entrando en la cocina después de haber tomado una ducha y vestirse con una bata larga de color verde oscuro.

—Sí —murmuró él comiendo un pedazo de sándwich de roast beef con queso.

—¿Has estado hablando de mí con tu madre? —preguntó sentándose en una silla enfrente de él y picando una patata frita de su plato.

—Sí, el otro día sin ir más lejos —dijo una vez que hubo tragado —. Le estuve hablando de ti y de cómo te quiero —contestó elevando las cejas rubias—. ¿Por qué?

—Porque hoy he recibido esto por correo —anunció tomando un sobre grande blanco y cuadrado de un armario y poniéndolo al lado de su plato.

—Así que mamá te ha mandado una invitación a la boda de Jake y Sarah, ¿no es eso? —comentó sonriendo seguro de su contenido sin necesidad de leerlo.

—Sí, así es —lo miró divertida—. ¿Le dijiste tú que me la mandara?

—No —sacudió la cabeza.

—¿Es que no quieres que te acompañe? —preguntó ella seria por un momento.

—Despierta, preciosa —bromeó él riendo—. Tú no necesitas que nadie te mande una invitación. Yo pensaba llevarte de todas maneras.

—Ah, comprendo —dijo aliviada aunque aún algo fría—. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Esta noche, mañana —contestó él encogiéndose de hombros—. Hay tiempo. Aún faltan dos semanas para la boda.

Megan sacudió la cabeza desesperada por la actitud de los hombres en general y por la de Royce en particular. Luego picó otra patata del plato de él y la puso en el suyo.

Royce se dio cuenta. Pero lo cierto era que Royce se daba cuenta de todo lo que ocurría en relación con Megan. Ella siempre se unía a él durante la cena y tomaba algo con él.

—¿Es que no tienes hambre?

—Pensé que tenía hambre —dijo frunciendo el ceño y llevándose una mano al estómago—. Pero durante estos últimos días me encuentro un poco mal cuando como. Tengo la sensación de que he debido de pillar un virus o algo así.

—¿Has ido a ver a Virginia Hawk? —preguntó él preocupado.

Megan había ido a ver varias veces a esa doctora, que la había

tratado de los daños producidos por el accidente.

—No, por supuesto que no —respondió Megan desechando la idea con un movimiento de la mano—. No estoy enferma, ni siquiera tengo ni una décima de fiebre. Estoy segura de que simplemente es un virus de primavera.

—¿Y si no lo es? —insistió él—. ¿Y si fuera un efecto tardío del trauma que sufriste que te causa ahora desórdenes en el estómago?

—Royce, estoy segura de que no es nada de…

—Pero no puedes estar segura —contestó él levantándose y rodeando la mesa para acercarse a ella y abrazarla dando rienda suelta a su instinto de protección—. ¿Qué pasa si te equivocas y es algo más que un virus? Si estás enferma y no puedes venir de viaje conmigo a Sprucewood para la boda yo tampoco iré. No iré a ninguna parte sin ti, nunca más en la vida.

—¡Oh, Royce! —exclamó Megan con los ojos velados por las lágrimas y la voz ronca de la emoción—. Yo tampoco volveré nunca a ir a ningún sitio sin ti, pero estoy segura de que te estás preocupando demasiado —sonrió—. Estoy bien, ¿lo ves? Y además, tal y como has dicho tú, aún faltan dos semanas para la boda. No te preocupes, por favor.

—No puedo evitar preocuparme por ti —murmuró él acariciando su mejilla con un largo dedo hasta llegar a sus labios—. Te quiero tanto…

—Lo sé, y yo te quiero a ti —contestó ella besando la punta de su dedo que él dejaba resbalar por su labio inferior—. Por esa razón no quería que te enteraras de lo del virus.

—¿Me prometes una cosa? —susurró él sustituyendo el dedo por los sensuales labios—. ¿Me prometes que irás a ver a la doctora Hawk si los síntomas persisten en un par de días?

—Sí, si tú me prometes otra cosa a mí —murmuró ella contra su boca.

—Lo que quieras. Sólo tienes que pedirlo —contestó él mientras lamía sus labios abiertos con la lengua.

—Prométeme que me llevarás a la cama en un par de minutos.

Royce rió y tomó en brazos a Megan.

La segunda de la serie de tormentas provenientes del oeste que azotaron Philadelphia estalló desplegando un tremendo aparato eléctrico. Los rayos iluminaron el cielo y los sonoros truenos se escucharon poco antes de las seis en punto de la madrugada del lunes.

Pero el ruido no despertó a Eric Wolfe, que estaba despierto minutos antes de que se produjera. Desde la cama de matrimonio de su apartamento dominaba el Philadelphia Art Museum y el Schuylkill

River. La vista panorámica que le ofrecía el amplio ventanal estaba orientada hacia el oeste, y le permitía ver todo el despliegue de fuerza imponente de la naturaleza.

Pero ni siquiera la naturaleza tenía el suficiente poder como para atraer con exclusividad su atención. A cada segundo su mirada alerta se dirigía hacia la puerta cerrada del baño.

Sólo llevaba esperando unos pocos minutos, pero la impaciencia comenzaba a apoderarse de él. ¿Estaría… o no? se preguntó.

Cuando por fin la puerta se abrió le pilló de sorpresa. Estaba observando un rayo por la ventana mientras se preguntaba qué ocurriría.

—Eric…

La combinación de nerviosismo y excitación que pudo notar en la dulce voz de Tina le hizo volver la cabeza y fijar la vista de ojos azules oscuros en los de ella.

Amaba a aquella mujer. Esa mujer le había sacado de la amargura en que había estado sumido después de la muerte de su padre en acto de servicio. Esa mujer le había liberado de la pena permitiéndole hacerse un policía mejor, más competente, en el departamento de narcóticos. Esa mujer, de la que sin embargo en un principio había sospechado que tenía tratos con traficantes, era la mujer de su vida.

Pero Tina Kranas se había puesto a prueba a sí misma y había demostrado su inocencia para su plena y entera satisfacción mucho antes de haber acudido en su ayuda y haberlo defendido de la persona realmente culpable, su primer marido, golpeándolo con una sartén de hierro.

—¿Y bien? —preguntó conteniendo el aliento.

—Positivo —contestó ella mientras mantenía en alto una prueba casera del embarazo—. Parece que vas a ser padre.

—¡Dios! —exclamó Eric saliendo a toda prisa de la cama y dando unas zancadas hacia ella para tomarla en sus brazos. La inmediatez de su respuesta hizo correr la excitación por los ojos de Tina, que brillaron de placer—. Tengo que llamar a mamá para decírselo —añadió dándola un beso en la boca sonriente antes de soltarla para dirigirse hacia el teléfono sobre la mesilla.

—¿Ahora? —rió Tina—. Eric, si ni siquiera son las siete. Vas a despertarla.

—Lo sé —contestó mirándola sin dejar de marcar el teléfono—. Pero mi madre sería capaz de descuartizarme si no le cuento la noticia de inmediato.

El teléfono sonó en la casa de su infancia en la pequeña ciudad de Sprucewood, a unas quince millas más o menos de Philadelphia.

Alguien contestó después del tercer timbrazo.

—Dígame.

Había una nota de miedo en aquella respuesta al teléfono, algo apenas perceptible pero siempre audible para cualquiera de los cuatro hijos de Maddy Wolfe. Era el miedo a recibir malas noticias, algo familiar para todas aquellas personas cuyos esposos o hijos se dedicaran a hacer cumplir la ley.

—Soy yo, mamá, estoy bien —aseguró Eric inmediatamente mientras atraía a Tina a su lado y la abrazaba con una mano por la cintura—. De hecho llamo para darte una buena noticia, una que has estado esperando desde hace mucho tiempo.

—Parafraseando aquel viejo dicho —contestó Maddy en un tono de voz ya más tranquilo—, soy toda oídos, hijo.

—Bueno, primero quiero que me des tu opinión sobre una idea que he tenido —dijo con un brillo en los ojos que a Tina le resultó muy familiar y que lo hubiera sido igualmente para Maddy si hubiera podido verlo.

—Continúa, Eric —lo animó Maddy muy atenta a sus palabras.

—Bien. ¿Crees que a Jake y a Sarah les gustaría que su boda fuera doble?

Hubo una breve pausa, un silencio durante el cual Maddy contuvo el aliento, y luego preguntó:

—¿Estás hablando en serio?

—Desde luego —contestó Eric reforzando su abrazo sobre Tina y mirándola posesiva y protectoramente—. Tina está embarazada, mamá. Acaba de hacerse ahora mismo la prueba en casa –incapaz de contener sus propios nervios, sonrió y añadió—: metafóricamente hablando, me han dado caza.

—Pues no pareces muy triste por ello —observó Maddy llena de esperanza.

—Estoy como en el paraíso —contestó él jubiloso—. Los dos lo estamos. No ha sido un accidente, sabes. Llevábamos tiempo intentándolo —ahogó una risa—. Lo intentamos con ahínco.

—¿Antes de casaros? —preguntó su madre con cierto tono de censura.

—Bah, mamá —exclamó en un tono de voz exacto al de cuando era un niño—. ¿Y qué crees tú que estarán haciendo Jake y Sarah? Podemos matar dos pájaros de un tiro… por decirlo de alguna forma.

—O dos Wolfes con un solo disparo… por decirlo de otra forma —contestó seca.

Eric necesitó un par de segundos para comprender lo que su madre le estaba diciendo implícitamente. Maddy esperó con paciencia a que

él comprendiera.

—¡Sarah está embarazada!

—Sí… —murmuró su madre—. Me lo dijeron justo la otra noche. Pensaba que había traído al mundo hijos fecundos, pero hasta ahora no me había dado cuenta de cuánto.

—¿Y Jake está contento? —preguntó conteniendo aún la risa.

—Para decirlo con las palabras de tu propio hermano, se siente como Elijah Blue.

—Llamaré a Jake ahora mismo —dijo Eric riendo de nuevo.

—Sí, hazlo —contestó su madre—. Y Eric…

—¿Si, mamá?

—Muchas felicidades, hijo, y dale mi enhorabuena a Tina.

—Gracias, mamá. Lo haré.

Eric no colgó el teléfono después de terminar de hablar. Sólo apretó el botón de cortar la comunicación y volvió a marcar otro número, en esa ocasión a su hermano pequeño en la ciudad de Sprucewood. Pero Tina interrumpió su llamada poniendo una mano sobre su pecho.

—Esa llamada puede esperar —dijo con decisión—. Al menos hasta después del desayuno.

—¿Tienes hambre? —preguntó Eric sorprendido y esperanzado ante la falta de apetito de Tina de los últimos días. Ella asintió. Entonces él colgó el teléfono y añadió—: Bien, haré unos huevos revueltos.

—No —contestó deprisa al ver que él iba a bajar de la cama tirando de ella para llevarla hacia la cocina—. No tengo hambre de huevos revueltos.

—Espero que no estés tratando de decirme que lo que quieres son frutos secos o helados.

—No seas tonto —dijo Tina—. No. Lo que quiero, lo que necesito comer es sopa de pollo.

—¡Sopa de pollo! —exclamó Eric con una mueca—. ¿A las seis y media de la mañana?

—Eric, por favor… —rogó parpadeando con exageración y mostrando sus largas pestañas ante él—. Ya sabes, ahora necesito comer por dos. Necesito algo de verdadero alimento.

—Está bien, me rindo —respondió él luchando por sonreír pero sin conseguirlo. La soltó y la llevó hasta la cocina—. Entonces será sopa de pollo.

—Y pan tostado.

—Y tostadas —añadió él tratando de ocultar la risa.

—Y un bollo con canela.

Entonces Eric no pudo contenerse por más tiempo. Sus carcajadas parecieron encender la habitación oscurecida por la tormenta.

Un trueno sonó en la distancia anunciando la tercera tormenta proveniente del oeste. Jake Wolfe había descolgado el teléfono con una sonrisa confusa en los labios. Dos minutos antes había estado a punto de abandonar la casa de dos plantas que habían alquilado él y Sarah hacía ya dos semanas y a la que se habían mudado de inmediato. La llamada era de su hermano Eric.

Jake se quedó meditando, incapaz de creer lo que había estado escuchando. Eric lo llamaba para preguntarle si le importaría que su boda fuera doble.

Y además Tina también estaba embarazada.

Era toda una coincidencia, pensó mirando de reojo el reloj y bajando a toda prisa el par de escalones para acceder hacia la puerta que conectaba la casa con el garaje. Si no se daba prisa iba a llegar tarde.

Se suponía que debía de llevar a Sarah al Sprucewood College a tiempo para dar su primera clase de la mañana, y le quedaban exactamente cinco minutos para llegar.

Por suerte Sprucewood era una ciudad pequeña, y lo que era más suerte aún, lo peor de la hora punta de la mañana había pasado ya. Las gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el techo del coche mientras se dirigía hacia la calle, en donde lo esperaba Sarah.

Sarah estaba de pie en los escalones de la fachada de la casa, tapándose de la lluvia con un paraguas mientras con un tacón golpeaba rítmicamente el suelo de cemento. Hizo una señal para que parara el coche y él se detuvo a lo largo de la curva.

—Estaba empezando a pensar que no ibas a venir y que llegaría tarde otra vez a clase —lo regañó deslizándose en el asiento junto a él —. ¿Por qué te has retrasado?

—Espera a oírlo —contestó Jake haciendo una pausa por un momento para reírse—. Te va a encantar.

Como siempre, cada vez que él reía con aquella maravillosa risa suya los ojos de Sarah sonreían y sus labios se curvaban encantados.

—No puedo esperar —dijo ella impaciente—, cuéntamelo ya.

—Eric me ha llamado por teléfono, es por eso por lo que he tardado —comenzó volviendo a hacer una pausa para reír—. Que me ahorquen si el muy payaso no quiere celebrar su boda con la nuestra.

—¿Qué? —preguntó Sarah parpadeando y frunciendo el ceño incapaz de comprender.

—¿Recuerdas que te conté que Eric había llevado a la misma chica a casa de mamá dos veces? —preguntó y luego continuó sin darle a

ella tiempo para responder—. Se llama Tina y mamá dice que es muy amable y que hizo una tarta de merengue de limón casi tan buena como la de ella para la cena de Acción de Gracias.

—Sí, por supuesto que me acuerdo —contestó Sarah cuando él por fin hizo una pausa para respirar—. ¿Cómo se me podía haber olvidado después de todo el bombo que le diste?

—Conociendo a Eric era como para darle bombo —sonrió Jake—. Bueno, pues parece que por fin el amor ha hecho mella en el corazón de Eric. Él y Tina querían saber si nos importaría celebrar una boda doble.

—¡Vaya! ¡Es una idea estupenda! —exclamó Sarah—. Espero que hayas aceptado.

—No —contestó Jake sacudiendo la cabeza.

—¿Pero por qué? —preguntó Sarah frunciendo el ceño y echando un vistazo rápido al reloj.

—Nunca hubiera accedido sin consultártelo antes —contestó—. Deberías saberlo.

—Gracias —sonrió ella amable—. Tengo que irme, sino llegaré tarde —añadió quitándose el cinturón de seguridad y abriendo la puerta.

—Pero si aún no te he contado lo mejor —objetó él—. Eric y…

Ella no le dejó terminar. Le dio un beso haciéndole enmudecer y luego se deslizó por el asiento hasta salir del coche.

—Tendrás que esperar hasta la hora de la comida —contestó presionando el botón que abría el paraguas—. Como no te des prisa vas a llegar tarde tú también. Adiós, te quiero —terminó y salió corriendo por el campus.

—Sarah, más despacio —gritó Jake preocupado. Ella lo miró por encima del hombro y redujo la velocidad de sus pasos. Jake la observó con ansiedad hasta que entró en el edificio. Luego volvió a poner el coche en marcha y se dirigió hacia la comisaría.

Una vez allí se puso al volante del coche blanco y negro de policía y comenzó su paseo de patrulla rutinario.

A Jake le encantaba ser policía, le encantaba vagar por las calles y saludar y bromear con los chicos de todas las edades mientras patrullaba cerca del colegio que acogía a alumnos de primaria y secundaria. Desde allí tomaba luego una ruta por las zonas limítrofes hasta llegar al instituto.

Pero ni siquiera después de siete meses podía dejar de recordar lo sucedido el otoño anterior cuando patrullaba cerca por los alrededores del instituto. Fue entonces cuando conoció y se sintió inmediatamente atraído por Sarah Cummings.

Podía reflexionar agradecido sobre aquel incidente porque había sido la causa gracias a la cual él y Sarah se habían conocido, aunque lo cierto fue que en aquel momento el halo de misterio que la envolvía había estado a punto de distraerlo de sus obligaciones.

El incidente había supuesto el robo de un coche, o para decirlo con más precisión, de piezas de coche. Tres estudiantes del instituto de clase más bien alta lo habían llevado a cabo por puro capricho, sólo para saber si conseguirían salirse con la suya.

Y se podrían haber salido con la suya, admitió Jake, si no hubiera sido por las amenazas de Sarah que les había oído hablar sobre sus planes por pura casualidad, y si no llega a ser también por el interés que él tenía puesto en ella.

Al principio le había extrañado y molestado el hecho de que ella se alejara de él cuando había más gente delante, parecía que no quería que los vieran en público juntos, sobre todo cuando él iba de uniforme.

Pero al final había conseguido esclarecer los hechos y dedicarse a capturar a los tres jóvenes con los bienes robados. Con la ayuda de Sarah, desde luego, eso debía admitirlo, pensó sonriendo. Recordaba muy bien a Sarah empuñando una robusta rama para desviar el vuelo de una llanta metálica que el líder de los ladrones le había tirado a la cabeza.

Jake continuó su patrulla saboreando el encantador recuerdo de su preciosa Sarah apresurándose en su defensa. A veces se paraba a hablar con amigos o conocidos mientras vagaba con el coche hasta la hora de volver a reunirse con ella para comer.

Sarah lo esperaba en el asiento del fondo que siempre ocupaban en la hamburguesería que estaba nada más salir del campus, justo donde él la había visto por primera vez siete meses antes. Llevaba las mismas gafas grandes y redondas de pasta de entonces, que le hacían los ojos enormes, casi de búho. Sólo de verla sintió que se relajaba y se ponía tenso al mismo tiempo.

—Hola —murmuró deslizándose en el banco en frente de ella, sorprendido por el amor que renacía y se ahondaba en él.

—Hola —lo saludó Sarah con un brillo en los ojos que le confirmaba que ella sentía lo mismo.

—¿Tienes tiempo ahora para escuchar las noticias sobre Eric?

—Soy toda tuya por espacio de exactamente cincuenta y cinco minutos —contestó sonriendo.

—Mejor será que lo seas para toda la vida —gruñó.

—¿Eric? —rió Sarah arqueando las cejas.

—Sí —sonrió—. El y Tina esperan un bebé, exactamente igual que

nosotros.

—Es maravilloso.

—Eso piensan ellos —rió y sacudió la cabeza—. ¿De verdad que no te importa que la boda se celebre al mismo tiempo?

—Desde luego que no. Será divertido –comentó mientras un brillo danzaba por sus ojos—. A tu madre le va a encantar.

—Según Eric ya está encantada —rió Jake al recordar otra cosa—. Estoy impaciente por saber qué dirá Cameron de todo esto. ¡Dos bodas y dos bebés! ¡No se lo va a creer!

Capítulo Ocho

Cameron se despertó al oír el ruido del agua goteando fuera y dentro de la casa. Frunció el ceño y abrió algo los ojos para mirar el reloj, pero la posición de las manillas le hizo abrirlos del todo.

Eran nada menos que las doce y cuarto. Nunca se había quedado dormido hasta tan tarde, excepto, por supuesto, los días en que se había acostado al amanecer. Y aquél había sido uno de esos días, o de esas noches, o lo que fuera.

El sonido del agua goteando dentro de la casa cesó de repente, pero el de fuera continuó, débil y distante. Sin embargo a pesar de ser débil y distante le hizo recordar algo en lo más profundo de su nublada mente.

El hielo se estaba fundiendo. Eso no significaba otra cosa más que el hecho de que la primavera, caprichosa, se tornaba de nuevo más caliente. Pero significaba también que Sandra y él ya no estarían aislados en el refugio.

Y significaba además que ya era hora de que se levantara del sofá. Gruñó en protesta por su confinamiento en un sofá algo más corto que su propio cuerpo y luego se levantó con los músculos doloridos quedándose sentado.

Una vez despierto y plenamente consciente Cameron respiró hondo y gruñó de nuevo, pero esa vez a causa de la satisfacción que le producía el aroma a café recién hecho que emanaba de la cocina y que explicaba el sonido del goteo dentro del refugio.

El aroma se hizo cada vez más fuerte, más placentero. Cameron sintió que se le hacía la boca agua.

—Buenos días —dijo Sandra en un tono de voz por completo indiferente que no mostraba ni enfado ni contento.

En cambio él no fue indiferencia lo que él sintió. Todo su cuerpo se estremeció cuando miró para arriba y la vio. Su aspecto era tan femenino, tan delicado y encantador con la bata y las zapatillas que deseó ardientemente alcanzarla y atraerla hasta sus brazos, tumbarla a su lado, en el sofá y hacerle el amor allí mismo hasta que ambos olvidaran el motivo de sus disputas.

Sin embargo Cameron se dejó aconsejar por la prudencia, que le hacía ser cauto, por la prudencia y por la frialdad de su mirada.

—Buenos días —la saludó él tomando en sus manos la taza de café que ella le ofrecía—. Y gracias.

—De nada —contestó sin sonreír y dándose la vuelta—. Estoy cocinando unos huevos. Estarán listos dentro de un momento… ¿quieres?

—Sí, tomaré huevos —contestó a pesar de que ella ya le había

vuelto la espalda poniéndose en pie con cuidado para no derramar el café.

—Entonces ven a untar mantequilla en las tostadas.

Cameron la siguió hasta la cocina pensando decepcionado que el tono de su voz, o más exactamente, la carencia de un tono amable no iba a hacer de aquel desayuno una comida agradable.

Y su conclusión, tal y como luego comprobó, fue correcta.

Sentado frente a ella en la mesa Cameron siguió reflexionando que los escasos centímetros que los separaban bien podrían haber sido kilómetros. Sandra no se mostraba ni rencorosa ni deseosa de discutir. Su actitud, según el punto de vista de Cameron, era mucho peor. Estaba ausente, encerrada en sí misma y perdida para él, pensó con un estremecimiento.

A cada intento que él hacía por hablar ella respondía con una simple mirada, un ceño fruncido o elevando las cejas. Sabía que era inútil intentar relajar la tensión.

Cuando terminó los dos huevos revueltos perfectamente cocinados que ella le había servido en completo silencio comenzó a sentirse desesperado. Y lo último que le hacía falta en un momento como aquél era que sonara el busca. Pero por supuesto, con la mala suerte que tenía últimamente eso fue lo que ocurrió.

Al oírlo Sandra abandonó el rígido control que había estado manteniendo y esbozó una sonrisa cínica. Cameron tuvo que luchar contra el impulso de arrojar el maldito aparato por la ventana, pero el simple hecho de que sintiera ese impulso le resultaba edificante y sorprendente.

Como siempre su responsabilidad le encomiaba a responder a la llamada del deber, pero el hecho de que sintiera deseos de no hacerlo significaba que ella comenzaba a ser más importante para él que su trabajo.

Desde la inalcanzable profundidad de su silencio y de su ensimismamiento lo observaba dirigirse remiso hacia el teléfono de pared de la cocina.

Luego, al descolgar él el auricular se puso en pie y salió de la habitación.

—Cuando termines de hablar por teléfono puedes recoger la mesa de la cocina —dijo con una voz que sonó distante—. Yo voy a vestirme.

Aquello era lo que faltaba, pensó Cameron. Luchó contra el deseo de abandonar su puesto para correr tras ella, pero por fin marcó los números.

—Aquí Wolfe. ¿Qué ocurre? —preguntó al oír cómo alguien

descolgaba el teléfono al otro lado.

—Parece ser que nuestra ardilla se ha escapado por entre los agujeros de la red —contestó la familiar voz de Steve en un tono no tan familiar de disgusto.

—¿Cómo? —exigió saber Cameron literalmente gruñendo por el auricular.

—Es toda una rata de alcantarilla —contestó Steve—. No deja de moverse en círculos y luego echa marcha atrás, cambia de dirección y se dirige a todo correr en dirección sur. La policía local lo ha perdido cerca de la frontera con Nuevo México. Parece que nuestro amigo Slim se dirige a su casa en Taos.

Una ola de ira y alivio a partes iguales invadió a Cameron. Estaba enfadado por que los agentes hubieran dejado escapar a Slim de entre sus manos, pero también sentía alivio al darse cuenta de que su falta de eficacia le libraba a él de perseguirlo.

—Está bien, Steve —contestó cansado de su propio conflicto interior—. Mantenme informado.

—Lo haré.

Por un largo momento después de colgar el teléfono Cameron se quedó de pie analizando las posibilidades de acercamiento a Sandra salvando la distancia que los separaba.

¿Cómo había comenzado todo? se preguntó. Sacudió la cabeza, frunció las cejas y se quedó mirando el teléfono blanco. Entonces recordó: primero la había acusado de comportarse como una niña y luego de ser una feminista radical.

Se había comportado como un estúpido, como un verdadero estúpido y tenía que deshacer el daño hecho. Al darse la vuelta vio la mesa de la cocina. Se dijo a sí mismo que su tarea por solucionar lo que él mismo había estropeado comenzaba allí mismo, así que se afanó por limpiar la mesa y fregar los platos.

Unos quince minutos más tarde Cameron se encontró a Sandra en el salón mirando por la ventana hacia el paisaje frío pero algo más primaveral.

—¿Otra vez malas noticias? —preguntó ella sin molestarse siquiera en darse la vuelta para mirarlo.

—No, todo lo contrario —contestó y luego se interrumpió para obligarla de ese modo a darse la vuelta y enfrentarse a él.

Su plan tuvo éxito. Ella se dio la vuelta y le dirigió una mirada escéptica. Verla le produjo una sensación extraña y poco familiar. Se quedó por un momento simplemente mirándola y al hacerlo sintió miedo en lo más profundo de sí.

Exceptuando el sábado por la noche, cuando ambos se vistieron

para cenar, Sandra se había puesto siempre unos viejos vaqueros y camisas o jerséis más viejos aún. Tampoco se había molestado en maquillarse, quitando un poco de crema hidratante.

Y sin embargo en ese momento la mujer fríamente arreglada que se enfrentaba a él proyectaba la imagen de un abogada profesional y eficiente cosa que, de hecho, era.

Aunque llevaba vaqueros no estaban ni viejos ni gastados. Eran unos pantalones de diseño planchados con pinzas y raya que la hacían las piernas muy esbeltas. Llevaba una camisa pero era de seda y cara, remetida por dentro del pantalón ajustado con un cinturón. Calzaba botas de piel negras y tenía los pantalones metidos por dentro.

Pero eso no era lo peor. El color de su semblante, artificial, escondía su rostro natural bajo una capa de maquillaje expertamente aplicada. Estaba arrebatadoramente bella pero tan lejana de él y de la intimidad que habían compartido juntos los días pasados como el sol lo estaba de la tierra tras las nubes.

—No juguemos al juego del silencio, Cameron —dijo con voz tan distante como su aspecto—. Si tienes algo más que decirme dímelo ya.

—Pensé… —contestó Cameron intentando esbozar una sonrisa amable— creí que ambos nos lo estábamos pasando bien , hasta ayer, claro.

—Eso fue entonces, ahora es ahora —dijo ella sin devolverle la sonrisa e incluso con una expresión más severa aún—. Y te agradecería mucho que lo olvidaras.

—Está bien —dijo Cameron sintiéndose decepcionado y encogiéndose de hombros—. Según todos los indicios parece que ya no corres peligro si te quedas aquí en el refugio.

—¿Han pillado al criminal que se había escapado?

—No —sacudió la cabeza—, pero Slim ha pensado que saldría ganando si huía en lugar de perseguirme.

—Pero la policía sigue intentando cazarlo, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces eres libre para unirte a ellos —sonrió Sandra con una sonrisa en la que no cabía esperanza alguna y que le hizo a él desesperarse—. Vamos —añadió haciendo un movimiento con la mano—, ve a cazarlo.

—Sandra… —comenzó él a decir, pero ella lo interrumpió y no le dejó decir nada más.

—Ve —insistió—. No sólo es tu trabajo, es lo que estás deseando hacer. Así que vete, ve a la caza.

—No me necesitan —contestó pasándose la mano por el pelo lleno de frustración—. ¡Maldita sea! Sabes de sobra que la única razón por

la que quería quedarme aquí sólo era para evitar que te ocurriera nada. No quiero irme de aquí, no quiero dejarte.

—Yo creo que de hecho ya lo has hecho —se encogió de hombros —. Creo que nos separamos ayer.

—Sandra… —comenzó de nuevo a decir sintiéndose como un idiota de pie en medio de la habitación—. ¿No podríamos al menos sentarnos… y hablar sobre ello?

Ella vaciló y frunció ligeramente el ceño en armonía con su rostro perfecto. Luego lo miró de arriba abajo como juzgándolo.

—No veo cómo el hablar va a poder…

—Por favor —la interrumpió suplicando.

Ella suspiró, se encogió de hombros y por fui asintió. Cameron, aliviado, se puso en acción. Miró a su alrededor y se sentó en el sofá. Ella escogió en cambio la silla más alejada del él. Al verlo Cameron apretó los dientes, pero aceptó su decisión sin murmurar.

—Muy bien, ya estamos sentados —dijo ella señalando lo que era obvio—. Hablemos.

«Hablar». «Bien». «Maldita sea».

Cameron se sintió tan incapaz de articular palabra como un adolescente en su primera cita y casi con tan poco tino. Sin embargo se lanzó desesperado.

—Supongo que no me concederías unos minutos para que me duchara, me afeitara y me vistiera, ¿verdad? —pidió reflexionando sobre el mal aspecto que debía de presentar en comparación con ella —. ¿O al menos unos minutos para que me lave los dientes? —ella hizo un movimiento como para marcharse—. Está bien, olvídalo — añadió acercándose a Sandra para evitar que se fuera—. Ya lo haré más tarde.

Sandra volvió a sentarse y cruzó las piernas haciéndole a él recordar aquel día en el que había ido a su despacho y le había contado que pensaba tomarse un permiso para ausentarse. Apenas habían pasado dos semanas y sin embargo Cameron hubiera jurado que había transcurrido toda una vida.

Entonces Sandra se había mostrado amistosa. En ese momento aunque no se mostraba abiertamente hostil su actitud tampoco era muy amable.

—Cameron, se me está poniendo dolor de cabeza de tanto esperar a que hables —dijo ella impaciente.

—Quiero pedirte disculpas —soltó él sin gracia sintiéndose forzado a hablar—. Siento mucho haberte acusado de comportarte como una niña y como una feminista radical.

Ella sonrió.

Él se estremeció ante la mueca burlona de sus labios, labios a los que anhelaba besar en cuanto se hubiera lavado los dientes.

—Sandra, di algo.

—¿Y qué quieres que te diga? —contestó levantando las cejas—. ¿Que te perdono por decir tu verdadera opinión?

—No es mi verdadera opinión —dijo sacudiendo con fuerza la cabeza—. Estaba enfadado y…

—Estabas enfadado —lo interrumpió haciéndolo callar con un rápido gesto de la mano— y decías a gritos la verdad. Según la opinión, claro está, la opinión del Agente Especial Cameron Wolfe.

—¡No! Yo…

—Pero eso ya no importa —volvió ella a interrumpirlo—. Lo que importa es que ha quedado claro que no existe entre nosotros una buena base para continuar este… esta relación —hizo una mueca— a falta de otro modo mejor de llamarlo.

—¿Que no existe una buena base? —rió Cameron sin poder evitarlo a pesar del sentimiento de desesperación que se iba apoderando de todo su ser—. Sandra, hemos pasado alrededor de una semana riendo, hablando, amándonos y relacionándonos de maravilla tú y yo.

—Sí —afirmó ella de inmediato. Él suspiró fuertemente lleno de alivio. Sin embargo ella entonces dio marcha atrás consiguiendo robarle el aliento y la poca esperanza que esa breve respuesta le había permitido concebir—. Pero eso fue antes —continuó ella con una débil y triste sonrisa—. Fue una ilusión, algo que no tenía relación alguna con la realidad, un simple juego, un juego en el que ambos fingimos que todo iba bien —suspiró no de alivio sino ante el destino—. Sin embargo la vida tiene medios para colarse en los juegos, Cameron, destrozando la ilusión y el teatro con la fuerza que impone la realidad.

—Maldita sea, Sandra, eso es ridículo —exclamó él levantándose y yendo hacia ella—. Tú y yo… especialmente tú y yo, teniendo en cuenta el trabajo que realizamos… nos enfrentamos a la realidad como forma de vida —dijo pasándose los dedos por el cabello como tenía costumbre de hacer—. ¿Colarse? Por Dios, la realidad está ahí, constantemente, en nuestras vidas. Y tú lo sabes.

—Sí pero…

—Pero nada —la interrumpió sin dejarla terminar—. Nos tomamos algo de tiempo, tiempo para relajarnos, para reír, para jugar, tiempo para nosotros, el uno para el otro. ¿Dónde está la ilusión en eso, dónde está el fingimiento?

—No fue real, Cameron —insistió ella levantando una mano para tocarse la sien—. Fue sólo una diversión. Pero tú y yo sabemos,

especialmente tú y yo sabemos mejor que nadie que la vida no es sólo diversión. La realidad es lo de todos los días, y a diario nosotros somos dos personas por completo diferentes, demasiado diferentes como para convivir.

—¡Eso es una tontería! —contestó viéndose forzado a dar un paso atrás al levantarse ella para mirarlo de frente.

—No —dijo ella con tristeza—. Es la vida.

La sensación de miedo que había tenido anteriormente volvió y lo penetró por completo.

—Sandra… —comenzó a decir con miedo a preguntar y sin embargo con necesidad de saber—. ¿Estás tratando de decirme que no deseas investigar más nuestra relación después de que nos vayamos de aquí?

—¿Y para qué íbamos a hacerlo? —se encogió de hombros haciendo que la seda de la camisa brillara sobre su pecho y que Cameron se estremeciera—. No hay ninguna relación que investigar.

—¿Ninguna relación? —se quedó él mirándola incrédulo y sorprendido. Tuvo que esforzarse por no obedecer al impulso de agarrarla de los hombros y sacudirla, de besarla o de hacer alguna otra cosa más excitante aún, aunque censurable dadas las circunstancias—. No puede ser que estés hablando en serio.

—Está bien. Hubo una relación… de algún tipo —dijo al fin en un tono y con una actitud que revelaban tensión por primera vez desde que habían comenzado a hablar, lo cual animó por un momento a Cameron—. Pero fue como cuando los niños juegan a las casitas —añadió elevando una mano para que no la interrumpiera ni le pusiera ninguna objeción—. No hubo una verdadera comunicación, no hubo un verdadero entendimiento entre nosotros dos.

—Uh–huh —suspiró Cameron—. Punto uno. Volvemos de nuevo a mi estúpida acusación de comportarte como una niña y una feminista radical.

—No —comenzó a decir ella, pero luego suspiró también y añadió —: Sí, es cierto, volvemos al principio, pero eso no hace sino revelar una completa falta de entendimiento entre los dos.

—Te he dicho que lo dije porque estaba enfadado.

—Lo sé.

—Lo dije sin pensar —continuó él preguntándose si debía o no confesar que había sido por miedo a su seguridad por lo que se había puesto hecho una furia.

—Estoy plenamente convencida de que lo dijiste porque lo piensas.

—Sandra, no…

—No importa —continuó ella como si él no hubiera dicho nada—.

Tienes derecho a pensar así. El problema es que no es cierto, al menos desde mi punto de vista. Y eso muestra a las claras que simplemente hemos pasado una semana en las nubes, dando rienda suelta a nuestros sentidos en un año sabático sensual y sin aprender ni un ápice el uno del otro.

Entonces Cameron comenzó a sentir dolor de cabeza. Era de suponer que iba a ser así, se dijo a sí mismo, era comprensible teniendo en cuenta que se estaba dando golpes contra el muro de piedra de la testarudez de Sandra.

—Te equivocas —insistió él negándose a rendirse. Tenía pánico de perderla por completo—. Nunca en la vida me había sentido tan en comunicación con ninguna mujer. Y me refiero a comunicación real, no meramente física —dijo sucumbiendo al deseo de acercarse para deslizar un dedo por su suave mejilla—. Pensé, creí que tú sentías lo mismo.

—Lo sentí —susurró ella—, pero… —sacudió la cabeza para apartar su dedo y su mano—. No… no sé —volvió a tocarse la sien—. Necesito tiempo para pensar. Necesito estar sola —dio un paso atrás —. Necesito espacio para respirar, distancia. Necesito irme a casa.

—No puedes —le recordó él—. Al menos hasta que veamos qué se propone hacer Whitfield —dijo sabiendo que se equivocaba al decirlo mucho antes de terminar.

—Soy una mujer adulta, puedo cuidar de mí misma —contestó Sandra tensa dando un paso atrás y apartándose de él—. Si lo considero necesario cursaré una orden de busca y captura contra Whitfield. Por el momento me duele cada vez más la cabeza. Voy a tomarme un par de aspirinas y a tumbarme.

—Sandra, espera —rogó al verla darse la vuelta y dirigirse al dormitorio.

—Si me quedo dormida quizá me quede aquí a pasar la noche — añadió como si él no hubiera pronunciado una palabra.

—¡Sandra!

—Una cosa más —añadió parando por fin en el umbral de la puerta para darse la vuelta y mirarlo.

—¿Si?

—He estado escuchando la radio esta mañana antes de que te levantaras. El servicio meteorológico prevé que las temperaturas van a seguir subiendo durante esta tarde y esta noche. Posiblemente mañana por la mañana el hielo ya se habrá fundido —vaciló por un momento antes de añadir—: y yo me habré ido.

Capítulo Nueve

Cuando el precioso y primaveral amanecer bañó el paisaje de una luz rosa perla Sandra había casi terminado de meter todas sus cosas en la maleta.

Después de dos noches sin apenas pegar ojo no fue una sorpresa que se quedara profundamente dormida dos minutos después de tomarse las aspirinas y de meterse en la cama vacía. Había descansado toda la tarde y casi toda la noche.

Se había despertado relajada y como una rosa poco después de las cuatro de la madrugada, sin dolor de cabeza aunque con pena en el corazón.

Finalmente se duchó, se vistió y terminó de guardarlo todo en la maleta excepto el maquillaje. Dejó el equipaje junto a la puerta del dormitorio y salió remisa de él para enfrentarse al brillante día y a Wolfe, que, suponía, estaría durmiendo en el salón.

Pero el salón estaba vacío. Wolfe estaba en la cocina. En cuanto lo vio se quedó parada en el umbral. Estaba descalzo y vestido con unos vaqueros y una camiseta tan arrugados que resultaba evidente que había dormido con ellos puestos. Y resultaba evidente también que había podido dormir, porque aún parecía somnoliento. Con el pelo dorado revuelto su aspecto era absolutamente delicioso.

Aunque hubiera jurado que no había hecho ningún ruido Cameron la oyó. O quizá la había sentido u olido, porque mirando apenas por encima del hombro murmuró nada más aparecer ella:

—Entra y toma café.

El sonido de su voz, como de fatiga, le hizo dudar de su decisión y de su forma de actuar. Había en él cierto tono de fracaso. Hablaba en voz baja y su corazón se estremeció.

¿Fracaso? se preguntó Sandra escéptica. ¿En Cameron?

«Vuelve a la realidad, Sandra».

Se encogió de hombros ante la pregunta que ella misma se había hecho y cruzó la habitación para aceptar la taza de café humeante que él le ofrecía.

—Gracias —dijo con voz firme pero agarrando la taza con mano temblorosa.

—De nada —murmuró él dándose la vuelta para prestar atención a lo que estaba cocinando—. Ahora mismo iba a preparar unos huevos revueltos. ¿Quieres?

—Sí, por favor —contestó algo desesperada al oír su propio tono de voz tembloroso.

Levantó la taza y comenzó a beber el líquido caliente con la esperanza de que aquel brebaje consiguiera que se le pasara el

malestar.

—¿Quieres patatas también? —preguntó él de nuevo sin mirarla ocupado en darle vueltas a la comida con la espátula.

—Sí.

Era todo tan banal, pensó Sandra, que sentía ganas de gritar, aunque sólo fuera para ver si él respondía también a gritos.

—Está bien, entonces haz tú las tostadas.

¿Hacer las tostadas? se repitió a sí misma llena de ira. Ya se sentía bastante quemada. A pesar de todo se levantó, puso la taza sobre la encimera y se obligó a hacer lo que él le había pedido.

El desayuno no fue muy animado. Daba la sensación de que después de haber estado ambos charlando sin cesar durante una semana se les habían agotado todas las ideas para seguir la conversación. Bueno, se dijo Sandra, quizá no del todo.

—Estás decidida de veras a irte hoy, ¿no es así? —preguntó Cameron apartando a un lado el plato.

—Sí, lo estoy —suspiró deseando por un momento que al final ninguno de los dos hubiera dicho una palabra—. Ya he hecho las maletas. Estoy lista para marcharme.

—Uh–huh —suspiró él también—. ¿Y no hay nada que pueda decir que pueda hacerte cambiar de opinión?

—No. —sacudió la cabeza—. Ya te lo dije ayer, necesito tiempo para pensar, sola… —intentó sonreír sin conseguirlo—, sin distracciones.

—Entonces admites que te distraigo —preguntó con una nota de esperanza en su voz.

—Sí, por supuesto, sabes muy bien que sí —contestó observando el brillo que pasaba por sus ojos azules—. Pero distracciones aparte, sigo necesitando tiempo —explicó sintiendo casi la decepción que se reflejaba en su expresión. Sin embargo añadió decidida—. Y me lo voy a tomar.

El brillo de sus ojos se marchitó y su expresión cambió. De pronto pareció asumir una máscara de autocontrol. Su tono de voz carecía de cualquier emoción cuando volvió a preguntar:

—¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo necesitarás?

—No.

—Comprendo —suspiró curvando ligeramente los labios—. ¿Tienes planeado decírmelo cuando llegues a alguna conclusión, si es que tomas alguna decisión?

—Sí, por supuesto, yo…

—Es la segunda vez que dices eso —la interrumpió impaciente—. No veo de dónde sale ese «por supuesto», no hay nada que suponer —

rió nerviosamente, casi bufando—. La verdad es que pensaba que te conocía, creía que te comprendía, pero…

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo —lo interrumpió—. No nos conocemos el uno al otro.

—Pero podríamos conocernos —contestó él lisa y llanamente—. Si quisiéramos hacer el esfuerzo —retiró la silla para ponerse en pie—. Yo sí quiero.

Sorprendida por que él pensara que era ella quien no quería hacer ese esfuerzo Sandra sintió que la ira y la desesperación se apoderaban de ella. Era injusto, tremendamente injusto teniendo en cuenta que era él quien la había malinterpretado a ella.

—Y por tu silencio me temo que voy a tener que pensar que eres tú la que no quiere hacerlo.

—Y por supuesto tus conclusiones siempre son correctas —replicó ella resentida por sus suposiciones y acusaciones.

—No siempre —replicó él a su vez cínico—. Al menos no cuando se trata de las mujeres.

La furia se iba apoderando de ella a cada palabra que él decía. ¿Cómo se atrevía, se preguntó, a meterla a ella en el mismo paquete que a la mujer que lo había abandonado? Sobre todo teniendo en cuenta que aquella mujer lo había abandonado por dinero.

—No sabes nada de las mujeres —contestó retirando también su silla y poniéndose en pie para enfrentarse a él y desafiarlo, cara a cara. Incluso curvó sus labios con cinismo—. Nada excepto cómo se comportan en la cama.

—Ese golpe ha sido bajo, Sandra. En sentido literal y en sentido figurado.

Avergonzada de su comentario malintencionado Sandra tuvo que concederle que tenía razón y pedir disculpas:

—Lo sé, el que esté enfadada no es excusa para hacer comentarios rastreros. Lo siento.

—Más lo siento yo —se encogió de hombros cansado y comenzó a recoger los platos para lavarlos—. Será mejor que nos pongamos a fregar. Yo también me puedo ir —se dio la vuelta hacia el fregadero pero luego se volvió de nuevo para mirarla—. ¿Me permites que utilice el dormitorio y el baño para ducharme y recoger mis cosas?

—Sí, desde luego —contestó Sandra quitándole los platos para fregarlos ella—. Ve ahora, yo fregaré esto y el salón.

—Gracias —dijo él con una media sonrisa saliendo de la habitación.

Sandra se quedó parada. Lo vio marcharse y luego se quedó mirando al vacío mucho después de que hubiera desaparecido de su

vista.

¿Habría tomado la decisión correcta? se preguntó a sí misma mordiéndose el labio inferior. ¿Estaba haciendo lo mejor para los dos tomando aquella decisión?

Lo amaba, y mucho. Y sin embargo le estaba haciendo daño. Quizá…

De pronto interrumpió sus pensamientos. Todo había ocurrido demasiado deprisa. Su relación había llegado a ser muy íntima, muy profunda, muy intensa, y todo a demasiada velocidad. Necesitaba tiempo, ambos necesitaban tiempo para ponderar las dificultades, para volver a evaluar sus respectivos sentimientos antes de continuar.

En aquel momento era necesario tomarse un respiro, se dijo a sí misma. Quizá después de una semana o dos, si analizaba su propia alma con seriedad, si pensaba con racionalidad… ¿quién podía saberlo? se preguntó.

Suspiró y volvió a la tarea de dejar el refugio de Bárbara en perfecto orden.

Una cosa era segura. Esperaba, rogaba por que algún día Cameron y ella llegaran a una decisión satisfactoria para los dos. Porque no estaba segura de poder soportar que él no formara parte de su vida nunca más. Durante un tiempo había sido feliz viviendo sola pero en ese momento, después de haber formado parte de él, después de haber compartido con él el amor y la risa era impensable vivir sin él para siempre.

De hecho ya estaba echándolo de menos.

Había terminado de poner en orden el salón y estaba acabando con la cocina cuando Cameron salió del dormitorio cargado con el equipaje de ambos.

—Si me das las llaves de tu coche pondré esto en tu maletero.

—Bien —contestó ella saliendo de la cocina y dirigiéndose al dormitorio para buscar las llaves en su bolso—. Pero no intentes llevarlo todo tú solo de una vez, yo llevaré mi parte.

Trabajando juntos y en silencio enseguida terminaron la tarea. Lo cargaron todo en sus respectivos vehículos excepto las chaquetas. Cameron arrojó la suya sobre el sofá y Sandra la dobló y puso en el extremo contrario junto a su bolso, plenamente consciente del simbolismo que esa distancia reflejaba.

—¿Ha quedado algo de café? —preguntó él sin mirarla pasando por delante para dirigirse a la cocina hacia la máquina de café sobre la encimera—. Me gustaría tomarme una taza antes de marcharme.

—Sí, te he guardado un poco —contestó ella siguiéndolo y devorándolo con la mirada pero intentando parecer indiferente a pesar

del impacto que constituía para sus sentidos el verlo—. Todavía está caliente.

—Bien, gracias —la miró por encima del hombro y sonrió con sinceridad.

—De nada —sonrió ella también agradecida.

Lo observaba hambrienta mientras él se servía una taza del líquido negro. Temblaba y se estremecía interiormente. Su aspecto era tremendamente masculino.

Llevaba unos vaqueros, un jersey blanco de punto suelto y unas botas. Su pelo, aún mojado por el agua de la ducha, brillaba y su rostro, recién afeitado, tenía aspecto de estar muy suave. El corazón de cualquier mujer se hubiera acelerado al verlo.

¿Acaso estaba loca, se preguntó Sandra, al exigir que se separaran por un tiempo, al negarse a sí misma la emoción y el placer de su compañía?

Era posible, se dijo, sin embargo…

Sandra interrumpió sus pensamientos al ver a Cameron inclinarse de pronto hacia delante y luego quedarse muy quieto observando algo por la ventana por encima del fregadero, algo que debía de haber en el porche o más allá entre los árboles.

—Cameron, ¿qué…?

—Hijo de… —murmuró interrumpiéndola y dejando de repente la taza sobre la encimera para salir a toda prisa por la puerta de atrás.

Sandra parpadeó sorprendida y confusa. Lo observó abrir el cerrojo de la puerta y luego salir a grandes zancadas al porche. Intrigada por la rapidez y la brusquedad de sus actos, dejó ella también la taza de café sobre la encimera y lo siguió. Estaba agachado en medio del porche examinando con atención algo en el suelo.

—Cameron, ¿qué ocurre? —preguntó acercándose a su lado—. ¿Ocurre algo malo?

—Sí, eso —contestó él tenso señalando una huella en el suelo—. Y esas de ahí —añadió señalando otras muchas huellas que iban hacia la ventana de la cocina y luego volvían en dirección contraria—. Parece ser que hemos tenido visitas esta noche o a primera hora de esta mañana.

—¿Visitas? —un escalofrío la recorrió la espalda—. ¿Quién? —preguntó casi en un susurro aunque creía conocer la respuesta.

—Esa huella pertenece a la bota de un vaquero —contestó él mirándola y levantándose para examinar otras huellas—. Y juraría que ganaría si apostara a que ésta y las otras huellas son de nuestro amigo Slim.

—Pero… —hizo una pausa para refrescarse los labios de pronto

secos—. Pensé que las autoridades estaban seguras de que se dirigía a Taos, en Nuevo México —comentó mirando temblorosa a su alrededor.

—Nuestro amigo Slim es un gran hijo de… —curvó los labios disgustado—. Según parece les ha vuelto a dar esquinazo —giró sobre sí mismo, cruzó el porche hacia ella y la sujetó del brazo para llevarla adentro—. Será mejor que entremos en casa —ordenó arrastrándola literalmente a través de la puerta—. Aquí estamos demasiado a la vista.

Eso era exactamente lo que ella pensaba, se dijo Sandra abrazándose a sí misma para evitar seguir temblando. Cameron se dirigió directamente hacia la pared donde estaba el teléfono. Marcó un número y se quedó de pie, tenso y alerta, mirando por la ventana con los ojos entrecerrados.

—Aquí Wolfe —le escuchó ella decir por el auricular—. Creo que mi sabueso me ha encontrado. Sandra no quiso oír nada más, así que se dirigió hacia el salón y recogió la chaqueta. Estaba abrochándose los botones cuando Cameron entró. ¿Qué estás haciendo?

—Me preparo —contestó frunciendo el ceño ante el tono autoritario de su voz—. Nos vamos ya, ¿no es así?

—No, Sandra —contestó él rodeándola para recoger él también su chaqueta—. Tú no vas a ninguna parte. No mientras él esté suelto por ahí fuera.

—Pero entonces, ¿por qué te pones tú también la chaqueta? —preguntó y luego exclamó—: ¡Oh! —él había deslizado una mano por debajo del cojín del sofá sacando de ese escondite una pistola. Dio un paso atrás y añadió—: Odio las armas.

—Yo también —contestó él con una expresión de cansancio ante la expresión de su semblante—. Pero sobre todo las odio cuando están en manos de los criminales.

—Vas a salir ahí fuera a buscarlo, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó él sacando el arma de su funda y dejando ésta encima del sofá. Luego elevó los ojos azules atentos hacia ella—. Es mi trabajo.

—Pero… pero… —tartamudeó mientras lo observaba encogerse de hombros—. ¡No puedes ir ahí fuera a buscarlo tú solo! —se abalanzó hacia él impulsivamente agarrándolo del brazo.

—¿Que no puedo? —repitió él sacudiéndose de su brazo y alejándose—. Vas a verlo.

—¡Cameron, por favor! —suplicó llena de miedo—. Al menos espera a que lleguen refuerzos.

—No me expondré a que me pille aquí dentro —contestó Cameron

sacudiendo la cabeza y entrando en la cocina para salir por la puerta de atrás—. Si alguien va a salir a cazar hoy ése soy yo.

Sandra estaba justo detrás de él. Su corazón galopaba y sus ojos estaban desmesuradamente abiertos del susto. El bajó la cabeza y rozó con los labios la boca abierta de ella. Luego abrió la puerta.

—Cierra esta puerta en cuanto haya salido —ordenó mirándola atentamente y luego añadiendo—: No te muevas de aquí y no te acerques a las ventanas hasta que yo vuelva.

Sandra obedeció instintivamente. Cerró la puerta con pestillo en cuanto él salió y luego corrió hacia la ventana para observarlo cruzar el porche y descender las escaleras siguiendo las huellas de pisadas hasta los árboles de la falda de la colina. No pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda. Lone Wolfe había salido de caza.

Cameron siguió las huellas de las botas agachado y moviéndose deprisa. Cruzó el claro próximo a la casa y luego se internó entre los árboles al pie de la montaña. A pesar de la maleza tuvo pocas dificultades en seguir la pista. Pronto se dio cuenta de qué huellas eran una trampa.

Con paso algo más lento pero firme siguió el camino en zigzag que habían dejado las pisadas de bota sobre el barro blando por la lluvia. Seguir aquella pista llevaba tiempo, pero después de unos tres cuartos de hora más o menos Cameron vio que las huellas atravesaban una carretera estrecha. Desde allí seguían un camino recto que se internaba en el bosque hasta un pequeño claro donde había una furgoneta maltrecha escondida entre los árboles, probablemente robada.

Era un lugar asilvestrado, pero todo estaba sereno y en calma. Los pájaros cantaban desde las ramas de los árboles.

Se paró detrás de la puerta del copiloto y respiró hondo en silencio inclinándose hacia adelante para mirar en el interior. Los asientos de delante estaban vacíos, así que se echó atrás.

Se preparó para moverse al terminar de contar tres y agarró con fuerza el arma. Luego respiró hondo de nuevo, contó y se lanzó.

Con un paso seguro y rápido agarró la manilla de la puerta con la mano izquierda y abrió entrando de golpe en la parte delantera con el brazo derecho extendido empuñando el arma y el dedo sobre el gatillo.

La furgoneta estaba vacía.

Exhaló todo el aire de los pulmones. Aunque no había nadie sí había en cambio rastros de Slim en el interior.

A lo largo de uno de los laterales de la camioneta se extendía un saco de dormir. Cerca había seis latas de cerveza, una de ellas estaba

vacía. También había una bolsa de patatas fritas, un paquete de galletas, una caja de leche medio vacía y dos bolsas de sándwiches, ambas con restos de comida dentro, tiradas en el suelo.

Cameron respiró hondo y pudo oler a cerveza en el interior. El fuerte olor significaba que hacía poco tiempo que Slim había estado allí.

El olor le revolvió el estómago. Indudablemente Slim acababa de estar allí. Habría estado comiendo y bebiendo para luego dirigirse a…

«¡Sandra! »

De pronto sintió miedo. Salió deprisa de la furgoneta y la rodeó por delante hasta llegar al asiento del conductor. Al lado de la puerta había una huella profunda de bota. Había salido por allí, y desde ese lugar las pisadas se dirigían, atravesando la carretera y el bosque, camino del refugio.

Jurando y maldiciendo Cameron se alejó de allí atento y lo más aprisa que pudo siguiendo las huellas de botas.

Le llevaron justo hasta el refugio.

De pie, al borde de la línea en que terminaban los árboles y se abría el claro donde estaba la casa, Cameron observó el terreno atento, pulgada por pulgada. Se mantenía escondido entre los árboles mientras estudiaba la situación. Su vista permaneció fija por unos momentos en los vehículos aparcados. Ambos, el de Sandra y el de él, estaban uno junto al otro frente a la casa. No había ni una sombra, ni el más leve rastro de movimiento. Todo parecía sereno y en calma en aquel soleado mediodía de primavera.

No había ni rastro de Slim.

Torció la vista para mirar hacia el refugio. Aunque el claro que separaba la casa de los árboles donde estaba él era pequeño resultaba sin embargo excesivamente grande como para deslizarse por él al descubierto. Sabía que sería un buen blanco si abandonaba su escondite.

Y sin embargo, si Slim había conseguido entrar en el refugio, Sandra…

Cameron dejó de pensar y comenzó a moverse. Había atravesado ya casi tres cuartas partes de la distancia que lo separaba de la casa y se estaba acercando a los coches cuando de pronto notó cierto movimiento al otro extremo de su coche por el rabillo del ojo.

Entonces giró instintivamente para encararse con el peligro y ese movimiento brusco le salvó la vida. En una acción trepidante Cameron vio a Slim levantarse todo lo largo que era y disparar con el rifle. La bala no le dio en la cabeza por una fracción de pulgada.

El sonido del disparo del rifle hizo que Sandra se parase de golpe

en medio del salón. Había estado dando vueltas de un lado para otro desde el momento en que se había quedado sola y luego había corrido hasta el dormitorio para recoger la pistola escondida al fondo del cajón de la mesilla, detrás de los libros.

El disparo había sonado por la parte delantera de la casa.

« ¡Cameron! »

Agarró el detestable arma en sus manos y se precipitó hacia la puerta. Abrió el pestillo y, sin pensar ni por un momento en su propia seguridad, salió corriendo al porche.

La escena que vieron sus ojos atónitos hizo que su corazón se acelerara y su sangre se helara por las venas.

Cameron estaba de pie en medio del claro cerca de la casa, expuesto ante el hombre que, desde el otro extremo del largo vehículo, con el rifle contra su hombro, estaba a punto de disparar.

Sandra no se paró a pensar o a hacer consideración alguna. Levantó los brazos bien estirados y se agarró la mano derecha con la izquierda, que sostenía la pistola en alto. Apuntó, contuvo la respiración y tiró del gatillo hacia atrás.

No dio en el blanco por muy poco.

Pero a pesar de todo su acción, instintiva, había salvado la vida de su amante.

Como el disparo le pasó rozando Slim, naturalmente, se distrajo por unos instantes. Y esos instantes fueron suficientes para Cameron. Levantó el arma, apuntó con cuidado y disparó.

Y no falló: La bala atravesó directamente el hombro derecho de Slim. El rifle se le cayó al suelo de inmediato y después cayó él, pero no en el suelo sino sobre el capó del coche.

Sandra y Cameron se miraron el uno al otro a través de la distancia que los separaba. Él dio dos pasos hacia ella, luego se paró y echó un vistazo a Slim. El criminal gemía. Cameron mantuvo apuntada el arma firme contra él.

En ese momento tres coches, dos de ellos con emblemas oficiales en los laterales, se acercaron haciendo sonar sus sirenas por la estrecha carretera privada. El ruido hizo que Sandra saliera del shock en el que estaba sumida.

Había estado a punto de matar a un hombre.

Al darse cuenta de lo cerca que había estado de matarlo, al pensar que había querido quitarle la vida a otro ser humano se sintió enferma.

Tenía que irse a casa. Necesitaba irse a casa.

Su cerebro le estaba dando una orden, sentía que se ahogaba. Bajó los brazos que aún tenía levantados y tensos, se dio la vuelta y corrió

hacia el interior de la casa.

No quiso pararse a pensar, se negó a considerar las consecuencias de sus acciones o sus reacciones. Recogió la chaqueta y buscó en el bolso las llaves del coche y del refugio. Entonces, dejando las llaves de la casa en la funda de la pistola de Cameron, giró y bajó las escaleras del porche hasta el coche.

—¡Sandra!

Respiraba temblorosa. Ignoró el grito de Cameron que la llamaba. Puso en marcha el coche y girando en redondo se alejó por la carretera.

Ni siquiera se dio la vuelta para mirar hacia atrás, hacia los hombres que estaban de pie en medio de la carretera mirándola. Ni siquiera miró por el retrovisor para echar un último vistazo.

Le había dicho a Cameron que necesitaba tiempo para pensar. Y en ese momento, cuando había estado a punto de destrozar la vida de un hombre para salvar la del que amaba necesitaba ese tiempo más que nunca.

Tenía que enfrentarse a ello y lo sabía. Pero lo haría a su manera, con calma.

En casa.

Cameron sabía dónde encontrarla.

Capítulo Diez

¿Porqué no habían estado juntos en la cama? Ese pensamiento invadió la mente de Cameron mientras estaba delante de la puerta abierta del apartamento de Sandra. Un sentimiento de dolor le llenó el pecho al ver que sus mejillas estaban pálidas y se le marcaban ojeras oscuras bajo los suaves ojos.

¿Pero qué le había hecho? se preguntó lamentándolo.

—Hola, Annie Oakley —dijo con voz tensa incluso para sus propios oídos—. ¿Puedo pasar?

Ella esbozó una ligera sonrisa que le llegó al corazón. La esperanza le alumbró cuando por fin asintió y dio un paso atrás permitiéndole entrar.

—Te he echado de menos terriblemente durante esta semana y media pasada —confesó cerrando con cuidado la puerta.

—Pero a pesar de todo no has venido a verme ni me has llamado —contestó Sandra llevándolo hasta el salón.

—Te estaba concediendo el tiempo que me dijiste que necesitabas —explicó él mirando ausente la elegante, limpia y acogedora casa—. Pero no he podido esperar ya más —admitió sonriendo—. Necesitaba verte.

—Bueno, está bien. Pronto te irás a Pennsylvania —comentó ella con una sonrisa de aceptación—. A la boda de tu hermano Jake, ¿no es así?

—Sí, pero no era por esa razón por la que necesitaba verte —dijo Cameron dando un paso adelante y acortando la distancia que los separaba—. Tenía que asegurarme de que estabas bien —añadió convencido de que no lo estaba ante su pálido y triste aspecto—. ¿Tienes remordimientos por haber disparado contra Slim?

—No —negó Sandra con pleno convencimiento—. He leído en los periódicos que sobrevivió a tu disparo.

—Sí, no quise disparar a matar —explicó frunciendo el ceño decidido a poner en claro su forma de actuar ante ella—. Yo no me gano la vida matando, Sandra.

—¡Nunca he pensado que fuera así! —exclamó ella abriendo mucho los ojos—. ¿Por qué pensaste que sí?

—Porque odias las armas.

—Sí, pero… —su voz se fue debilitando mientras se encogía de hombros—. Sé muy bien en qué trabajas para ganarte el sustento.

—Me alegro de que eso quede claro —suspiró dando otro paso para acercarse a Sandra, que no se echó atrás—. Me tenía preocupado. Y ahora me gustaría aclarar otra cosa más —ella arqueó las cejas inquisitivas—. No era suficiente con un muro de piedra para que

comprendiera –se rió de sí mismo—. Necesitaba el sonido de un disparo.

—No comprendo —frunció el ceño.

—Yo tampoco comprendí —dijo conteniendo el aliento y dando otro paso. Apenas quedaba distancia entre ellos—. Quiero decir que no comprendí hasta ese momento la razón por la que te mostraste enfadada e impaciente conmigo.

—¿Y ahora sí lo comprendes? —preguntó Sandra quedándose muy quieta.

—Hmm… —asintió él elevando una mano para tocar con las puntas de los dedos la curva de su pálida mejilla.

Era como de satén. El deseo lo invadió. Sin embargo se contuvo para no seguir más allá.

Sandra tembló. Cameron lo notó y se sintió alentado.

—No estabas enfadada porque te acusara de comportarte como una niña o porque te dijera que estabas molesta al ver cuestionada tu independencia como mujer. Estabas enfadada porque fui un cabezota. No comprendía que estabas preocupada por mí, por mi seguridad —hizo una pausa—. ¿No es así? —contuvo el aliento esperando la respuesta.

—Sí —sonrió—. ¿Y ahora quieres explicarme cómo es posible que el disparo de una pistola te haya hecho comprender?

—Muy simple —contestó él dejando escapar el aire contenido de su tenso pecho—. Odias las armas y sin embargo no sólo empuñaste una sino que disparaste a propósito en mi defensa.

—Y volvería a hacerlo —afirmó Sandra.

Bastaban aquellas cuatro palabras dichas con convicción. Cuatro preciosas palabras. El júbilo se apoderó de Cameron desvaneciendo el miedo a que ella lo rechazara. Dio un último paso hacia ella y la tomó en sus brazos.

Sandra, su Sandra, la fría y profesional, la abogada feminista se mostraba en ese momento frágil, delicada y pasiva en sus brazos. Cameron sintió una fuerte necesidad de protegerla con los brazos, con su propia vida, de adorarla para siempre con su cuerpo.

Estrechó su abrazo. Ella temblaba. Entonces enterró el rostro en su pelo liso y perfumado. Ella lo rodeó con los brazos por la cintura y, murmurando su nombre, presionó los labios contra su cuello.

—Te quiero —susurró Cameron buscando en su mente palabras más fuertes que pudieran expresar lo que sentía. Sin embargo no había otra forma de decirlo—. Sandra, te quiero.

—Yo también te quiero —contestó ella, inclinando la cabeza para mirarlo a los ojos—. Cameron, te quiero tanto…

Aunque la distancia que separaba el salón del dormitorio no era mucha sí resultaba excesiva para dos personas profundamente enamoradas que no se habían visto ni tocado ni besado en toda una semana.

Como si se hubieran puesto de acuerdo las ropas comenzaron a caer por el suelo y luego ambos, al unísono, cayeron sobre la espesa alfombra.

Las bocas se tocaron, se fundieron. Las lenguas se saborearon, se batieron en duelo, se hundieron. Las manos acariciaron, atormentaron, exigieron. Y finalmente, finalmente, los cuerpos se arquearon, se posicionaron y se unieron.

Y el volver a estar juntos de nuevo fue glorioso. Una nueva tormenta de primavera estalló mientras Cameron llevaba en brazos a Sandra hasta la cama. Sin embargo ninguno de los dos la oyó. Estaban demasiado ocupados con la tormenta que se desarrollaba entre los dos.

Su pasión se fue mitigando mientras la tormenta se desplazaba hacia el este. Exhaustos, felices el uno en brazos del otro, Cameron y Sandra fueron cayendo en la somnolencia de la propia satisfacción.

Una llamada de la naturaleza, cada vez más persistente, despertó a Sandra unas cuantas horas más tarde. Suspiró resignada y se deslizó de la cama sin hacer ruido dirigiéndose al baño.

Aunque sólo llevaba unos pocos días de retraso sentía una necesidad urgente y constante de buscar alivio además de cierta sensibilidad exagerada en los pechos. Estaba convencida de que había concebido al hijo de Cameron.

Al principio había desechado la idea pensando que sólo se trataba de un secreto deseo, recordándose que Cameron siempre había tenido cuidado de ponerse una protección cuando estaban juntos.

Pero luego recordó con claridad los encuentros sensuales en la ducha, donde habían olvidado cualquier consideración sobre la seguridad frente a la ardiente pasión.

Y entonces, al experimentar la primera náusea, supo sin la menor duda que estaba embarazada. El placer la invadió, le dio color a sus mejillas e hizo que brillaran sus ojos.

Su bebé.

El bebé de Cameron. El bebé de los dos.

Se lavó los dientes y tarareó una canción de cuna mientras se duchaba y dejaba que el agua caliente la empapara. Una vez fresca, nerviosa por su secreto, volvió al dormitorio y se metió en la cama, acurrucándose contra el cuerpo caliente de su amante.

—¿Dónde estabas? —murmuró Cameron en voz baja rodeando su

cintura con un brazo fuerte y aprisionándola contra él—. Te he echado de menos.

—Bien —contestó ella preguntándose si debía contárselo, si debía compartir con él su secreto. Plantó un beso sobre su pecho liso y suave de vello dorado. Él no le dio tiempo a contarle nada. Moviéndose con la habilidad de un animal, del Wolfe cuyo nombre llevaba, se levantó y se puso encima de ella.

—¿Como que bien? Te voy a enseñar yo a ti.

Y lo hizo. Disfrutó de cada beso caliente y húmedo, de cada caricia de manos y lengua, de cada amenaza de su cuerpo tenso.

Cuando terminaron y los estremecimientos del éxtasis se desvanecieron Sandra se sintió agotada pero feliz, invadida por una sensación de poder femenino.

Sí, decidió, se lo contaría. Entonces comenzó a pensar qué palabras iba a utilizar.

—Cameron…

—Los lobos se unen para vivir. Lo sabías, ¿no? —dijo él elevando el rostro para mirarla.

—Sí, lo sé —contestó ella sintiendo que el destello de sus ojos azules le aceleraba el pulso.

—Nosotros nos hemos unido.

—Sí —contestó Sandra sintiendo que la excitación la embargaba y que su voz apenas era más fuerte que un susurro—. Lo… lo sé.

—Entonces, mi querida compañera, creo que tendrás que venir conmigo a Pennsylvania —dijo Cameron en un susurro apenas más fuerte que el de ella—. Porque me siento incapaz de enfrentarme al hecho de pasar una semana sin mi compañera —añadió y luego suavizó la intensidad de su mirada por un momento para pedir—: ¿Vendrás conmigo a conocer al resto de los Wolfe?

—Intenta ir a algún sitio sin mí —gruñó ella amenazándolo y elevando el rostro para besarlo profundamente—. De ahora en adelante tus días de lobo solitario han terminado, Cameron Wolfe.

Cameron rió feliz y le devolvió el beso largamente.

Juntos todos en la misma habitación la familia Wolfe al completo resultaba un tanto impresionante.

Sandra comenzó a sentir simpatía por cada uno de ellos de forma natural e inmediata. ¿Cómo no iba a sentirla? Aunque eran todos muy distintos se parecían a Cameron. Todos eran altos, musculosos, rubios y de ojos azules. Los cuatro hermanos tenían un aspecto formidable y eran increíblemente guapos, en especial para las cuatro mujeres allí presentes.

Pero había una mujer en la habitación que no parecía ni

impresionada ni intimidada. Sandra lo notó de inmediato y sintió que sonreía en su interior. Maddy Wolfe era el líder indiscutible de aquel grupo.

Maddy le gustó desde el mismo momento en que Cameron se la presentó orgulloso dos días antes. Se mostró amable y afectuosa al darle la bienvenida, le abrió las puertas de su casa, le dedicó una amplia sonrisa y la estrechó entre sus brazos.

Aquel día Maddy estaba sola en casa con Sandra, lo cual les brindaba la oportunidad de conocerse mejor. Y no le costó mucho comprender de quién había aprendido Cameron a ser todo un hombre, a ser una persona de múltiples facetas.

Esa noche conoció al hermano pequeño, Jake, y a su novia, Sarah, una encantadora y joven mujer muy inteligente y de buen humor.

Al día siguiente llegó Eric escoltando a su dama, Tina, que también era encantadora, inteligente y tenía buen humor, aunque en un sentido muy diferente.

Después apareció Royce, también con otra mujer encantadora del brazo. Se llamaba Megan. Era tremendamente guapa e inteligente, y su sentido del humor era muy vivo.

Cada vez que se reunían los cuatro hermanos reinaban el alboroto y la diversión. Se hacían bromas, se contaban chistes y se metían los unos con los otros. Sandra pensó que era bueno que sus respectivas novias tuvieran tanto sentido del humor, de otro modo les hubiera sido imposible sobrevivir.

Las risas, masculinas y femeninas, estallaban por toda la casa. Los ojos de Maddy danzaban alegres mirando a sus altos hijos y a sus respectivas y jóvenes novias.

Sandra era hija única. Su familia era poco dada a las demostraciones de cariño y por eso mismo disfrutó enormemente del intercambio de risas y amor de los Wolfe. No pudo evitar notar que Sarah, Tina y Megan se sentía igualmente a sus anchas disfrutando de aquel calor.

Sandra se alegró de haber acompañado a Cameron a Pennsylvania por muchas razones. La primera y más importante de todas por la nueva imagen que él le ofrecía de sí mismo en su relación con la familia.

El Cameron con el que se había relacionado era una persona apasionada, fuerte, con momentos de ternura y de dulzura. El hombre al que observaba en casa de su madre era muy semejante, pero con una personalidad mucho más completa, más rica. Era capaz de amar y de recibir amor, era el hijo que había dado un paso adelante cuando el padre, Justin Wolfe, había muerto en acto de servicio.

Sandra lo amaba. Y sin embargo, aunque nunca lo hubiera creído posible, después de verlo en su papel de hijo cariñoso y hermano mayor en el que confiar, el amor que sentía por él aumentó, se hizo más profundo y estable.

Era un hombre con el que compartir la vida.

En sólo unos pocos días después de conocerse los hombres y mujeres allí reunidos charlaban juntos y se hacían bromas como si se conocieran de toda la vida.

Sandra estaba disfrutando tanto que apenas se daba cuenta de que su estómago se revolvía y revolvía una y otra vez. A veces sentía náuseas en momentos tranquilos cuando estaba junto a Cameron en la habitación del motel que habían tomado. Entonces recordaba que aún no había compartido su secreto con él.

No sentía ya ningún escrúpulo en absoluto a contárselo ni dudaba de cuál fuera a ser su reacción. Sin embargo se contenía esperando el momento perfecto para decirle que iba a ser padre.

El domingo anterior a la boda se reunieron todos en casa de Maddy para cenar. Los hombres insistieron en preparar ellos la cena y las mujeres insistieron en ayudar. Maddy dirigió los alborotados preparativos.

Fue muy divertido. Sandra disfrutó de cada momento y elevó su copa contenta cuando Eric anunció que él y Tina se habían decidido a dar el gran paso. Jake hizo a su vez otro anuncio a continuación. Dijo que Sarah y él se sentían muy felices de compartir la ceremonia.

Después de la cena los hombres se retiraron al patio con la excusa de discutir sobre los preparativos. En realidad no querían sino compartir una cerveza y bromear un poco.

Era ya tarde cuando Sandra y Cameron se marcharon al motel a dormir. Ella estaba cansada pero también feliz. El se mostraba cariñoso, afectuoso.

Se amaron lenta y suavemente, dulcemente. Cuando terminaron Cameron no dejó de acariciarla, amándola de otra manera.

Era el momento perfecto para compartir su secreto. Sandra comenzó por segunda vez a pensar en cómo y con qué palabras hacerlo, pero entonces Cameron se adelantó y le confió dos secretos a ella a su vez:

—Va a ser una boda triple, ¿sabes? —comentó con tono divertido.

—¿Triple? —torció Sandra la cabeza para mirarlo—. ¿Quieres decir que Megan y Royce también se van a casar?

—Sí —rió—. Royce les preguntó a Jake y a Eric si les importaba cuando estábamos tomando una cerveza y charlando en el patio.

—¿Y lo sabe tu madre? —preguntó riendo divertida y asombrada.

—Por supuesto, mamá lo sabe siempre todo —contestó bromeando y ladeando la cabeza para mirarla—. Y también sabe que mis tres futuras cuñadas están embarazadas.

—¿Las tres? —volvió a preguntar Sandra con una intensa excitación pensando que definitivamente había llegado el momento de confesar.

—Sí, y mamá está casi delirando de emoción —vaciló acariciando su labio—. Er… Sandra…

—Tengo que discutir de algo contigo —dijo ella deprisa—. Espero…

Esa única palabra fue todo lo que él le permitió decir sobre su secreto antes de interrumpirla.

—Yo también tengo algo de qué hablar contigo —dijo Cameron en voz alta como exigiendo atención. Respiró hondo y entonces, mirándola atentamente a los ojos, añadió deprisa—: Sandra, tú sabes que yo te amo, ¿verdad?

—Sí, pero…

—¿Y tú me amas a mí? ¿Me amas de verdad?

—¡Cameron, sabes que sí! —gritó nerviosa por la intensidad de su voz y de su mirada.

—¿Lo suficiente como para casarte conmigo? —preguntó él de golpe conteniendo después la respiración.

Sandra se quedó inmóvil por un momento. Luego el júbilo se apoderó de ella y fue incapaz de contenerlo.

—¡Sí, Oh, Cameron, sí, sí, sí!

—¡Oh, amor mío! —exhaló, sonrió y rió a carcajadas—. No puedes imaginarte lo asustado que estaba de preguntártelo, lo asustado que estaba de que me dijeras que no.

Ella se levantó un poco sobre la cama sin importarle su desnudez, frunció el ceño y lo regañó:

—¿Tú asustado? No puedo creerlo. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que iba a decir que no?

—Bueno, amor mío, tú eres una profesional y todo eso, ya sabes —sonrió en plan de broma—, una feminista.

Sandra le dio un puñetazo a propósito pero jugando en el hombro desnudo y él la agarró y la besó en la boca, jugando pero también a propósito.

—Podemos hacer una boda familiar —sugirió Cameron algo tímido aún—. Estoy seguro de que a mis hermanos les va a encantar la idea.

Ella vaciló por un momento. Luego respiró hondo y se lanzó.

—Supongo que sí —estuvo de acuerdo—. Podemos hacerlo todo al unísono… me refiero a todo, en todos los aspectos.

Cameron frunció el ceño por un momento. Luego un brillo cruzó sus ojos, que se abrieron terriblemente.

—¿Estás embarazada?

—Bueno, no estoy absolutamente segura todavía pero… estoy bastante segura.

—¡Sandra! —rió—. ¡Mamá va a delirar!

—Sí pero, ¿qué me dices de ti? —preguntó con una voz que delataba cierta inquietud.

—¿Estás bromeando? —contestó él atrayéndola hacia sí v besando sus mejillas, sus ojos, su nariz, su boca—. Yo ya estoy delirando. ¡Oh, Sandra…! —su voz se desvaneció contra su boca y encontró el lugar perfecto en su corazón.

A la mañana siguiente Sandra puso una conferencia a sus padres para contarles la noticia.

En la capilla del campus de Sprucewood College no quedaba ni un milímetro vacío. Las mujeres invitadas resplandecientes con sus vestidos de primavera parecían flores entre las chaquetas y trajes oscuros de los hombres. La luz del sol brillaba en los cristales con reflejos de piedras preciosas, y por las ventanas se colaba una brisa primaveral.

Maddy, sentada en el primer banco con los ojos brillantes y la mirada serena, volvió la cabeza hacia la pareja de aspecto distinguido que estaba frente a ella en el otro grupo de asientos. Eran los padres de Sandra, William y Lisa Bradley, que habían llegado de París justo esa mañana, los únicos de entre todos los padres de las novias que habían podido asistir a la boda.

Maddy se sintió desilusionada por sus otras nueras, pero contenta por Sandra. Sonrió y asintió saludando a la pareja y luego miró orgullosa a sus hijos, altos, guapos y rubios.

Llevaban trajes de azules con camisas blancas impecables y corbatas estampadas. Los cuatro de pie, uno al lado del otro delante del altar, miraban de frente a los invitados sin verlos, con los ojos azules brillantes fijos en la puerta de la capilla.

Jake parecía nervioso aunque trataba de no aparentarlo.

Eric parecía excesivamente relajado, lo cual era síntoma inequívoco de lo nervioso que estaba.

Royce se mostraba seguro, dominando la situación, otro síntoma que tampoco admitía duda alguna.

Y Cameron estaba como ausente, definitivamente perdido.

Los Wolfe se casaban, y todos estaban nerviosos. Entonces se escuchó un murmullo al fondo de la capilla. Un instante antes de darse la vuelta los ojos de Maddy se nublaron de felicidad al ser

testigo del amor que brillaba en los rostros de cada uno de sus hijos. Una lágrima logró escaparse a su control mientras se daba la vuelta y observaba a las cuatro jóvenes mujeres que caminaban despacio para unirse a los hombres.

Sarah iba la primera, y sus dulces ojos estaban fijos en Jake.

Tina era la segunda. Sonreía sin apartar la vista de Eric.

Megan la seguía, la tercera, con el rostro encendido mirando a Royce.

Y Sandra era la última, su imagen era el vivo retrato del amor por Cameron.

Era una preciosa boda cuádruple.

Todas las mujeres lloraron e incluso se pudieron ver lágrimas en las mejillas de muchos hombres.

La recepción posterior fue más alegre y bulliciosa aún de lo que lo habían sido las reuniones en la casa de Maddy. Fue un tumulto en el que apenas quedaba espacio para bailar, pero a nadie pareció importarle.

Sandra disfrutó de cada momento de aquella fiesta pero no lamentó que después de una breve charla con sus hermanos Cameron la llevara aparte y le susurrara:

—Mis hermanos y yo hemos sincronizado nuestros relojes. Exactamente dentro de treinta segundos Jake, Eric, Royce y yo vamos a llevarnos a nuestras mujeres y a huir de la fiesta.

Sandra apenas podía respirar pero aún se reía cuando, mucho después de que se besaran y estrecharan las manos de sus padres, de Maddy y de otros invitados, todos dijeron adiós y corrieron, literalmente hablando, cada uno hacia su vehículo.

Después de despedirse ellos mismos los unos de los otros los cuatro vehículos se alejaron cada uno en una dirección distinta.

En cuanto cerraron la puerta del motel, Cameron la arrastró a sus brazos.

—Eres tan preciosa —murmuró.

Entonces, haciendo un movimiento exactamente igual al que había hecho nada más llegar al refugio la primera vez, la rodeó con sus brazos y comenzó a canturrear diciendo:

—Baila conmigo, quiero rodearte con mis brazos —luego se interrumpió y añadió—: Te amo, mi preciosa esposa.

—Y yo te amo a ti, mi guapísimo marido —contestó Sandra sonriendo y mirándolo a través de las lágrimas de felicidad que invadían sus ojos brillantes.

—¡Oh, amor mío! Estoy muy contento de que por fin este lobo no vaya a estar solo nunca más —confesó Cameron mientras la acariciaba

con los labios.

Fin